

HISTORIA

TODO ES

**LAS TRES MUJERES
DE DON JUAN MANUEL**

**“PALOMAR”
EL NEGOCIADO QUE
CONMOVIO UN
REGIMEN**



**LA MUERTE POR
SORTEO EN CATAMARCA**

LAS ACADEMIAS PORTEÑAS: BAILE... Y ALGO MAS

HISTORIA

TODO ES

**LAS TRES MUJERES
DE DON JUAN MANUEL**

**“PALOMAR”
EL NEGOCIADO QUE
CONMOVIO UN
REGIMEN**



**LA MUERTE POR
SORTEO EN CATAMARCA**

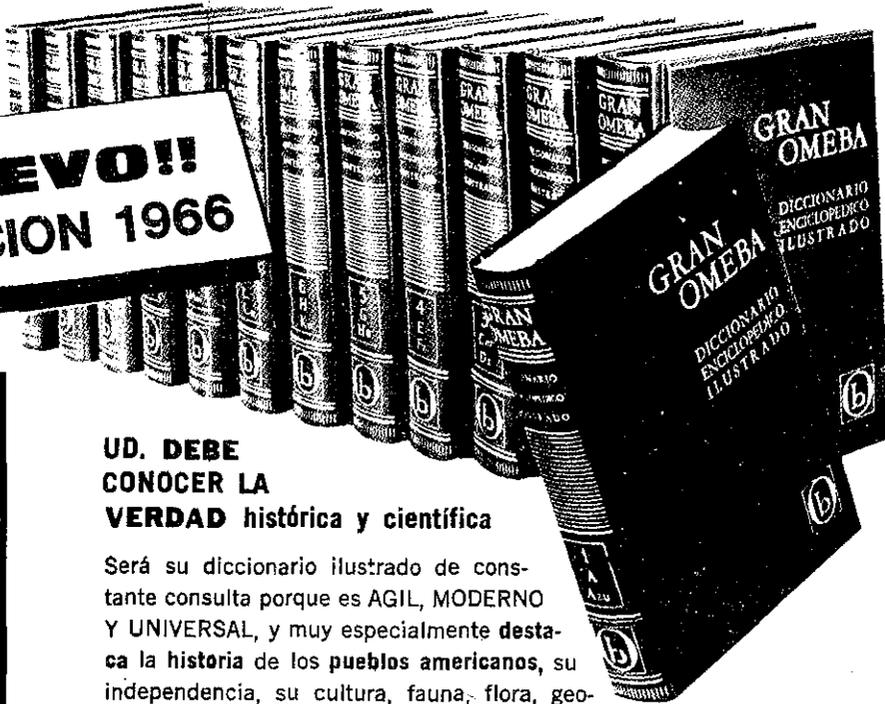
LAS ACADEMIAS PORTEÑAS: BAILE... Y ALGO MAS

visión
latino-americana
del mundo
y de la ciencia

DICCIONARIO
ENCICLOPEDICO
ILUSTRADO

GRAN OMEBA

NUEVO!!
EDICION 1966



**UD. DEBE
CONOCER LA
VERDAD** histórica y científica

Será su diccionario ilustrado de constante consulta porque es AGIL, MODERNO Y UNIVERSAL, y muy especialmente destaca la historia de los pueblos americanos, su independencia, su cultura, fauna, flora, geografía, personalidades, etc. Desde lo PALEONTOLOGICO y lo ARQUEOLOGICO, hasta la CIBERNETICA y la COSMONAUTICA. Los adelantos científicos y tecnológicos del siglo XX.

Fina y lujosa encuadernación, 8.000 páginas, 280.000 voces. Increíble profusión de láminas, mapas, cuadros y dibujos. Magníficas ilustraciones a todo color

AHORA con extraordinarios planes presentación en pequeñas cuotas mensuales a sola firma.

SOLICITE INFORMES ENVIANDO ESTE CUPON:

BIBLIOGRAFICA OMEBA
EN TODOS LOS PAISES DE HABLA CASTELLANA

LAVALLE 1328 — TEL. 49 - 0614
BUENOS AIRES — ARGENTINA

Apellido y nombre

Domicilio

Localidad



HISTORIA

TODOS ES

Revista mensual de divulgación histórica

"Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir..."

(CERVANTES, Quijote, I, IX)

AÑO 1 - N° 1

MAYO DE 1967

EDITOR: Honegger S. A.
DIRECTOR: Félix Luna

Redacción:
MEXICO 4256

INTENCION

HASTA HACE POCO TIEMPO, una publicación como "Todo es Historia" era impensable. La posibilidad de que aparezca hoy una revista cuyo tema es nuestro pasado, proviene del vigoroso interés por conocer mejor todo lo argentino que se ha despertado en los últimos años. La aparición de "Todo es Historia" se corresponde, pues, con el llamado "boom" del libro argentino, con el surgimiento de nuevas formas de expresión plástica típicamente nacionales, con la elaboración de voces musicales asociadas a la tradición folklórica de nuestra tierra. Es, en una palabra, una expresión más del nuevo y hondo interés por el país que singulariza a nuestro tiempo: para satisfacerlo es que emprendemos esta publicación.

El título de nuestra revista establece con claridad cuál es la intención que nos anima. Por historia no entendemos solamente los sucesos que tienen acogida en las crónicas más o menos notorias. Historia es todo; y todo es historia. Historia no es únicamente la línea de las grandes efemérides; es también el amor y los crímenes, las modas y las costumbres, las formas de vida, las creencias, hasta las mentiras... Todo es historia. Todo nos interesa porque todo se refiere a nuestro país y a su pasado.

Del mismo modo, tampoco ponemos límites temporales a nuestro tema: lo que sucedió ayer mismo, también es historia. Y si esta revista dedica su atención preferente a lo argentino, ello no ocurre porque nos interese con exclusividad.

Esa misma amplitud nos mueve a tratar de incluir en números sucesivos notas que abarquen épocas distintas y regiones diferentes del país. No queremos parcializar la sustancia de nuestra revista. Con una razonable equidad y dentro de nuestras posibilidades iremos publicando artículos que se refieran tanto a Buenos Aires como a las provincias, tanto a épocas más o menos remotas como a las modernas. Y como tenemos un concepto amplio y abierto de la Patria, tal vez porque vemos estas tierras con criterio y visión histórica, trataremos de insertar notas sobre el pasado de los países hermanos, pues los orígenes comunes imponen romper las valoraciones estrechas de nacionalidad para hablar en términos de Patria Grande.

Dos características de "Todo es Historia" queremos señalar muy especialmente. Nuestra revista será veraz. Contaremos la historia libremente, sin prejuicios de ninguna clase. Por eso no hay exclusiones en nuestras páginas, ni de temas ni de personajes ni de épocas ni de autores. Todos tienen cabida en esta revista sin otra condición que la de participar del propósito que nos inspira. No hay, por tanto, nada que no pueda ser dicho aquí por prejuicios o reticencias. Pero una de las condiciones que se imponen a los colaboradores es no afirmar nada que no pueda ser documentalmente acreditado. De modo que los lectores pueden tener la seguridad de que cada hecho que se menciona, cada afirmación que se formula, está abonado por la responsabilidad de sus autores y por la de la revista.

La otra característica que deseamos señalar es que ésta aspira a ser una revista popular. "Todo es Historia" es un órgano de divulgación, no de investigación; de difusión, no de erudición. Respetamos profundamente las publicaciones científicas y creemos que ellas son —nos son— indispensables. Pero "Todo es Historia" no transcribe notas al pie de página ni lastra sus páginas con citas eruditas. Sus artículos serán livianos, legibles por todos, pues queremos llegar al mayor número posible de lectores. Pero a no equivocarse: la circunstancia de que nuestras páginas sean amenas, profusamente graficadas y lavadas de transcripciones engorrosas no significa que "Todo es Historia" no sea seria.

Nos lanzamos a esta nueva empresa editorial porque el país está maduro para recibir un mensaje como el de "Todo es Historia". Queremos promover el conocimiento de nuestro pasado y contribuir, de este modo, al robustecimiento de la conciencia nacional. Deseamos que este mensaje no muera en el horizonte estrecho de pequeños círculos especializados; que tenga un destino de grandes públicos; que ande largos caminos y suscite muchas vocaciones, muchas curiosidades, muchas reflexiones.

SUMARIO

HISTORIA TODO ES



Don Juan Manuel de Rosas, sobre cuya vida pública tanto se ha escrito, tuvo una discreta y poco conocida vida privada. El artículo de Felipe Cárdenas (h.) la describe.

- Las tres mujeres de don Juan Manuel. La esposa, "la Niña" y "La Cautiva"; tres presencias femeninas en la enigmática vida del Restaurador de las Leyes pág. 6
- Palomar: El negociado que conmovió un régimen. Un informe exhaustivo de Osvaldo Bayer sobre el episodio que desprestigió definitivamente al régimen depuesto en 1943 pág. 18
- Las academias porteñas... baile y algo más... La reconocida solvencia de Luis Soler Cañas indaga sobre unas curiosas instituciones del bajo mundo porteño funisecular pág. 34
- La pena de muerte por sorteo en Catamarca. Un dramático episodio vivido en Catamarca en la época de las guerras civiles, relatado por Armando Raúl Bazán pág. 44
- Memorias de un Comisario. Juan M. Vigo transmite el relato de un policía que debió actuar en los arduos obrajes del Chaco, hace más de medio siglo pág. 49
- "Abrazarnos como hermanos...". Un gran debate parlamentario argentino que en 1860 contribuyó a pacificar los espíritus; Jorge V. Galindez lo relata pág. 58
- El lado flaco de Felipe Varela. Todos tenemos nuestro lado flaco. El de Felipe Varela fue su propia imagen, abundantemente fotografiada pág. 64
- La más bella campaña de Napoleón. Relata la fascinante aventura del Emperador cuando desembarcó en la isla de Elba para reconquistar su trono pág. 66
- La vuelta al mundo de la "Argentina". Una aventura de corsarios con la bandera nacional al tope. José Luis Lanuza relata el viaje de la fragata "Argentina" por mares exóticos y soles remotos pág. 80
- El crimen del francés solitario. Un asesinato que conmovió al país en 1894. Faninal relata como se descubrió al autor de este extraño hecho pág. 88
- El desván de Clío. Curiosidades y rarezas en el desván de la Historia. Las dice León Benarós pág. 30
- Así contaron la historia. En este número, el testimonio del general José María Paz: su prisión, su casamiento pág. 52
- Los días y la historia. pág. 76
- Historiama. Entretenimientos para refrescar conocimientos pág. 86

Y TAMBIEN:

- Los días y la historia. pag. 30
- Así contaron la historia. En este número, el testimonio del General José María Paz: su prisión, su casamiento pag. 52
- El desván de Clío. Curiosidades y rarezas en el desván de la Historia. Las dice León Benarós pag. 76
- Historiama. Entretenimientos para refrescar conocimientos .. pag. 86

La Dirección de TODO ES HISTORIA agradece a las autoridades y personal del Archivo Gráfico de la Nación, cuya diligencia y eficacia ha permitido ilustrar la mayoría de las notas publicadas en esta edición.



LA ESPOSA



LA "NIÑA"



LA "CAUTIVA"

**LAS TRES
MUJERES
DE DON
JUAN
MANUEL**

por FELIPE CARDENAS (h.)



NO fue Rosas un apasionado de las mujeres. Sus pasiones estaban dirigidas a otras cosas: el poder, el manejo de los hombres, la omnipotencia. Nunca fue un mujeriego aunque su legendaria apostura física, el amor que le tuvo el pueblo de Buenos Aires y su imponente personalidad le hubieran facilitado cualquier conquista galante. Sin embargo, el Restaurador fue un hombre con una escasa vida sentimental. Los historiadores han hurgado inútilmente sus años sin encontrar más episodios que los que a conti-

nuación relataremos y que importan, ciertamente, un balance bien magro en el plano amoroso para un hombre que —no lo olvidemos— llegó al gobierno a los 35 años de edad y se mantuvo en él durante casi un cuarto de siglo. Un hombre a cuya voz se inclinaban los pueblos y que por consiguiente tenía todo en su mano para que las mujeres se le rindieran.

Tal vez se suponga que Rosas era un hombre frío en el plano erótico o que no le interesaban las mujeres. No es así, sin embargo.

LAS TRES MUJERES DE DON JUAN MANUEL

Tuvo buenas amigas: Josefa Gomez, por ejemplo, con quien mantuvo una asidua correspondencia desde el exilio, Mariquita Sánchez de Thompson —esa especie de Madame de Stael criolla, árbitro de la elegancia femenina y dictadora de modas en la sociedad porteña—, con quien siempre tuvo una afectuosa relación, inclusive después del voluntario exilio de la dama a Montevideo. O Juanita Sosa, de la cual los diarios unitarios decían que “era la novia del tirano”.

Rosas gustaba de la compañía femenina y las amigas de su hija Manuelita habían hecho una pequeña corte alrededor del gobernante. Era bromista y galanteador con las damas: Juan Bautista Alberdi, que lo trató bastante durante su exilio británico, relata que en las reuniones estaba siempre rodeado de un círculo de damas inglesas a las que “el general” entretenía con sus chistes, dichos en mal inglés.

No era, pues, misantropía ni desinterés por el bello sexo lo que llevó a Rosas a abstenerse de aventuras eróticas. Había alguna otra razón. Quien ha estudiado algo su figura y sobre todo su correspondencia, ha de concluir, forzosamente, que este recato de Rosas se debió, hasta su viudez, a su fidelidad a Encarnación Ezcurra, su esposa y compañera. Y después de enviudar, a la necesidad de ocultar antes sus enemigos cualquier flanco personal que lo mostrara débil o vulnerable. Rosas debía ser siempre “el gran Rosas”, no solamente en el plano de la alta política, sino también en su vida cotidiana. Y el gran Rosas no podía darse el lujo de andar haciendo el Don Juan o corriendo tras las hembras como un hortera... Era en cierto modo su orgullo, su tremendo orgullo de hombre superior lo que impidió andar a Rosas por los fáciles caminos de amoríos ocasionales. Esto y además una energía volcada exclusivamente a otros objetivos que nada tenían que ver con las mujeres.

Por eso sus dos grandes amores fueron Encarnación Ezcurra y una criollita llamada Eugenia Castro, que compartió más de diez años de vida del rubio dictador y sobre la cual hablaremos más adelante. Un amor, este último, que Rosas ocultó cuidadosamente y que sólo trascendió después de su muerte, en 1886, cuando los hijos de Eugenia y Rosas peticionaron judicialmente la herencia que creían les correspondía. Dos amores solamente en la vida de este hombre que alcanzó los ochenta años y que durante veinticinco, por lo menos, tuvo en su mano todo el poder que podía abarcar un hombre en estas violentas tierras del Plata... Convengamos que, frente a estas dos mujeres que llenaron los cauces sentimentales de don Juan Manuel, no puede negarse que el dictador porteño fue extremadamente sobrio en esta materia. Muy al contrario de algunos de sus contemporáneos, entre ellos Urquiza —cuyos hijos casi llegan al centenar—, o el general Fructuoso Rivera, a quien se llamó “el padrejón” por su exuberancia erótica, o a tantos otros hombres públicos de esos singulares tiempos.

En realidad, la temperancia de Rosas sólo puede compararse a la de su compañero Juan Facundo Quiroga, de quien Vicente Fidel López dice que era casto y fiel a su esposa, aun en su época de gloria y al que sólo se le conoce una ambigua relación sentimental: la de Severa Villafañe. Pero esto es otra historia y alguna vez la contaremos...

LA HEROINA DE LA FEDERACION

Doña Encarnación Ezcurra fue una excelente compañera para Rosas. Se habían conocido muy jóvenes: tan jóvenes que doña Agustina López Osornio de Ortiz de Rosas —madre del futuro Restaurador— se opuso terminantemente a un noviazgo que consideraba una locura, dada la edad de los muchachos. Frente a estas dificultades, Juan Manuel resolvió apelar a una treta para obtener el ansiado consentimiento: instruyó a su novia para que le enviara una esquela cuyo contenido diera a entender que se encontraba encinta. Y una vez que tuvo la carta en su poder, la “olvidó” en su habitación... De modo que cuando doña Agustina se enteró de semejante novedad, le faltó tiempo para ordenar el casamiento que repararía el desliz de su hijo con una niña de las mejores familias de Buenos Aires... Historiadores contemporáneos han negado el hecho fundándose en la publicación del acta de casamiento de Rosas, que menciona la publicación de las clásicas amonestaciones en todas las parroquias de Buenos Aires, como era de uso en la

época: pero el documento no destruye la tradición de esa estratagema, tan propia del carácter astuto y conecedor de la naturaleza humana que siempre demostró Rosas.

Encarnación, repetimos, fue una excelente compañera para Rosas. El futuro gobernador de Buenos Aires empezó a hacerse de una posición con su trabajo personal y sin capital de ninguna clase, pues rechazó toda ayuda de sus padres. Probablemente, la "broma" a que debió apelar para casarse con su amada no debió hacer ninguna gracia —una vez descubierta— a su madre, doña Agustina, que era una mujer de fortísimo carácter. (Tan fuerte era el carácter de la madre de Rosas que, como cuenta su sobrino-nieto, Lucio V. Mansilla, su testamento fue formulado en completa oposición a las leyes testamentarias, en la seguridad de que aún después de muerta sus hijos respetarían su voluntad, cosa que ocurrió). De esta época de su casamiento data también la modificación de su apellido: ya no firmó "Juan Manuel Ortiz de Rosas", sino simplemente "Juan Manuel de Rosas", eliminando el Ortiz y convirtiendo la "z" en "s".

Tal vez esta modificación significaba en Rosas el rompimiento con su pasado de hijo de familia y el comienzo de una actividad en

las estancias del Sur que le permitiría amasar una gran fortuna. Pues fue en el poblamiento de estancias y en la incipiente industria saladeril que Rosas se hizo rico. Pero era también una actividad difícil, dura y llena de peligros. Los indios siempre andaban cerca y el trabajo de años podía verse arrasado en un día, con un solo malón. . . Encarnación no anduvo con su marido en esas peripecias camperas. Vivía en Buenos Aires, en su casa, y Rosas venía de tiempo en tiempo a visitarla.

De su matrimonio hubo tres hijos. Juan, que continuaría con el apellido y uno de cuyos hijos, a su vez, sería gobernador de Buenos Aires bajo la presidencia de Figueroa Alcorta; Manuelita, "la Niña", la fiel consejera y amiga del dictador, apoyo de su vejez y manantial de inagotable dulzura en los violentos tiempos de la tiranía; y otro hijo, que murió pálido.

Fue un matrimonio unido. Encarnación era una mujer de las de antes, locamente devota a su marido, dócil y fiel a sus intereses. Su dormida vocación política despertó bruscamente cuando Juan Manuel empezó a convertirse, después del fusilamiento de Dorrego, en "el hombre fuerte" de Buenos Aires. Fue desde entonces cuando Encarnación Ezcurra



La casa de Rosas en Palermo. Miles de árboles plantados por el dictador durante años fueron convirtiendo el paraje en un paseo para la sociedad porteña.

LAS TRES MUJERES DE DON JUAN MANUEL

se convirtió en la mejor colaboradora de su marido. Ella se ocupaba de atender a la gente de menor cuantía, montó una verdadera "central" de chismes e informaciones, convirtió su casa en un comité cuya puerta estaba abierta para todos los "apostólicos" y de donde salían los planes para enfrentar a los "cismáticos", los "lomonegros", los "logistas"...

Los retratos de la época corroboran esta impresión: una mujer de trazos más bien hombrunos, maciza y angulosa, con un brillo fanático en sus negros ojos. Una mujer que estaba dispuesta a dar la vida por su hombre y que, en su adoración por Juan Manuel, iba más allá que él en la calificación de sus enemigos. Hay una nutrida correspondencia de Encarnación con su esposo, cuando éste andaba conquistando el desierto: ella le pide órdenes, le transmite toda clase de informaciones —desde los traslados de oficiales hasta las trampas con que algunos tahures están desplumando a Quiroga— y lo impone de todo el chismerío menor que Rosas necesita saber para seguir siendo el hombre mejor informado del país.

Cuando Rosas retorna al gobierno, en 1835, con la suma del poder público y las facultades extraordinarias, doña Encarnación es ya "la Heroína de la Federación": se ha ganado su título con el incansante comercio que ha ejercido esos años con los negros y los sectores más bajos del pueblo, con su copiosa correspondencia con los federales del interior y, sobre todo, con su fanática adhesión a la causa de su marido.

Pero Doña Encarnación sólo gozará dos años su alta posición. En octubre de 1838 fallece y toda la Federación se pone de luto por ella. Los gobiernos provinciales tiran decretos de pomposos conceptos adhiriendo al pesar del Restaurador de las Leyes y se generaliza el uso del "luto federal", una cinta negra que va al lado del cintillo punzó que ya caracteriza a los partidarios de Rosas.

¿Amó el Restaurador a su esposa? Sus enemigos pretendieron que durante su última enfermedad Rosas ni siquiera iba a verla; pero hay una carta del médico que la atendió, en la que dice que ella murió en brazos de su esposo. Y dos años después, cuando Rosas da por terminado el "luto federal" en una proclama, escribe a Manuelita que "he llorado tanto, desde que la escribí días pasados y hoy acordándome de ti, a quien quiero más que a mi vida".

Esto era en 1840, el año crítico del régimen de Rosas: el año del bloqueo francés, del levantamiento de la Liga del Norte, de la invasión de Lavalle, de la Mazorca descontrolada... La sombra fanática, casi monacal de doña Encarnación, ya se desvanecía en el pasado. En la vida de don Juan Manuel de Rosas empezaba un nuevo amor. O, tal vez más exactamente, una "liasón" que se prolongaría hasta su derrocamiento. Mientras se desdibujaba la imagen rigurosa de la "Heroína de la Federación", crecía la silueta de una criollita de vivarachos ojos negros llamada Eugenia Castro, a quien su amante llamaría "la Cautiva"...

LA CAUTIVA DEL RESTAURADOR

El comandante Juan Gregorio Castro era un militar muy adicto al Restaurador. Hacia 1835, poco antes de morir, nombró a Rosas tutor de sus dos hijos, Eugenia y Vicente. No parece que Castro haya tenido mayor intimidad con el gobernante porteño; en realidad, la tutoría encomendada era uno de esos gestos casi simbólicos, como los padrinazgos que actualmente ejercen en ciertos casos los presidentes de la Nación. Cuando murió Castro, Rosas llevó a Eugenia a su casa, en la actual calle Moreno. Era entonces una chiquilina de 13 años. Vivía aún doña Encarnación y la pequeña huérfana ocupaba en lo de Rosas una posición ambigua: "un lugar intermedio entre el de criada y parlenta pobre", dice uno de los biógrafos de Rosas.

Hacia 1840 la familia del Restaurador se muda al caserón construido en Palermo. Lo que hasta entonces había sido un enorme pantano se estaba convirtiendo en un parque arbolado donde las familias porteñas solían pasear los días de fiesta. Dominaba la enorme extensión la casa del dictador: una construcción baja, rectangular, en cuyas dependencias se instalaron los hijos de Rosas, sus criados, sus edecanes y ordenanzas, los empleados de su secretaría y una cohorte de peones, soldados de guardia, viejos servidores y protegidos.

Y en esa pequeña corte, Eugenia Castro.



Manuelita Ortiz de Rosas y Ezcurra. Este retrato, original de Prilidiano Pueyrredón —y actualmente en el Museo de Bellas Artes de Buenos Aires—, fue realizado a pedido de un grupo de adictos de Rosas.

Ya en 1840 se ha convertido de ahijada en amante del Restaurador. Es una discreta relación. Muy poca gente está enterada que Rosas se consuela de su viudedad con los criollos encantos de Eugenia. En realidad, la prensa unitaria de Montevideo —que siempre está acechando cualquier debilidad del dictador porteño— no alude jamás a la irregular situación que vive Rosas y le achaca, en cambio, un noviazgo con una niña de la sociedad porteña. Indudablemente Rosas debió ocultar su situación con Eugenia: sus enemigos llegaron a acusarlo de mantener relaciones incesuosas con su hija Manuelita... y no sospecharon que en la propia casa del Restaurador vivía su amante.

No existen retratos de Eugenia Castro. Es de suponer que sería una graciosa criollita, pues sus atractivos le valieron el favor de Rosas durante doce años. En 1841 la muchacha tiene su primera hija: Mercedes. Luego viene Angela. Después, llegan otros vástagos: Nicanora (Canora o la Gallega), Angelita ("el Soldadito", que parece haber sido la preferida de su padre); Justina, Arminio ("el Coronel") y Joaquín. Después de Caseros, ya en Inglaterra, Rosas sabrá del nacimiento de su último hijo natural: Adrián. El dictador juega con sus hijos a su modo, siempre un poco brutal, hace azotar a las mayores por "salvajes unitarias" —cuidando que no se lastimen poniendo unos cartones bajo sus vestidos—, les da apodos cariñosos a todos. Eugenia hace de "valet" y de enfermera, lo ayuda a afeitarse, a veces se sienta en la mesa con Rosas y su familia. De cuando en cuando sale a pasear en coche con su amante y los hijos. Eugenia cumple en Palermo los menesteres menores de una ama de casa más o menos clandestina y servicial, haciendo las funciones que Manuelita no puede asumir; absorbida como está en las actividades de "relaciones públicas" —como se diría hoy— a que su padre la dedicaba.

Un capítulo curioso de esta situación, mantenida por Rosas desde 1840 hasta que su derrota de Caseros y posterior viaje a Inglaterra la interrumpe abruptamente, es el que se refiere, precisamente, a las relaciones entre Manuelita Rosas y Eugenia Castro; entre "la Niña" y "la Cautiva": entre la hija y la querida del Restaurador. Cabe suponer que Manuelita no vería con buenos ojos la relación de su padre con una muchacha de clase inferior. Su formación religiosa, la pacatería propia de su tiempo, inclusive los naturales celos que debía inspirar la presencia de una intrusa que reemplazaba a su madre en el lecho del Restaurador, todo haría que "la Niña" aborreciera íntimamente el clandestino amorío de su padre. Señalemos que, por otra parte, en 1852 Rosas tenía casi 60 años: una edad en que esta clase de devaneos suele parecer un poco ridícula, aun a una sumisa hija como era Manuelita...

Sin embargo, nada autoriza a pensar que Manuelita se opuso formalmente a esa relación. Ella la toleró, convivió con Eugenia en la misma casa y nunca formuló —al menos que se sepa— el menor comentario al respecto. Más aún. Hay un curioso episodio que relata Manuel Gálvez: un canónigo escribe a Eugenia Castro una carta de salutación. El borrador de la contestación es redactado por Rosas... ¡y es Manuelita quien escribe de su puño y letra la respuesta a nombre de Euge-

LAS TRES MUJERES DE DON JUAN MANUEL

nia!... Sobre la poca simpatía que podía tener la hija de Rosas por la amante de su padre, un poder incontrastable la obligaba a rodear a Eugenia del "status" debido. El mismo poder que había triunfado en varias guerras de sus enemigos internos, el mismo que había derrotado a Francia e Inglaterra, el poder de ese hombre singular cuya férrea voluntad todo lo doblegaba a su arbitrio...

CASI UNA SOLTERONA...

Manuelita era algo más que una hija para Rosas. Era una confidente, un auxiliar indispensable de su política: la reemplazante de su madre, pero no bravía como doña Encarnación, sino dulce y sumisa. Es notable la evolución de Manuelita, desde que empieza a aparecer al lado de su padre hasta las últimas épocas del gobierno de Rosas: la muchacha casi iletrada, preocupada solo de cintas y adornos, apegada a sus amigas, se va convirtiendo en una aplomada mujer que seduce a diplomáticos extranjeros, es intermediaria ante su padre de centenares de pedidos y es propuesta, inclusive, para suceder a Rosas en la dirección del Estado.

Pues, hacia 1840 se promovió un movimiento entre los federales más fanáticos, tendientes a convertir a "la Niña" en la sucesora formal de Rosas, en caso de muerte de éste. Gente muy seria y respetable de Buenos Aires consideró gravemente la probabilidad de la desaparición del Restaurador y la necesidad de que los negocios públicos quedaran en manos de quien los conociera profundamente; y llegaron a la conclusión de que Manuelita era la indicada para ser la futura "gobernadora". Ya se la llamaba "la Nueva Heroína de la Federación" y el asunto tuvo trascendencia periodística, hasta que Rosas puso punto final a ese despropósito.

Pero, de todos modos, Manuelita cumplía funciones importantes. Y fundamentalmente

se había consagrado por entero a su padre, al punto de renunciar a su propia vida como mujer. En efecto, ella tenía un pretendiente eterno: Máximo Terrero, su novio de siempre, hijo de Juan Nepomuceno Terrero, amigo y socio de Rosas. Máximo la cortejaba discretamente y era valor entendido en las dos familias que algún día se casarían. Pero corría el tiempo y el casamiento no se concretaba. En 1852 ya tenía Manuelita 35 años: para el criterio de esa época, era ya una solterona sin remedio... Ella estaba decidida a quedar al lado de su padre y brindarle todas las horas. Y Caseros resultó ser su liberación...

Carlos Ibarguren y Antonio Delleplane han dedicado sendos libros a Manuelita Rosas. De esos trabajos surge la imagen de una niña dulce y sumisa, perfectamente consciente de que está entregando en holocausto lo mejor de su vida a la absorbente personalidad de su padre. Lo hacía con alegría. Pero quien ha visto el magnífico retrato de Manuelita Rosas por Pridiliano Pueyrredón que se conserva en el Museo de Bellas Artes de Buenos Aires, debe reconocer que esa criolla distinguida y llena de vida debía sufrir íntimamente por la antinatural postergación de sus esperanzas de mujer...

La batalla de Caseros habría de modificar sustancialmente el destino de las dos mujeres de Rosas: el destino clandestino de Eugenia Castro y el de Manuelita. Cuando Máximo Terrero se va para cumplir su deber como buen federal, su novia le da un pañuelo punzó para que lo lleve en recuerdo suyo; Terrero cae prisionero de los urquicistas y alcanza a mandar la prenda de su amor a bordo del "Conflicto", en el que Rosas y Manuelita viajarán a Inglaterra. Y en cuanto puede, Máximo va tras de su amor. En octubre de 1852 Máximo y Manuelita se casan. "La Niña" ya está liberada de su compromiso con el padre. Ya madura, puede iniciar su vida de esposa, de madre. Será feliz en su matrimonio, tendrá dos hijos y varios nietos y morirá en Londres en 1898. Pero su padre no le perdonaría nunca su casamiento: lo califica de "crueldad inaudita" y rezonga a los parientes que alguna vez lo visitan en el exilio, que Manuelita no ha cumplido con el compromiso que tenía con él... Sin embargo, los años lían estas asperezas de padre demasiado absorbente y, aunque Rosas ha de vivir en Southampton y Manuelita con su familia en Londres, se escriben siempre y se ven una o dos veces por año.

En los finales del régimen rosista, dos escritores unitarios —José Mármol y Miguel Cané— se "complotaron" para publicar sen-



Burgess Farm, la casa donde Rosas pasó los últimos años de su vida, rodeado de los recuerdos de su actuación pública y de los papeles oficiales que trajo desde Buenos Aires.

dos trabajos analizando la personalidad de Manuelita y crear, en la forma más sutil posible, cierto distanciamiento entre el padre y la hija. Aludiendo a "la Niña" y al renunciamiento en que vivía, a su noviazgo demorado, al egoísmo de Rosas, Mármol y Cané creían poder introducir una cuña en la solidaridad férrea entre padre e hija. Consta que Manuelita conoció a esos escritos —que fueron publicados en Montevideo y circularon profusamente—, pero se ignora si ellos contribuyeron a hacerle tomar conciencia de su situación. Lo cierto es que, apenas llegado Máximo Terrero a Inglaterra, contraía matrimonio con su novia. Rosas puso dos condiciones: no asistir a la ceremonia y no vivir con la pareja. Pero aunque haya costado lágrimas a Manuelita, ese casamiento le permitió realizarse vitalmente. Casi solterona, había logrado reconstruir su vida...

"TU MALDITA INGRATITUD..."

Pero estábamos en los últimos años del gobierno de Rosas. Aparte de Eugenia Castro, ¿tiene el Restaurador alguna otra relación amorosa? No hay constancias de ello. Lucio V. Mansilla, su sobrino, ha escrito que

Rosas solía tomar de cuando en cuando alguna mujer para saciar sus urgencias, de la infinidad que venían a Palermo para hacerle pedidos o manifestarse adhesión. Pero nada corrobora la afirmación de Mansilla —que por otra parte, era muy fantasioso en sus aseveraciones—. También se dijo, muchos años más tarde, que Marcelina Alem, la madre de Hipólito Yrigoyen, había sido favorita del Restaurador en sus últimos años de poder: pero, aunque barajando ciertas fechas y circunstancias, puede construirse una seductora teoría sobre la posible paternidad del caudillo radical, tampoco existe ningún elemento de juicio serio que ratifique semejante conjetura.

En realidad, fuera de Eugenia —cuya constancia en sus amores con Rosas quedó certificada con la proliferación de hijos durante la década del 40— no hay noticias de que otras mujeres hayan ocupado las afecciones del dictador porteño. Este seguía cumpliendo, dicho sea de paso, con sus funciones de tutor de los Castro: hace cobrar los alquileres de la casita del barrio de la Concepción que dejó su padre a Eugenia y Vicente, manda repararla, compra un terreno adyacente y se lo regala a su manceba. Lue-

LAS TRES MUJERES DE DON JUAN MANUEL

go hace que Eugenia compre —con dinero que su tutor le regala, probablemente— la parte de su hermano.

Cuando ocurre la batalla de Caseros, Rosas, embarcado en el buque británico "Conflict" y a punto de viajar a Inglaterra, resuelve finiquitar las responsabilidades de su tutoría. El 8 de febrero de 1852 —cinco días después de Caseros— el dictador derrocado deposita en poder de Juan Nepomuceno Terrero, su íntimo amigo y futuro consuegro, los títulos de propiedad de la casa de Eugenia, así como \$ 41.000 de propiedad de ella y \$ 20.000 de su hermano. Deja establecido que esas sumas le corresponden "por herencia y réditos, mientras yo los maneje". La diferencia de dinero a favor de Eugenia se debe al regalo que le ha hecho Rosas. ¿Vio Rosas a su amante antes de embarcarse para Inglaterra? No parece probable: el dictador fue desde los campos de Caseros directamente a la Legación Británica, sin pasar por su casa de Palermo, y poco después se embarcó en un buque inglés; por su parte, Eugenia estaba encinta de su hijo Adrián, lo que hace poco presumible que haya ido a verlo a bordo. Pero, seguramente, se comunicó con ella y supo de sus pasos, pues en una carta posterior le habla de un apuro que ella sacó de su casa "poco después del 3 de febrero de 1852".

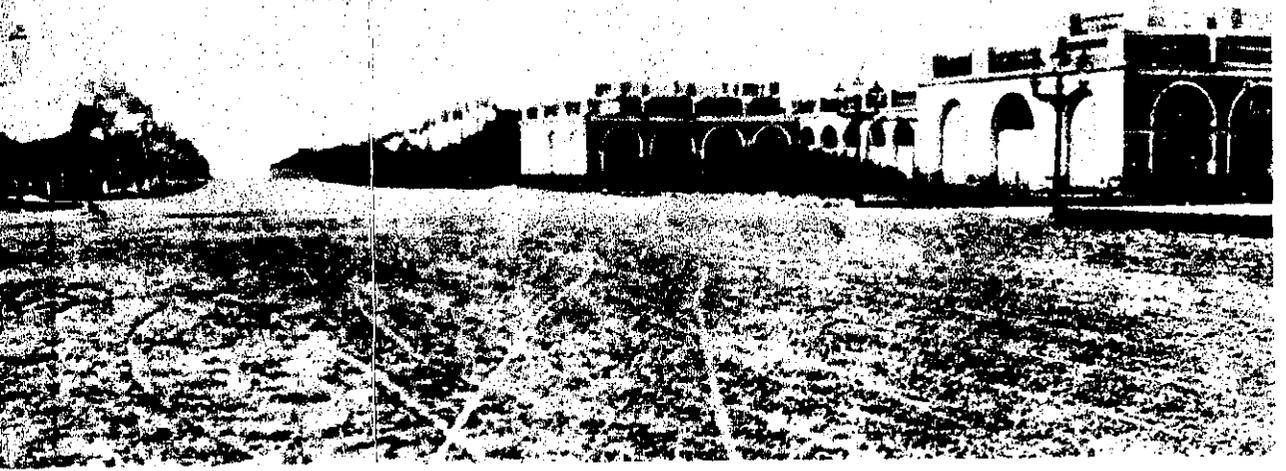
Ya instalado en Inglaterra, Rosas recibe cartas de Eugenia en diciembre de 1852 (dándole cuenta del nacimiento de Adrián, seguramente), marzo del 53, mayo del 54 y febrero del 55; una carta por año. Estas cartas no se conservan: el pudor de Rosas por ocultar su relación con Eugenia lo indujo sin duda a destruir esa correspondencia. Sabemos, sin embargo, que Rosas envió durante el primer año de su exilio dos cartas a Eugenia llamándola, pidiéndole que viniera con sus hijos a acompañarlo. Ante la proximi-

dad del casamiento de Manuelita, el desterrado no se resignaba a la soledad. Tal vez la costumbre o el afecto creado en tantos años de vida en común lo llevaron a reclamar su presencia en Inglaterra. Quizás quería conocer al hijo desconocido, Adrián, nacido después de Caseros... Pero Eugenia no quiso ir. No conocemos sus razones, pero son fácilmente conjeturables. Sus hijas mayores eran ya adolescentes, la ex manceba del Restaurador temía dar un paso tan extremo, abandonando todo —por poco que fuera— para seguir a un hombre que era casi un anciano. Nada pudieron las "dos muy expresivas y tiernas cartas" que le envió Rosas a su antigua querida. Esta, por su parte, al desdenar los reclamos de su patrón —como Rosas gustaba hacerse llamar por ella—, volvió a la oscuridad de su origen y ni siquiera pudo criar a sus hijos con instrucción.

En 1855, la cuarta carta de Eugenia le incluye un escapulario de la Virgen de las Mercedes y un pañuelo bordado por Angelita, "el Soldadito". Le contesta, entonces, agradeciendo el regalo, con una carta a medias plañidera, a medias rezongona. Habla de su pobreza, asegura que no puede ayudarla, expresa que lo que tiene apenas le alcanza "para vivir muy pocos años en una moderada decencia", anuncia que si siguen así sus cosas tendrá que conchabarse de peón, "pues a nadie he de incomodar ni he de admitir un solo real". Eugenia le ha dicho que se siente muy desgraciada: él le recuerda su ofrecimiento de venir a Inglaterra y le dice que si es desgraciada lo debe culpar a su "maldita ingratitud". Anuncia que si le devuelven sus bienes (que han sido confiscados por sus enemigos de Buenos Aires) podrá hacerla venir con todos sus hijos. Le agradece el escapulario y le pide que le mande el apuro que ella sacó de su casa después de Caseros, porque lo necesita. "Te bendigo como a tus queridos hijos", termina la carta.

Al día siguiente escribe un mensaje a Angela, su predilecta. Le agradece el pañuelo que le envió, desmiente que se haya casado (seguramente Angela se lo había preguntado) y le anuncia el envío de \$ 100 de regalo. Le recomienda abrazar en su nombre "a tu querida mamá y hermanos" y cierra la esquila con un cariñoso "Adiós, mi querida Soldadito".

En 1862 Rosas redacta su testamento. En tres cláusulas del documento recuerda el depósito del título de la propiedad de Eugenia en poder de Terrero y del dinero que también dejó a su amigo: "entiendo haber éste entregádolo ya a Eugenia", dice. Y en otra cláusula manda que sus albaceas entreguen a Eugenia Castro la suma de \$ 800



ARRIBA: Fotografía de la casa de Rosas en Palermo, poco antes de ser demolida, a fines del siglo pasado.
ABAJO: En el album de Manuelita Rosas, el pintor Caamaño dibujó esta acuarela en la casa de Palermo.



“en correspondencia al cuidado con que asistió a Encarnación, a habérmela ésta recomendado y a la lealtad con que me cuidó en mis enfermedades”. Ni en el testamento ni en el codicilo agregado años más tarde alude Rosas a los hijos habidos con ella. Por el contrario, niega tener otros vástagos que Juan y Manuelita.

¿Hubo otra correspondencia entre Eugenia y don Juan Manuel? Lo ignoramos. En 1870 escribe una breve carta a Eugenia mandándole tres pañuelos. “No les mando algo bueno porque sigo pobre”, se disculpa el anciano. La despedida de la esquela es significativa: “Bendice a Uds. su afectísimo patrón”. Después, nada. Los años iban cargando los hombros del exiliado, oscureciendo su clara inteligencia, devastando sus cabellos. Pero nunca más escribió a su antigua amante ni a sus hijos naturales.

En 1886, un abogado español patrocinó a tres de los hijos naturales de Rosas en un

juicio por petición de herencia que éstos iniciaron contra Manuelita Rosas de Terrero. La demanda fue desestimada por razones de jurisdicción, pero los actores agregaron al expediente las cartas que habían recibido de su padre y la prensa se ocupó profusamente de este episodio, desconocido hasta ese momento para el gran público en Buenos Aires. Recién entonces se supo que la larga viudez del Restaurador había tenido un refugio de ternura en aquella criollita que entrara como ahijada en la casa de Rosas. Años después, el doctor Rafael Calzada, abogado de los hijos del dictador, relató en un libro la situación en que se encontraban sus clientes. Nicanora vivía en Lomas de Zamora, donde trabajaba como lavandera: “tenía todo el aire de una persona bien nacida”, refiere Adrián también vivía en Lomas de Zamora y era pocero. “Alto, de ojos azules, rubio, buen mozo, de un parecido sorprendente a Rosas pero de modales más bien toscos. Había sido criado en el trabajo y la pobreza”. En cuanto a Joaquín, andaba por Tres Arroyos y era peón de estancia; se lo conocía como “el chileno Rosas”.

Cuando se inició esa demanda, hacía nueve años que Rosas había muerto. Tal vez en sus últimos años, el anciano dictador recordaba sus épocas de gloria, cuando los pueblos de la Confederación Argentina y las naciones poderosas de la tierra tuvieron que inclinarse ante su voluntad. Y entre esos recuerdos, tal vez la imagen austera de Encarnación o la atractiva gracia de Eugenia ponían un poco de ternura en sus solitarias noches bajo el cielo inglés... La devoción de aquellas mujeres y la sumisión filial de Manuelita habían sido los únicos refugios de amor en la vida de aquel hombre cuyas pasiones no habían tenido nombre de mujer, sino de épicos lustros argentinos...



Retrato de Rosas, de autor anónimo, obtenido durante el exilio del dictador en Inglaterra. La edad y las vicisitudes han cavado el rostro de quien fuera uno de los hombres más hermosos de Buenos Aires.

APENDICE

Las cartas de Rosas a Eugenia Castro y a su hija Angelita que se transcriben fueron publicadas en el libro "Cincuenta Años de América" por el doctor Rafael Calzada. Sus originales están agregados al expediente iniciado por los hermanos Castro contra Manuelita.

Southampton, junio 5 de 1855.

Mi querida Eugenia: No es por falta de los mejores deseos que he retardado hasta hoy la contestación de tus apreciables datadas a 4 de diciembre de 1852, marzo 13 del 53, mayo 7 del 54 y febrero 5 del presente.

Si hay en la vida algunos deberes sociales que cuando más se retardan en su cumplimiento es cuando más se anhela, hay también circunstancias en que algunos hombres son obligados por su situación a demorar el recibo de una persona cuando por virtud de su vida retirada tiene que hacer lo mismo con otras.

He mandado a don Juan Nepomuceno Terrero el testimonio por el que se encontrará en la escribanía de su referencia la disposición de don Juan Gregorio Castro, dejándote, y a Vicente, por sus herederos, y facultándome para testar. Es todo lo que tengo, con lo que hay bastante para que no te quiten la casa ni los terrenos.

No puedo, en mis circunstancias, hacer más en tu favor, pues de lo muy poco que tengo, sólo me alcanza para vivir muy pocos años en un moderada decencia. Si el gobierno de mi patria no me devuelve mis bienes, tendré que conchabarme de peón para poder vivir, puesto que a nadie he de incomodar ni de persona alguna he de admitir ni un sólo real. Y si así me faltase la salud, moriré triste por falta de recursos para atenderla, pero siempre conforme con la voluntad de Dios.

La suma importe por la venta de la estancia "San Martín", no alcanzó para pagar créditos presentados contra mí, los gastos de comisión que aboné a los hijos del señor Nepomuceno Terrero y otros precisos desembolsos.

Si cuando quise traerme conmigo, según te lo propuse con tanto interés en dos muy expresivas y tiernas cartas, hubieras venido, no habrías sido desgraciada.

Así, cuando hoy lo sois, debes culpar solamente a tu maldita ingratitud. Si como debo esperarle de la justicia del gobierno, me son devueltos mis bienes, entonces podría disponer tu venida con todos tus hijos y la de Juanita Sosa, si no se ha casado ni piensa en eso.

Te agradezco mucho los escapularios de Nuestra Señora de las Mercedes que me enviaste. Nada me has dicho hasta hoy de mi apero con todo lo que le corresponde, que sacaste de mi casa poco después del 3 de febrero de 1852. Ese apero me hace ya en ésta muchísima falta. Entrégalo al señor Juan N. Terrero para que me lo mande. El recado y la cincha que has remitido y que tanto agradezco, no son aparentes, porque el recado es muy corto y me lastima. El mío referido y que vos tienes es una cuarta más largo que los comunes, de una cabezada a la otra. Es ese un recado muy bueno, difícil de encontrarse, ni de que se haga otro igual.

Luis y Martínez se acuerdan de vos y de tus hijos.

Nada más. Adiós, querida Eugenia. Memorias a Juanita Sosa, si es que aún sigue soltera. Te bendigo como a tus queridos hijos. Bendigo también a Antuca y te deseo todo bien como tu afectísimo paisano.

Juan Manuel de Rosas

Southampton, junio 6 de 1855.

Mi querida Angelita Castro:

Con mucho gusto recibí tus muy apreciables escritas a 7 de mayo de 1854 y 14 de febrero último. El pañuelo que me enviaste lo sigo usando en tu nombre.

Es muy bueno.

No me he casado, porque no tengo con qué mantener una mujer, y yo con mujer con plata no quiero casarme. Por eso verás que en lo que me dices te han engañado.

Abraza en mi nombre a tu mamá y a tus hermanos.

Mañana te enviaré una libranza de cien pesos de nuestro papel moneda corriente.

Memorias a Camilo y a la ingrata y desleal Juanita Sosa.

Adiós, mi querida Soldadito. Recibe el constante cariño de tu aftmo. paisano.

Juan Manuel de Rosas

Southampton, junio 8 de 1855

Mi querida Angelita:

Es adjunta la libranza por los cien pesos moneda corriente de esa que en mi carta de ayer te dije mandarte hoy.

Te bendice como a tu querida mamá y hermanos su afectísimo paisano.

Juan Manuel de Rosas

Abril 8 de 1870

Mi querida Eugenia:

Uno de los tres pañuelos es para vos, el otro para el soldadito y el otro para Canora.

No le mando algo bueno porque sigo pobre.

Bendice

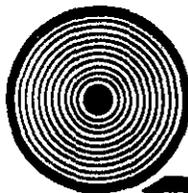
a Uds.

su afectísimo
patrón.

Rosas



**“maneje”
su
propia
orquesta**



AUTO STEREO 3000

- Fácil de instalar
- Fácil de operar
- Con circuito totalmente transistorizado
- Libre de perturbaciones
- De pequeñas dimensiones
- ... y más fácil de encender que un cigarrillo!

Que sabe poco de música? Bueno, es un detalle. Pero sabe apreciarla. Entonces... “maneje” su propia orquesta, con un **AUTOSTEREO 3000**. Sienta el placer de escuchar a su intérprete preferido, a su música favorita, como en una sala de conciertos. Así, con toda fidelidad, **AUTOSTEREO 3000** en su coche, lo transportará al mágico mundo de la música, de esa música que a usted le agrada escuchar, sin interrupciones ni interferencias de ningún tipo.

AUTOSTEREO 3000: basta colocar un pequeño magazine, y ya está realizado el toque mágico. La música lo envuelve, lo deleita, lo fascina...! Sólo su imaginación puede superar esta experiencia!

Es un producto de **KENIA S.A.I.C.** Div. Electrónica
Bajo licencia de Clarlón Shoji - TOKYO - JAPON
Emilio Mitre 1843/55 - T. E. 922-4618/923-9185 - Buenos Aires

INFORME ESPECIAL

PALOMAR =

*el negociado que
conmovió a un régimen*

por OSVALDO BAYER



Durante las maniobras militares en Córdoba, el Presidente Roberto M. Ortiz en compañía del ministro de Guerra, general Carlos D. Márquez. A su lado, el gobernador de Córdoba, doctor Amadeo Sabattini.

El 23 de agosto de 1940 Buenos Aires sufrió un impacto emocional. El diario "Crítica" alcanzó ese día una tirada record. ¿Qué había ocurrido? Un político, un diputado nacional, se había quitado la vida. El hecho se comentaba en los concurridos cafés de avenida de Mayo, en los alrededores del Congreso y llegaba hasta los barrios alejados del centro, casi siempre impermeables a la política, pero que esta vez habían sido sacudidos por la raíz sentimental de este suicidio.

"La Prensa" trajo la noticia casi con vergüenza, apenas 6 líneas de cuerpo 7. "Falleció el diputado nacional Víctor Juan Guillot". "La Nación" fue un poco más amplia e informaba que el legislador se "había quitado la vida". Agregaba que la esposa del ex legislador, Laura Alcira Monzón de Guillot, se había negado a que velaran a su esposo en el Congreso. Por el velatorio—realizado en el domicilio de la familia Guillot, Cangallo 2630—desfiló una interminable fila de políticos radicales. En silencio, con mucha preocupación en los rostros. Afuera se había reunido el vecindario, que rumoreaba sordamente cuando veía entrar a algún dirigente político.

—A Guillot lo llevaron al suicidio. La culpa la tienen los políticos. En el asunto de El Palomar están metidos todos... y los platos rotos los paga Guillot, el que menos tuvo que ver en el asunto...

EL PALOMAR. Esas eran las palabras que tenían preocupado a todo el país en el año difícil de 1940, justamente cuando los alemanes, victoriosos en Francia, lanzaban la brutal "blitzkrieg" aérea contra la capital de Inglaterra, Londres.

El argentino medio asistió atónito en agosto de ese año a la investigación del "affaire" de las tierras de El Palomar, donde aparentemente estaban emporcados desde el presidente de la Nación hasta conocidos diputados radicales y conservadores, pasando por el ministro de Guerra y otro general de la Nación. Todo esto con un presidente, el doctor Roberto M. Ortiz, enfermo de muerte, casi ciego, que trataba de reivindicarse históricamente haciendo cumplir la ley Sáenz Peña, el respeto del sufragio, cosa que lo llevó al enfrentamiento con los conservadores, representados por el propio vicepresidente Castillo.

El 5 de julio de ese año, Ortiz delega el mando a Castillo por consejo médico. La junta de facultativos le aconseja reposo absoluto. Pero no era con reposo absoluto que Ortiz se iba a reponer. La diabetes no se lo permitiría, y será así que ya no regresará al poder. Pero antes debería afrontar las consecuencias del "affaire" que quizá haya tenido más resonancia en nuestra historia política. La investigación del mismo se desarrolla como una apasionante novela policial. Paso a paso van quedando al aire todos los hilos de la urdimbre del negociado. Caen personajes, y otros padres de la patria deben realizar múltiples explicaciones para salir del paso. El pueblo es el gran espectador. El porteo se siente justificado en su sempiterno pesimismo: "son todos iguales".

OSVALDO BAYER - Periodista, ex director de la revista "Imogen".

"no va a pasar nada", "se van a cubrir entre todos".

Pero no es así. Los hechos demuestran que no todos son iguales. Que hay hombres en el Senado que no se dejan intimidar por las presiones y que, a veces con apasionamiento, a veces con gran temor por las consecuencias, van haciendo luz en el asunto, caiga quien caiga.

En julio, y ya antes, todo el mundo habla del negociado de El Palomar, aunque a ciencia cierta nadie conoce los detalles. En los pasillos del Congreso, en Pasos Perdidos, en las asambleas partidarias, se habla en voz baja y tono misterioso. Los rumores exigen una investigación, ya no cabe otra instancia. ¿Pero quién le pone el cascabel al gato?

En el Senado de la Nación hay un personaje curioso. Es un viejo provinciano casi octogenario que ha asombrado a la Cámara Alta con sus discursos mechados de frases altisonantes y de citas de Víctor Hugo y Gaspar Núñez de Arce. Los planteos del senador jefe Benjamín Villafañe son temidos aun por las personas más probas. Porque cuando comienza a hablar arrasa con todo. No queda títere con cabeza, y guay de quien quiera interrumpirlo. Será anatematizado. Tiene una voz francamente chillona y es sordo. Muchas veces recurre al insulto directo y, cuando su contrincante le va a responder, desconecta su aparato audifono y mira al techo. En la sesión del 16 de mayo, cuando se había terminado una discusión acalorada sobre el proyecto de Sánchez Sorondo acerca de la interpelación al ministro del Interior por la intervención de las provincias de Buenos Aires y Catamarca, el senador Villafañe, como un francotirador, saca de la manga una bomba y dice con voz monótona que trae "algo que no se puede menos de calificar de horroroso". Es la denuncia de las tierras de El Palomar, que se la acaba de dar en un pasillo el periodista nacionalista José Luis Torres, de la revista "Ahora". Y propone que sobre tablas se apruebe la formación de una comisión investigadora integrada por senadores de todas las tendencias políticas. El vicepresidente Castillo ve enseguida la gran posibilidad política del proyecto. En la Cámara Alta nadie se opone. Es el arma secreta que poseerán los enemigos de Ortiz para hacerlo trastabillar y, al mismo tiempo, terminar con su programa de elecciones libres en todas las provincias.

Castillo sabe que sólo se necesita una investigación absolutamente imparcial para que la verdad salga a luz. Y por eso designa a tres hombres de distintas tendencias, insospechados: Alfredo L. Palacios, socialista; Gilberto Suárez Lago, conservador de Mendoza, y Eduardo Laurencena, radical.

Villafañe—autor de un libro llamado "La ohu-mocracia"—ha dicho, para consternación de los que lo oyen, que en el asunto de El Palomar "está afectada la dignidad del ejército".

Comienza la investigación. El trabajo que se tomaron Palacios y Suárez Lago es increíble. Cuando se lee el voluminoso despacho con decenas de interrogatorios parece mentira que en tan poco tiempo pudieran trabajar tanto y con tanta ecuanimidad.

El 25 de julio, Palacios—presidente de la comisión investigadora—anuncia la dimisión del senador Lau-

PALOMAR =

rencena a dicho organismo. Es reemplazado por González Iramain. Es que ya la comisión ha comprobado la culpabilidad del ex diputado entrerriano Aguirrezabala, pariente directo de Laurencena.

El 8 de agosto, ante un recinto que aguarda sus palabras, Palacios anuncia que ha llegado a su fin la investigación. "Ayer hemos firmado el despacho —dice— con una gran amargura en el alma pero con el convencimiento profundo de que servíamos lealmente al país". Se aprueba que el despacho sea tratado en la sesión del 19 de ese mes. ¿Cómo es el negociado? En pocas palabras, éste fue el trámite: dos particulares, Jacinto Baldassarre Torres y Néstor Luis Casás, compraron 222 hectáreas en El Palomar a 65 centavos el metro cuadrado, y en el mismo momento de firmar las escrituras se la vendieron a la Nación a peso 1,10 el metro cuadrado. ¿Ganancia neta? Un millón de pesos limpio de polvo y paja. Alrededor de 150 millones de pesos de ahora.

Pero para llegar a esa ganancia se han necesitado años de trabajos, múltiples entrevistas, gestiones inacabables y, por sobre todo, el soborno o, mejor dicho, exactamente, la "colma".

Todo comienza en 1934 cuando las señoras María Antonia Pereyra Iraola de Herrera Vegas y María Luisa Pereyra Iraola de Herrera Vegas, propietarias de las 222 hectáreas en El Palomar, ofrecen el terreno al Ministerio de Guerra a un peso el metro cuadrado. Las tasaciones, empero, de la Dirección General de Ingenieros del Ejército señalan que esos terrenos son anegadizos y de poca calidad, y fijan un precio máximo de 19 centavos por unidad métrica. Las propietarias hacen múltiples gestiones para que el ministerio cambie de opinión, pero éste se mantiene impertérrito: las tierras sólo cuestan 19 centavos el metro cuadrado.

Fasan tres años. El 24 de diciembre de 1937, las señoras de Herrera Vegas hacen saber al director general de Ingenieros, general Juan Bautista Molina, que retiran la oferta de venta.

Dos días antes, las propietarias habían firmado un contrato de compraventa de las tierras con el señor Néstor Luis Casás, a 65 centavos el metro cuadrado. Se da un plazo de 120 días para la firma de la escritura. Y ahora sí comienza el trabajo febril de Casás —a través de su apoderado, Jacinto Baldassarre Torres— para vender al Estado esas tierras sin gastar un solo centavo y obteniendo una ganancia líquida de casi el ciento por ciento.

Por eso, el primer paso de Baldassarre Torres es ir a verlo al ministro de Guerra, general Pertiné. Para ello se hace presentar por el general Alonso Baldrich, muy amigo de Baldassarre Torres. Pertiné escucha a éste pero le dice que su ministerio no tiene dinero, que le interesa el terreno para ensanchar las instalaciones del Colegio Militar y para unificar todo el acantonamiento de Campo de Mayo, pero que definitivamente su ministerio no disponía de fondos para realizar tal compra.

Y aquí, Baldassarre Torres le insinúa: "¿Y si el

Congreso vota una partida especial en el presupuesto del próximo ejercicio?" "Ah, entonces, encantado", le responde Pertiné.

Comenzará entonces Baldassarre Torres el trabajoso intento de que la comisión de Presupuesto y Hacienda de la Cámara de Diputados aconseje la compra de tales terrenos por el "precio de un peso diez el metro cuadrado". Preside la comisión el diputado demócrata nacional por Mendoza Gregorio Raúl Godoy.

Las cosas se hacen hábilmente. Se llama al ministro Pertiné y al general Juan Bautista Molina al seno de la comisión para preguntarle sus opiniones sobre la compra de los terrenos. Los dos jefes militares, viendo la oportunidad de ensanchar las instalaciones de El Palomar, se pronuncian favorablemente y apoyan la compra. Pero no se habla de precio. Posteriormente, en otra reunión de la comisión se propone que el proyecto diga que se autoriza la compra pagando 1,10 pesos el metro cuadrado. Protestan los diputados Julio A. Noble y Américo Ghioldi señalando que no se tenía por qué poner precio, ya que éste tendría que ser determinado por las tasaciones. Este inconveniente hace tambalear los planes de Baldassarre Torres, pero viene una propuesta del presidente de la Cámara de Diputados, Juan Kaiser, que salva la situación: se pondrá que para la adquisición se fije un precio de "hasta 1,10 el metro cuadrado".

La ley de presupuesto —con el artículo de las tierras— se sanciona el 27 de enero de 1938; la promulga el P. E. el 8 de febrero. En febrero, el general Juan Bautista Molina se dirige al ministro de Guerra, general Pertiné, recordándole que existe la autorización para comprar las tierras, y le acompaña un proyecto de decreto del P. E. por el que se ordena la formalización de la compra. Pero ahí el expediente se detiene. Para desgracia —o suerte del intermediario Baldassarre Torres— cambia el gobierno. Ortiz sucede a Justo. Y el general Márquez al general Pertiné. El 29 de julio de 1938, Márquez toma su primera resolución como ministro. Es justamente una nota a Baldassarre Torres en el sentido de que debe acompañar los títulos de propiedad. Pero Baldassarre Torres no puede acompañarlos porque no los tiene. Sólo posee un boleto de compra-venta, vencido ya, en el que se traspasa la propiedad a nombre de Casás. Sin embargo, Baldassarre Torres no es hombre de amilanarse, y dos días después se dirige por nota a Márquez señalándole que acompaña los títulos de propiedad de las señoras de Herrera Vegas y el boleto de compra-venta de éstas a Casás. Márquez, sin dilación, lo eleva al presidente Ortiz. Pero, ¡oh gran inconveniente!, Ortiz lo rechaza y, por intermedio del jefe de la Casa Militar, coronel Carlos Kelso, devuelve el expediente a Márquez señalándole que deberá acompañar los títulos definitivos que atestigüen que la propiedad es de Casás.

Aquí se produce casi un derrumbe moral en Baldassarre Torres. Porque para acompañar los títulos definitivos había que escriturar primero, y para escriturar había que pagarles a las señoras de Herrera Vegas más de un millón de pesos. Y para esto ya no convenía el negocio. Porque, ¿quién le aseguraba a Baldassarre Torres que una vez adquiridas las tierras, y pagadas, el gobierno las iba a comprar? ¿Invertir tanto dinero sin seguridad? ¿Y si después del pago el presidente de la Nación no firmaba el decreto? No. El negocio, para ser negocio, estaba en pagar a las señoras de Herrera Vegas 65 centavos en el mismo momento que a él el gobierno le pagaba 1,10. Es decir, con la suma recibida del gobierno, sacar un poco más de la mitad para las propietarias reales y el resto, ganancia líquida.

Para cumplir con lo ordenado por el presidente de la República, Casás-Baldassarre tenían que desembolsar 1.450.000 pesos, más honorarios, gastos de escritura, etc.

Al llegar a este punto tomemos las palabras del senador acusador Suárez Lago en su vibrante alegato en la sesión del 20 de agosto de 1940: "¿Cómo iban a realizar Casás y Baldassarre Torres un desembolso de ese monto dada su insolvencia, y, además, si no era eso lo convenido cuando el negocio se planteó! Si todo iba a marchar sobre rieles, ¿qué significaba este entorpecimiento imprevisto? ¡Debió haber sobrevenido un indignado desconcierto y un atroz desconsuelo para esta gente! El 3 de setiembre de 1938 les comunican que deben presentar la escritura. ¿Qué ocurre desde el 3 de setiembre al 20 de octubre? ¿Cuántas conversaciones, cuántos trotes, cuántos viajes en auto, cuántos cabaldeos! Pero el 20 de octubre, espontáneamente —yo tomo como base la documentación enviada por el ministro de Guerra, general Márquez—, el capitán Giraud, jefe accidental de Campos, Propiedades y Barrios Militares de la Dirección General de Ingenieros, le envía una nota a Casás, solicitándole quiera pasar por su oficina. ¿Qué se tenía que conversar con el señor Casás el 20 de octubre sobre el ofrecimiento de venta de la propiedad después de la orden terminante, no dejada sin efecto, impartida por el presidente de la República?"

Ahora los hechos se precipitan. No se sabe qué ocurrió en la conversación con Casás, al que acompañaba Baldassarre Torres. Lo único que se pudo comprobar son las consecuencias de esa conversación: una nota fechada el 11 de noviembre de Casás al ministro Márquez proponiéndole que, en vez de la presentación de las escrituras de propiedad, "se haga un trámite menos engorroso". Este trámite era en síntesis lo siguiente: hacer tres escrituraciones simultáneas: por la primera, pago de la deuda hipotecaria de las señoras de Herrera Vegas al Estado que pesaba sobre los terrenos; escrituración de venta de las propiedades al señor Casás, y, tercer paso, escrituración de Casás a favor del Estado. Es decir, todo al mismo tiempo y todo con el mismo dinero: el del Estado. En un solo acto, de 65 centavos a 1,10 el metro cuadrado.

El 15 de noviembre se produce una orden verbal de Márquez al general Verdaguer. Esto se sabe por la nota que ese mismo día Verdaguer le eleva a Márquez: "Cumplimentando la orden verbal telefónica recibida del señor ministro, en la fecha le elevo el expediente con proyecto de decreto en acuerdo de ministros autorizando la adquisición del terreno en El Palomar. Sobre este asunto debo informar primero que el ofertante ya ha presentado a esta dirección general los documentos exigidos para justificar el carácter invocado, de conformidad al pedido que se le formulara en oportunidad, como asimismo la conformidad de los acreedores hipotecarios".

Pero la verdad era otra. Casás no había presentado nada. En sus declaraciones posteriores ante la comisión investigadora del Senado, el general Verdaguer responderá con indignación: "Señores, mientras yo he sido director general de Ingenieros no he ofrecido otro precio que el de 40 centavos por metro como máximo. Si la operación se ha realizado, ha sido determinada por el Poder Ejecutivo —digase el ministro de Guerra—, del cual nosotros no somos otra cosa que instrumentos ejecutores. La responsabilidad, pues, recae sobre él".

Pero las explicaciones vendrán después. Lo cierto es que con el proyecto de decreto que Verdaguer eleva a Márquez se da un paso casi definitivo para el éxito del negociado.

Y ese paso definitivo se da el 11 de enero de 1939 cuando el presidente Ortiz estampa su firma en el decreto 21.683 autorizando la compra a un precio no mayor de 1,10 pesos el metro cuadrado.

"Ese decreto resulta inexplicable —acusó el senador Suárez Lago— porque yo no puedo suponer, ni ima-

ginación no supera a mi perplejidad, cómo pudo el ministro de Guerra hacerle firmar al presidente de la República un decreto que autoriza a comprar un inmueble «de propiedad —así dice el texto— de don Néstor Luis Casás o de quien resulte propietario». ¿Cómo se pudo llevar a la firma del presidente de la República, que el 4 de agosto ordenó terminantemente que se paralizara por completo el trámite de esta venta, hasta que Casás probara su condición de propietario, con escritura pública que acreditara la transferencia del dominio de la propiedad a su favor, cómo con esa orden y sin que ella se cumpliera cómo pudo desobedecer el ministro la orden del presidente y hacerle firmar dicho decreto? ¿Cómo hubo desaprensión para dejar de tal modo estampada la desobediencia y la situación inenarrable de autorizar la compra de un bien raíz «de propiedad de Néstor Luis Casás o de quien resulte propietario»? ¡Incomprensible!"

Ahora ya se tiene el decreto, falta establecer el precio. Porque el decreto dice hasta 1,10 el metro. Eso ocurre el 16 de marzo de 1939. En este sentido dice el senador Suárez Lago: "El 16 de marzo de 1939 el ministro Márquez produce su espectacular salto en el vacío. Suscribe la orden urgente y terminante de que se firme el boleto de compra-venta al precio de 1,10 con el señor Néstor Luis Casás. ¡Ya no es «con quien resulte propietario» sino con quien está probado en el expediente que no es el propietario! Para él es un hecho axiomático y necesario que Casás es el propietario de la tierra".

Ya está fijado el precio. Ahora irá todo sobre rieles. El 21 de marzo, un representante del director general de Ingenieros suscribe con Jacinto Baldassarre Torres el boleto de compra-venta por el cual este último se obliga a transferir al gobierno de la Nación el campo de El Palomar. Un día después el Poder Ejecutivo, por decreto-acuerdo 26.641, aprueba el boleto de compra-venta. El 24 de abril queda consumado el hecho: con todo descaro y sin que se levante una sola voz de protesta, se firman las tres escrituras simultáneas en dependencias del Banco Central, aunque se las hace figurar en los protocolos como firmadas en la ciudad de La Plata.

En el acto de las firmas de las escrituras se realizan tres pasos sucesivos. Primeramente el gerente de la sucursal La Plata del Banco de la Nación Argentina declara cancelada la hipoteca que gravaba la propiedad de las señoras de Herrera Vegas. En segundo término, las señoras de Herrera Vegas venden el campo de El Palomar a Néstor Luis Casás, representado por Jacinto Baldassarre Torres en la suma de 1.447.906 pesos. Por último, Casás le vende al gobierno nacional el mismo terreno en la suma de 2.450.303 pesos. Es decir, que en el mismo momento Casás gana la suma de 1.003.000 pesos a costa de la Nación. Pero el detalle más desvergonzado viene ahora: el pago es en orden inverso a la firma de las escrituras. El gobierno paga en primer término a Casás la suma de 2.450.303 en títulos del Crédito Argentino Interno y del Empréstito de Repatriación. Casás paga en segundo término a las señoras de Herrera Vegas 1.447.906 pesos en títulos del Crédito Argentino Interno y del Empréstito de Repatriación. Por último, las señoras de Herrera Vegas cancelan su deuda hipotecaria que pesa sobre el terreno (723.953 pesos) al Banco de la Nación con los mismos títulos recibidos de Casás. Es decir, que Casás se ha ganado más de un millón de pesos sin poner un solo centavo. Todo se ha hecho a costa del dinero del Estado.

Pero aunque el negociado es tan evidente que hasta un niño podría darse cuenta, nadie protesta, nadie denuncia nada. Ni el escribano Cristóbal Fernández Madero, que autoriza las dos primeras escrituras, ni el escribano general de la Nación, doctor Enrique

PALOMAR:

La gran víctima del
negociado de
El Palomar: el
diputado Víctor
Juan Guillot.

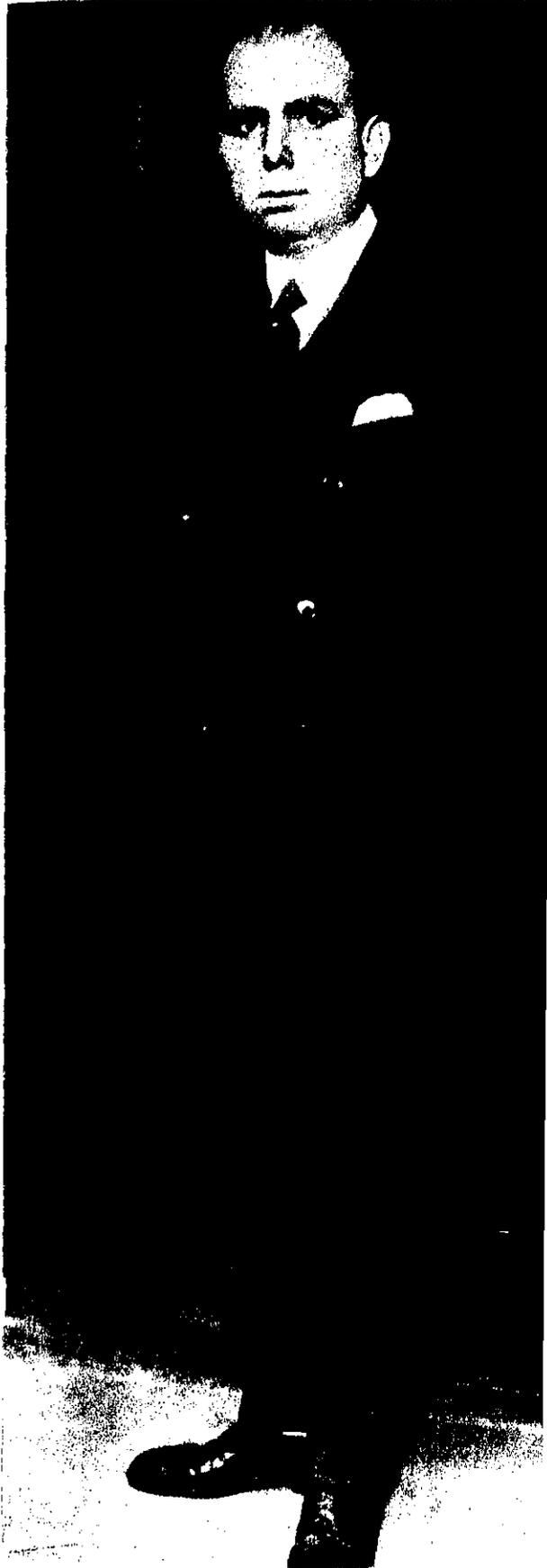
Garrido, que firma el tercer protocolo, ni las autoridades del Banco de la Nación.

El negociado había llegado a feliz término. Ahora había que cumplir con los que habían allanado el difícil camino de las gestiones de Jacinto Baldassarre Torres. Es aquí donde han quedado las huellas digitales de los que intervinieron en el negociado. Porque si el Estado hubiera pagado en dinero en efectivo, nunca se hubiera podido descubrir a los coautores. Pero el pago se hace en títulos, y Baldassarre Torres no se molesta en vender los títulos y luego pagar los servicios. No, paga directamente en títulos, y es por eso que la comisión logra saber los nombres de los beneficiados y descubrir a los implicados.

Cuando se conocen los nombres de los que han recibido títulos de Baldassarre Torres, el país queda estupefacto. ¿Es posible que gente tan encumbrada haya podido hacer eso? Sí, es posible. Así lo dice la comisión investigadora. Con lenguaje parco y claro: "de la ganancia líquida obtenida por la venta del terreno de El Palomar, participaron las personas que a continuación se indican: Juan G. Kaiser, ex presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, con 137.000 títulos, que liquidados le produjeron 126.925,18 pesos; doctor Gregorio Raúl Godoy, ex presidente de la Comisión de Presupuesto y Hacienda de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, con 177.000 títulos y además con 140.889,28 pesos en un cheque de Jacinto Baldassarre Torres; doctor Miguel Aguirresabala, con 30.000 títulos, los que vendidos le produjeron 25.373,85 pesos; diputados nacionales José Guillermo Bertotto y doctor Víctor Juan Guillot —actual presidente de la Comisión de Presupuesto y Hacienda de la Honorable Cámara de Diputados—, con 15.000 títulos que llevan juntos al Banco Español del Río de la Plata. El producto de dichos títulos —12.612,8— lo recibió el diputado Bertotto".

Añade la comisión que títulos por valor de 35.000 pesos han sido cobrados por una señorita que se presentó con el nombre falso de Ana Gómez (este misterioso nombre lleva encerrado quizá el drama que provocó el suicidio del diputado Víctor Juan Guillot). La comisión añade: "los diputados mencionados estarían comprendidos dentro de las disposiciones penales que se refieren al cohecho o a las negociaciones incompatibles con el ejercicio de funciones públicas".

Pero siguen los acusados: "los señores Franklin Fernández Lushín, empleado de Obras Sanitarias de la



Nación hasta el 27 de marzo de 1939, y Agustín Marcelo Echevarrieta, empleado de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación y ex secretario del diputado Gregorio Raúl Godoy, recibieron de Jacinto Baldassarre Torres en títulos las sumas de 167.000 y 10.000 pesos, respectivamente; el general (S. R.) don Alonso Baldrich, quien recibió del señor Jacinto Baldassarre Torres 10.600 títulos, los que vendidos le produjeron 8.871 pesos; los señores Néstor Luis Casás y Jacinto Baldassarre Torres habrían incurrido en notoria responsabilidad penal".

Hasta ahí los civiles. Pero había un capítulo más interesante todavía para la avidez pública, y que iba a tener insospechadas repercusiones políticas: el capítulo referido a las implicancias que en el asunto habría tenido el propio ministro de Guerra, general Márquez.

La comisión senatorial acusa al general Carlos D. Márquez de haber infringido la ley 3.727 sobre organización de los ministerios nacionales, el artículo 1 de la ley de expropiación N° 189, y los artículos 26, 43 y 44 de la ley de contabilidad N° 428. También, en ese sentido, se acusa al presidente de la contaduría general de la Nación, doctor Mario de Tezanos Pintos. Y termina diciendo el despacho: "estarían comprendidos, por lo tanto, el señor ministro de Guerra, general Carlos D. Márquez, y el presidente de la contaduría general de la Nación, doctor Mario de Tezanos Pinto, en la disposición del artículo 248 del Código Penal, pues habrían incurrido en la violación de los deberes de los funcionarios, con las responsabilidades civiles emergentes".

En la sesión del Senado del 19 de agosto de 1940 concurre el general Márquez a defenderse. Su argumento principal es la urgencia de la compra, y que el Congreso había autorizado esa compra él no tenía por qué oponerse. Agrega que el precio no le parecía desmesurado porque otras tierras expropiadas en las cercanías de Campo de Mayo habían costado aproximadamente un peso el metro cuadrado. Además hace un grave cargo al general Juan Bautista Molina al decir que éste "jamás me planteó cuestión alguna ni formuló objeciones que pudieran haberme inducido a adoptar una resolución contraria". Y vuelve a repetir una y otra vez que "había ya aproximadamente tres meses que el Colegio Militar estaba en su nuevo edificio y había que ocupar el terreno inmediatamente para no entorpecer el desarrollo de la instrucción diaria".

Aquí se equivoca Márquez. Le contestará en forma implacable el senador Suárez Lago: "según lo que hemos oído de boca del señor ministro de Guerra, general Carlos Márquez, había una extraordinaria urgencia de carácter militar en adquirir el campo. Se necesitaba como oxígeno para resolver las dificultades de la enseñanza y de la práctica de ejercicios en el Colegio Militar, pues, por las razones que dio el ministro de este recinto, parecía que los cadetes se ahogaban en ese pañuelo de tierra en que está edificado el Colegio. ¡Imagino cuál sería la alegría y satisfacción del director del Colegio Militar cuando supo que se había realizado la compra de la propiedad lindera! Pero no es así. ¡No bien comprado los terrenos a Casás, se dan en arriendo a un particular para la explotación de la industria tambera a 40 pesos la hectárea! Se pagó 11.000 pesos, señores senadores, la hectárea para en seguida arrendarla a 40 pesos anuales. ¡Oh sarcasmo irritante!".

Y Suárez Lago, luego de este argumento irrefutable, pasea su mirada, patética por los rostros serios e inmóviles de los demás senadores. Se hace un profundo y largo silencio. Suárez Lago sufre de algo de tartamudez, pero cuando se entusiasma en una pieza oratoria apabulla con sus gestos, sus gritos, sus argumentos. Pesa casi 140 kilos, pero su banca gira

y se mueve para todos lados al impulso del empuje del senador conservador por Mendoza.

Después del silencio se oye de nuevo la voz de Suárez Lago que se va levantando como un murmullo: "que cada ciudadano que ame a nuestra Patria, que cada inteligencia en acción orientadora, que cada órgano que representa y que hace opinión, que cada uno y que todos, interpreten y comprendan el profundo y trascendente significado moral de la labor que hemos cumplido; que interpreten y que comprendan el profundo y excluyente sentido ejemplarizador del despacho y de las conclusiones de la comisión investigadora del Senado. Así y solo así nuestro trabajo impropio, nuestro esfuerzo penoso y nuestro dolor íntimo —todo en persecución de la verdad— no serán estériles. Nada más".

El despacho se vota por unanimidad en lo referente a que se envíen a la justicia los antecedentes delictivos del negociado. La segunda parte, en el que la Alta Cámara pide a Diputados que inicie juicio político contra el ministro Márquez, solo tiene la oposición de cinco senadores: Tamborini, Cepeda, Cantoni, Laurencena y Eguiguren.

El escándalo gana la calle. Al ministro de Guerra se lo llama "Palomárquez". En el teatro San Martín —que estaba situado en Esmeralda 255— se estrena la revista "Se alborotó... El Palomar". Sobre este estreno dice el circunspeto crítico teatral de "La Prensa": "la novedad glosa en forma humorística o satírica el negociado de la venta de terrenos en El Palomar, que es de conocimiento público. Se inicia con un cantable también con alusiones al mismo motivo, que se complementa con un discreto número coreográfico. Luego, otro sketch, de formas irreverentes, con algunas alusiones de relativo gusto. Sigue otro pasillo cómico que reproduce, en caricatura, sesiones de una Cámara de Diputados y que, también, se refiere a dicho negociado. Sobre el mismo tema va el cuadro final. Carmen Lamas, Alberto Anchart, Carlos Morganti, Vicente Climent y demás intérpretes fueron, con justicia, aplaudidos por el público".

La situación política se pone tensa. Hay quienes interpretan que todo es una maniobra política de los conservadores para desprestigiar a Ortiz. Otros menos generales en sus apreciaciones y se quedan en lo anecdótico. Señalan, por ejemplo, que es una venganza del senador Alfredo Palacios contra el diputado Guillot porque éste en una oportunidad le ganó de mano en un "affaire" amoroso. Otros manifiestan que los hilos los maneja sutilmente el general Justo y el ex gobernador Fresco, quien no le perdona a Ortiz el haberle intervenido su provincia. Los hechos se precipitan. Mientras tanto también pesa en el ambiente lo que ocurre en el Viejo Continente. Aquí, los nacionalistas que defienden al Eje luchan a calle abierta contra los de Acción Argentina. Y precisamente, los nacionalistas, que apoyan a Castillo, tratan de exagerar la trascendencia del negociado para voltear a Ortiz, que es sostenido por todas las fuerzas que apoyan a los aliados.

En su editorial del 22 de agosto, el diario "La Prensa" hace referencia a la situación institucional. En la misma exige la renuncia del gabinete, ya que "por enfermedad del Presidente de la Nación que lo mantiene alejado de su despacho desde hace dos meses, se ha creado una situación diremos no difícil pero sí complicada debido a que el reemplazante constitucional, el vice, está gobernando con ministros en cuya designación, verosímelmente, no intervino".

Un día después se produce una noticia sensacional. Los titulares de los diarios lo expresan con letras de cuerpo "catástrofe": "Como consecuencia de la reciente sanción del Senado sobre el negociado de El Palomar renunció el presidente de la República".

PALOMAR =

El texto de la renuncia es dramático: "El H. Senado de la Nación me ha implicado —sin nombrarme— en su pronunciamiento sobre la investigación realizada con motivo de la compra por el Estado de las tierras de El Palomar. Mi investidura resulta así salpicada en el negociado promovido por un grupo de ciudadanos inescrupulosos, algunos de los cuales son o han sido miembros de ese Parlamento, elevada jerarquía que pusieron al servicio de sus propósitos inconfesables. Nadie —que no sea un malvado— podría insinuar siquiera que yo haya encubierto o facilitado la venalidad en ningún momento de mi ya larga vida política y de funcionario, concepto en que incluyo al señor ministro de Guerra, el dignísimo general don Carlos D. Márquez".

"Protesto y no acepto —sigue Ortiz— la intención de vincularme a esta menguada confabulación de intereses —que repudio y condeno—, en la que se ha puesto al Poder Ejecutivo como cabeza de proceso, rompiendo el equilibrio que debe existir entre los dos poderes como condición necesaria para la permanencia de nuestra organización institucional. No se ha excluido la posibilidad de tan irritante equívoco y es por ello que envío a vuestra honorabilidad mi renuncia de presidente de la Nación Argentina, a cuya alta magistratura fui elevado el 20 de febrero de 1938 por la voluntad soberana del pueblo de la República".

"El escándalo de las tierras de El Palomar —prosigue Ortiz— ha sido puesto enfrente de nuestro sistema democrático como si fuera una consecuencia necesaria del mismo, relación que se establece para conmoverlo. El afán de lucro deshonesto es resultante de la imperfección humana y no consecuencia de ningún orden institucional. Se ha querido establecer la verdad y eso es necesario y plausible, pero es sugerente que no se haya profundizado más la investigación a fin de poner en descubierto las raíces mismas del negociado, que apuntan en las entrelíneas del proceso".

Este es el párrafo fundamental de la renuncia de Ortiz. Habla de que "no se ha profundizado la investigación a fin de poner en descubierto las raíces mismas del negociado". ¿Qué quería decir Ortiz? El propio presidente de la Nación denunciaba que la investigación no se había realizado a fondo, que había alguien detrás de todo esto: Y, en efecto, Ortiz siempre estuvo convencido de una confabulación y que todo el negociado había sido movido por el general Agustín P. Justo. En la asamblea legislativa que dos días después rechazó la renuncia de Ortiz, el senador Suárez Lago, recoge el guante que le había tirado el presidente de la Nación y aclara un poco el misterio de las palabras de éste en su renuncia. En esa sesión, relata Suárez Lago lo siguiente: "Después de un mes de trabajo y aunque no poseíamos, todavía, prueba concreta alguna que individualizara nombres y fijara responsabilidades personales, teníamos, sin embargo, el juicio de conjunto sobre el asunto que estábamos estudiando. Yo había percibido su sentido grave. Me apersoné al presidente del Se-

nado, doctor Robustiano Patrón Costas. Lo informé de mis impresiones, de la convicción moral que iba formando, y le pedí que gestionara una entrevista en el domicilio particular del presidente de la República, doctor Roberto M. Ortiz. El doctor Patrón Costas me dijo dos días después que teníamos fijada audiencia en la residencia presidencial. Concurrimos juntos. Expuse allí al señor presidente todo lo que preveía ya entonces, como consecuencias gravísimas de la investigación, claro que, todavía, sin perfeccionar mi impresión en el detalle de las responsabilidades administrativas y personales. Le dije: señor presidente, me habría resultado inexcusable no traerle a usted este informe; informe que, naturalmente, en ningún caso podía significar subordinación de mi conducta ni de mi criterio a una norma que no fuera dictada exclusivamente por mi propio albedrío y conciencia. El Dr. Ortiz coincidió explícitamente, calurosamente, con los propósitos de la comisión de ir hasta los últimos extremos en su función investigadora, y me dijo: ¡deben ir ustedes hasta el fondo, caiga quien caiga!".

"Esta conversación —continuó diciendo Suárez Lago— se ha realizado, como digo en presencia del doctor Robustiano Patrón Costas. Es más; el primer magistrado me prometió colaboración, a cuyo efecto ofreció enviarme una cantidad de antecedentes que, me dijo, había reunido él mismo, hacía algún tiempo, cuando —enterado del rumor insistente y reiterado de que el asunto de venta de tierras de El Palomar había significado un negociado escandaloso— él dispuso una investigación dentro de lo que ya estaba permitido en su órbita ejecutiva. Estos antecedentes —me reiteró— voy a hacerlos llegar a usted. Me señaló en particular, además, el nombre de un ex empleado de una gran repartición pública que, según la información que tenía, había participado con una utilidad grande en el negociado. Le dije: «Presidente, la comisión conoce el antecedente que implica a ese ex empleado, y ya se ha dispuesto citarlo a su seno». El señor presidente creía que atrás de dicho empleado se escondía alguien, como auténtico beneficiario de la participación que dicho individuo aparecía percibiendo". Y poco después: vuelve a recalcar Suárez Lago: "recuerden los señores legisladores el detalle que acabo de dar: el presidente de la Nación creía que atrás del empleado estaba oculto un encumbrado ex funcionario, quien realmente habría recibido el beneficio deshonesto, y no el empleado que cobró."

Pero la investigación, en este aspecto, no pudo llegar a buen término, tal cual lo quería Ortiz. Porque Ortiz sospechaba del general Justo. El "ex funcionario encumbrado" era nada menos que el ingeniero Domingo Selva, ex presidente de Obras Sanitarias de la Nación, y el empleado a quien se le comprobó haber recibido dinero del negociado de El Palomar era Franklin Fernández Lusbin, ex secretario privado de Selva. Ortiz tenía conocimiento que el general Justo y el ingeniero Selva eran muy amigos. Fernández Lusbin fue hombre a quien manejó Baldassarre Torres (o Selva, esto no está comprobado) para obtener por medio de dinero el voto de los diputados implicados. Para abundar en más detalles diremos que la ambición del general Justo era llegar a la segunda presidencia. Por eso, cuando llegó en 1937 la hora de designar un sucesor, Justo promovió a Ortiz, sabiendo, quizás, que éste padecía una enfermedad incurable que lo llevaría a la tumba, y como vicepresidente a Miguel Ángel Cárcano. Pero, finalmente, Justo no pudo imponer la candidatura de Cárcano a la vicepresidencia. Los conservadores lo impusieron a Ramón S. Castillo (1).

(1) Ortiz fue el quinto presidente que renunció a su cargo desde que Rivadavia ocupó la primera magistratura.

Bernardino Rivadavia lo hizo el 27 de junio de 1827



ARRIBA: Una fotografía con dos presidentes que fallecerían poco tiempo después: el mandatario argentino Ortiz y el presidente del Paraguay, general Estigarribia. Acompañándolos, el vicepresidente Castillo, el gobernador de Buenos Aires, Manuel Fresco, el ministro del Interior Diógenes Taboada, el ministro de Relaciones Exteriores José Luis Cantilo, y los generales Guillermo Mohr, Rodolfo Martínez Pita y Nicolás Accame.



ABAJO: En un banquete oficial, el doctor Juan G. Kaiser, presidente de la Cámara de Diputados, uno de los implicados en el negociado, y el ministro de Guerra general Carlos D. Márquez.

PALOMAR =

ante la violenta oposición de los caudillos del interior. Santiago Derqui —quien había sucedido a Urquiza en 1860—, derrotado el ejército nacional en Pavón, decidió renunciar y comunicó su propósito al vicepresidente, general Pedernera, y aunque no redactó la dimisión, de hecho resignó el cargo, abandonándolo. Nicolás Avellaneda, el 12 de agosto de 1880, renunció por desinteligencias con el Congreso sobre cesación de la Legislatura de Buenos Aires. El conflicto se resolvió con el rechazo de la renuncia y el veto por el presidente de la ley que disponía dicho cese. La Revolución de 1890 provocó la renuncia del presidente Juárez Celman. Como resultado de un acuerdo entre los partidos ocupó la presidencia el doctor Luis Sáenz Peña, quien sufrió una oposición continua, al extremo de verse obligado a renunciar el 22 de enero de 1895. El Congreso aceptó su renuncia.

Por último, como consecuencia de la revolución del 6 de setiembre, renunció el presidente Yrigoyen, en La Plata.

Pero volvamos al 22 de agosto de 1940, jueves. La gran ciudad daba entretenimiento para todos los gustos. Mientras en la avenida de Mayo se armaban grescas ante las pizarras de los diarios, el gran público de la avenida Corrientes se mantenía indiferente ante los acontecimientos políticos. En el Gran Rex, el maestro Leopoldo Stokowsky daba su último concierto con su gran orquesta All American Youth. En el cine Monumental, gran acontecimiento de la cinematografía local: "Flecha de Oro", con Pepe Arias. En el teatro París —Suipacha 193— Luis Arata estrenaba "El sol de los viejos", de Arniches y Escobar. En el cine Suipacha "llega a su novena y última semana triunfal "Rebeca, una mujer inolvidable", con Lawrence Oliver y Joan Fontaine".

Hacía frío en Buenos Aires. De ahí los grandes avisos de La Piedad, ofreciendo "sobretodos de pura lana forzo de rayón con un retazo para gorra al precio de 17,50 pesos". Y ese día, gran oferta para las amas de casa: las Grandes Despensas Argentinas ofrecen el kilo de azúcar a solo 0,32.

Pero en las altas esferas el horno no está para bollos. Al saber la decisión de Ortiz concurren todos sus ministros a la residencia presidencial de la calle Suipacha. Además del gabinete, están allí el director del Banco Hipotecario Nacional, escribano Alfonso Romanelli; el rector de la Universidad, doctor Vicente Gallo; el director general de Correos y Telégrafos, Adrián C. Escobar; el director general de Ferrocarriles del Estado, ingeniero Pablo Naugués; el concejal Reinaldo Elena y el presidente del Banco de la Nación, Jorge Santamarina.

La dimisión se anunció después de la visita del vicepresidente. Oficialmente fue dada a conocer por el ministro del Interior, doctor Diógenes Taboada, en su despacho. Hasta tanto la Cámara de Diputados no debata el problema de las tierras, los ministros continuarán en sus carteras. Se le da licencia al mi-

nistro de Guerra, general Márquez, haciéndose cargo de ese ministerio el almirante León Scasso.

Se produce una fisura en el ejército. El general Ramón Molina envía una carta al senador Palacios felicitándolo por su investigación y llevando un violento ataque al general Márquez. Otro general, Juan Bautista Molina, se dirige al Senado señalando: "no puedo ocultar que he sido ingratamente sorprendido por la actitud del señor ministro de Guerra, quien, lejos de hacer su defensa frente a la acusación que pesa sobre él, se ha preocupado en atacar injustamente a sus camaradas ausentes del debate". Y luego rebate uno a uno los argumentos del general Márquez expuestos ante el Senado. La reacción de Márquez es inmediata. Se ordena el arresto de los dos generales.

La policía mantiene guardias reforzadas en todos los lugares claves de la ciudad. La situación puede desembocar en cualquier cosa. Al caer la tarde se organiza un manifestación que llega a la residencia de Ortiz. Entre los manifestantes que iban dando vitores a la democracia y al doctor Ortiz, avanzan los dirigentes radicales Aníbal Arbeleche, Julián Sancerri Giménez, Alberto Stainoh, Emilio Ravignani, Emir Mercader, Oscar Rositto, Camilo Stanchina, Francisco Turano, etc. Los oradores se trepan a la verja y desde allí hablan Emilio Ravignani, Emir Mercader y Mario Posse, que termina su encendida arenga con esta frase: "Morir antes que se quiebre la democracia".

Así termina la jornada del jueves. Mientras, el Senado remite los antecedentes de la investigación a la justicia. Se anuncia que el procurador fiscal promoverá ante el juzgado federal del doctor Jantus las acciones pertinentes.

Amanece el viernes 23 de agosto de 1940. El escándalo llegará este día a su punto culminante. Se suicida uno de los acusados: el brillante diputado nacional Víctor Juan Guillot, que une a su personalidad de legislador dotes poco comunes de escritor y periodista. Ha sido acusado de haber recibido una suma irrisoria en el negociado: 15.000 pesos junto con Bertotto. Es decir, apenas 7.500 pesos... Pero la verdad es otra y bastante desgraciada. Hay una mujer de por medio, la misteriosa "Ana Gómez", que ha cobrado 35.000 títulos del negociado. ¿Quién es Ana Gómez? Los allegados a Guillot guardan reservas. Por ahí alguno hace resbalar una confidencia. Dicen que es la bella hija del ex diputado Ferraroti. Algunos atan cabos. Y recuerdan que Ferraroti refugió en su casa a Guillot en el año 30 ante las persecuciones de Uriburu. Los que creen valer más dicen en voz baja que hay dos hijos de ese amor apasionado y que Guillot siempre ocultó la verdad a su familia. "Guillot se sentía viejo —tenía 51 años— y su sola entrada era la dieta", dice un periodista a manera de explicación. "El no quiso nada del negociado, pero votó a favor del proyecto porque sabía que «Ana Gómez» iba a recibir una suma que la ayudaría a educar a sus hijos".

Se conoce una gestión personal del senador Tamborini para salvar a su amigo Guillot. Concorre a la casa de Palacios y le pide que en lo posible no lo haga figurar a Guillot en el dictamen. Pero Palacios se mantiene inmovible. Luego lo acusarán de vengarse de Guillot por un episodio amoroso.

La misma gestión hace el diputado conservador mendocino Godoy —uno de los principales implicados— ante su amigo Suárez Lago, el implacable senador acusador. Pero la entrevista termina con este diálogo.

—Gilberto, ¿qué podés hacer por mí? Vos que sos mi amigo... ;No me podés dejar en la estacada!



IZQUIERDA: El gran fiscal del negociado, a cuya sagacidad se debió el esclarecimiento del hecho: el senador por Mendoza Gilberto Suárez Lago. **DERECHA:** El senador por la Capital Federal, Alfredo Palacios, en la época de su actuación en la Comisión Investigadora de El Palomar. Nótese a su derecha un grabado de Jesucristo. Lo acompaña Ernesto M. Escalada.



—Mirá, Gregorio —le responde Suárez Lago —, lo único que podría hacer por vos en este momento sería morirme.

El suicidio de Guillot conmueve a toda la opinión pública. El episodio de El Palomar tiene ahora el tinte sentimental que le faltaba al porteoño. Pese a su delito, el porteoño admirará esos días a Guillot comparándolo con otros políticos flojos. "Se portó como un macho, supo ser hombre ante su amor y no vendió su secreto", dirá un orador juvenil en un acto radical en su homenaje.

Una comisión de legisladores despedirá sus restos en la Chacarita: Américo Ghioldi, José Luis Cantilo, Ismael López Merino, Romeo Saccone, Fernando de Prat Gay, Pío Pandolfo, Urbano de Iriondo y José Aguirre Cámara. Los oradores fueron: Luis Boffi, Manuel Pinto, Eduardo Araujo, Luis García Conde, Amadeo Brunetti y Carlos Alfredo Tornquist.

Pero no hay tiempo para lamentaciones. Alvear lo considera así y concurre a visitar a Ortiz —dos años antes su enemigo en las urnas— para darle su solidaridad. En cambio, los conservadores dan a conocer un comunicado en el que protestan por los términos usados por Ortiz en su renuncia.

Por la noche se realiza una concentración monstruo en el Luna Park realizada por la C.G.T. en apoyo a la democracia, a los aliados y al presidente Ortiz. Luego de actuar los actores Gloria Ferrandiz y Fernando Ochoa hablaron los dirigentes obreros Camilo Almaraz, José Domenech, Angel Gabriel Borlenghi y Francisco Pérez Leirós. Por último, luego de tomarse un "juramento democrático a la concurrencia", se organizó una manifestación hacia la casa del presidente de la República. Centenares de personas atravesaron el centro al grito de "El país quiere a Ortiz". La algarazca duró hasta las 0.15 del sábado. Y "La Prensa" anota: "algunas señoritas que integraban la manifestación sufrieron desvanecimientos por causa de la aglomeración frente a la residencia presidencial".

El segundo acto del drama será apurado el sábado 25. Pese al "sábado inglés" una impresionante multitud se halla concentrada frente al Congreso ante una nutrida guardia de la montada. Está reunida la asamblea legislativa para tratar la renuncia de Ortiz. Comienza a las 16 y termina bien entrada la noche. El ambiente en el recinto está por demás caldeado. Hay tres posiciones definidas: los radicales, que rechazan la renuncia y apoyan el texto de la misma; los conservadores, que rechazan la renuncia, pero censuran agriamente su texto; y los socialistas, que también la rechazan, pero exigen el cambio de gabinete. Pero hay otra posición, una muy personal, de francotirador. Es el único que se atreve a decir su verdad, tal cual la siente. Y la dice así, brutalmente. Es el senador nacional Matías Sánchez Sorondo. Dice que la renuncia de Ortiz es el principio de la prueba que al presidente de la República le va "faltando idoneidad constitucional", y es el único que vota aceptando la dimisión del primer mandatario para "acabar con este período de septicemia institucional". Pero Sánchez Sorondo no puede hilvanar bien su discurso, Raúl Damonte Taborda y Agustín Rodríguez Araya lo interrumpen a cada frase para sacarlo de quicio. Al final se vota: se rechaza la renuncia por 170 votos contra 1. Delirio en los centenares que aguardan el resultado en torno al Congreso. El sábado termina con una gresca descomunal en el hall de la Facultad de Medicina. Se enfrentan estudiantes de la FUA contra grupos nacionalistas. Son más de doscientos. Ocho detenidos y tres estudiantes heridos: Salomón Rusak, Mario Greischman y Alberto Alvarez Pereyra.

El domingo establece una pausa a tanta pasión desbordada. Son más importantes que todo eso los dos clásicos del fútbol: ante 50.000 personas River le gana a Racing nada menos que por 5 a 1. Los goles, 2 de Pedernera, 2 de Labruna y 1 de Deambrosi; el de Racing, el half José García. Boca le da una paliza a San Lorenzo: 4 a 1, con goles de Emeal, Sarlanga y dos de Gandulla; Fabríni, el del perdedor. Los inicia-

PALOMAR=

dos de la noche portaña van al velatorio de la ecuyere "Rosita de la Plata", la compañera del payaso Frank Brown.

El lunes 26 la comisión de Diputados resuelve aconsejar la separación del diputado radical por Santa Fe José Guillermo Bertotto, por hallarse implicado en el negociado. El expediente Guillot se archiva "ante la trágica desaparición del inculpaado".

El invierno arrece, la mínima es de 8 décimas bajo cero. El presidente de la Nación comunica que acepta la decisión de la asamblea legislativa y retira su renuncia. Siguen los incidentes callejeros. Hay lucha a palos en un acto de la Alianza de la Juventud Nacionalista, en el que hablaron Adolfo Sánchez Zinny, José Lorenzo Bó y Alberto Bernardo, en Corrientes y Callao. Esa noche los dirigentes radicales "están en la precisa". Saben que el general Márquez se levantará en armas y marchará hacia la Casa Rosada. Hay dos personas que llevan los hilos de la conspiración: el mayor Pedro Eugenio Aramburu y el diputado nacional Emir Mercader. Al tener noticia del inmediato levantamiento —que tenía por fin reponer a Ortiz y

gobernador en su nombre—, Alvear se dirige a la residencia de la calle Sulpachá y conversa con el enfermo primer mandatario. Sin perder un minuto, Ortiz llama a su gabinete, incluido el propio Márquez, y rechaza el movimiento. Señala que un gobierno cuestionado por el negociado no podía hacerse cubrir por una revolución, por razones éticas. Y las aspiraciones de Márquez fracasan.

El martes 27 se produce, en cambio, un golpe de efecto para hacer olvidar y salvar las posibles culpas en el asunto de El Palomar: renuncia todo al gabinete, incluido Márquez. Pero el ejército exige que Márquez siga en el cargo hasta que se termine el juicio político que tiene que llevar a cabo la Cámara de Diputados. Los días siguientes Castillo iniciará consultas para formar ya "su" gabinete. Ortiz y su gente, con la crisis de gabinete, han salvado su honor, pero han perdido definitivamente el poder.

El jueves 29 la Cámara de Diputados, por unanimidad, separa de su seno al diputado José Guillermo Bertotto por hallarlo culpable del delito de cohecho.

El 2 de setiembre se llega al acto final: se da a conocer el nuevo gabinete nacional: en Interior, Miguel Culaciatí reemplaza a Taboada; en Obras Públicas, Salvador Oría al ingeniero Barbieri; en Agricultura, Daniel Amadeo y Videla a Cosme Massini Ezcurra; en Relaciones Exteriores, Julio A. Roca a Cantilo; en Guerra, Tonazzi a Márquez; en Marina, Mario Fincati a León Scasso; en Justicia e Instrucción Pública, Guillermo Rothe a Coll, y en Hacienda, Federico Pinedo a Pedro Groppo.

El 5 de ese mes, por 69 votos contra 27, la Cámara de Diputados rechaza el pedido de juicio político contra el general Márquez. Un día después, una tragedia hace olvidar un tanto los hechos políticos: en un accidente de aviación mueren en Altos San Bernardino el presidente paraguayo, José Félix Estigarribia,



IZQUIERDA: Matías Sánchez Sorondo, senador por Buenos Aires, pronunciando en la Cámara alta uno de los discursos referentes al negociado de El Palomar. **DERECHA:** Juan G. Kaiser, en el recinto de la Cámara de Diputados, usando de la palabra.

y su esposa, quienes meses antes habían visitado nuestro país.

Terminaban así las actuaciones políticas suscitadas por el negociado de El Palomar. Mejor dicho, aparentemente. Porque esta crisis fue a desembocar definitivamente en la revolución del 4 de junio de 1943.

Pues el escándalo que suscitó el negociado de El Palomar, unido a otros sucesos no menos condenables, como el "affaire" de la CHADE, los colectivos, los "nifios cantores", etc., fueron creando un ambiente en la opinión pública que los revolucionarios del 4 de junio interpretaron correctamente al aludir, en la proclama revolucionaria, a la necesidad de moralizar la administración. Así, un suceso de orden casi policial se convertiría en una de las causas profundas de un movimiento que tendría vastas consecuencias en la política argentina.

El otro aspecto, el judicial, tuvo un trámite por demás enredado. Los beneficiados por el negociado: los ex diputados Kaiser, Godoy, Bertotto y Aguirrezabala, y los tres gestores: Fernández Lusbin, Baldassarre Torres y Casás, recién tuvieron la condena definitiva el 7 de abril de 1945. Kaiser y Godoy fueron condenados a seis años de prisión e inhabilitación perpetua; Aguirrezabala, Bertotto, Baldassarre Torres, Casás y Fernández Lusbin, a cinco años de prisión e inhabilitación perpetua, salvo Casás y Baldassarre Torres, cuya inhabilitación se limitó a nueve años. Bertotto, Kaiser, Aguirrezabala y Fernández Lusbin se hallaban prófugos en Montevideo. A Godoy se le comunicó que su pena se cumpliría el 24 de marzo de 1951. A Casás y Baldassarre Torres la pena les vencía el 26 de marzo de 1950.

Peró el presidente Juan Domingo Perón indulta en 1947 a José Guillermo Bertotto y lo recibe en la Casa Rosada, a la que el ex penado concurrió en compañía de su amigo el señor Colom, director del diario "La Epoca". El 6 de mayo el mismo Perón indulta a los ex legisladores Kaiser y Aguirrezabala.

¿Qué se hizo luego de los siete culpados? Salvo Bertotto, que tuvo una pequeña actuación con el peronismo como director de una biblioteca en Rosario, los demás fueron como muertos en vida. El 8 de mayo de 1949 falleció Jacinto Baldassarre Torres; el ex presidente de la Cámara de Diputados, Juan Gaudencio Kaiser, murió en Luján el 1º de febrero de 1952; el 12 de mayo de ese año fallecía en esta capital Miguel A. Aguirrezabala. El ex diputado conservador Gregorio Raúl Godoy falleció en Mendoza en 1961. En su memoria, su viuda regaló una valiosa biblioteca a la Universidad de Cuyo. Franklin Fernández Lusbin falleció en el año 1965, a la edad de 75 años. De Néstor Luis Casás se sabe que falleció, pero se ignora en qué año. El único que vive todavía es Bertotto, quien cuenta actualmente 77 años y está radicado en Mar del Plata.

¿Y de Ana Gómez? ¿Qué se hizo de ella? ¿Quién era en realidad? En toda la investigación se guardó absoluto silencio sobre ella, como si hubiera existido un pacto de caballero entre todos. Como si el suicidio de Guillot la hubiera lavado de todas las culpas. Sólo en el interrogatorio al contador público Mauricio Greffier —quien fue el que individualizó a los que habían recibido los títulos— hay una leve referencia. Dice Greffier: "Por conversaciones, dicen que es una niña de 22 años, morocha, elegante, conversadora, simpática, que el empleado la recuerda perfectamente". Eso es todo. El silencio absoluto. Silencio cómplice tal vez, pero hidalgo en el fondo. El propio jefe de policía, general Andrés Sabalain, contesta a la comisión investigadora sobre la identificación de Ana Gómez que "no se han logrado resultados satisfactorios"; poco después contesta en el mismo tenor el jefe de la división Investigaciones, inspector general Miguel A. Viancarlos.

Quizá eran otros tiempos... Otros tiempos, sí, a pesar de que solo han transcurrido 26 años.



los días y la historia

por
SEGUNDO
TACITO



● BERNARDINO RIVADAVIA

Levemente inclinada hacia atrás y más bien piramidal que espaciosa, su frente presentaba esas líneas fluyentes que, según dicen, denotan proporciones fantásticas. De buen tipo, su cabeza se erguía con arrogancia en medio de una espalda demasiado ancha para su estatura. Hasta aquí todo era respetable; pero los brazos eran tan pequeños que parecían de otro cuerpo y, allí nomás, a mínima distancia del pecho, sobresalía tan abultado vientre que producía el efecto material de una esfera sostenida en dos palitos, nada correctos ni derechos siquiera. Tenía los ojos redondos y abiertos al ras de las cejas, con una mirada satisfecha, inmóvil, pero franca y sin ceño; los labios gruesos y tendidos hacia afuera, con cierto gesto de orgullo, pero benevolente y protector al mismo tiempo.

...Rivadavia tenía un trato demasiado solemne con los hombres, que jamás degeneraba en chiste o en conceptos familiares. Con las damas, a cuyo trato era muy dado, modificaba su formalismo, pero nunca el decoro de los conceptos ni la elevación de la idea...

Vicente Fidel López

● SARMIENTO

...Su pluma tenía, como las espadas, filo, contrafilo y punta. Casi todos sus libros son alegatos; no escribió ninguna página de pasatiempo. Su pensamiento era acción. Se descongestionaba escribiendo...

...Su aspecto era plutónico; parece que hubiera brotado de alguna rajadura de la tierra. Tiene planta de jornalero, manos rudas, media estatura, cargado de hombros; pero es calvo y este rasgo desorienta: no es jornalero...

...Fue un hombre "humano", de "humus". tierra, producción ingenua y fuerte de la tierra madre, pero producción violenta y catastrófica, porque él era sin duda de formación volcánica. Se veía con evidencia en sus ángulos, en sus aristas y en sus puntas, en sus silencios y en sus estallidos, la tragedia del parto de la tierra.

Octavio R. Amadeo

● ECHEVERRIA

Don Esteban Echeverría era delgado de cuerpo, alto de estatura, de rostro pálido, de cabello recio, ensortijado y renegrido; tenía regulares las facciones de su fisonomía y elevada la frente. En sus modales y en toda su persona se traslucía la sencillez de su carácter. Pero, bajo la apariencia de una modestia de buen tono, podía advertirse fácilmente la satisfacción de su propia suficiencia... Su palabra era dogmática y se explicaba casi siempre con fórmulas de escuela, de tinte filosófico y técnico.

Juan María Gutiérrez

● CALENDARIO

Los griegos no tenían calendario. Por eso es que cuando se dice que algo sucederá "para las calendas griegas", es que se trata de un acontecimiento sin determinada fecha posible, cuya realización se deja librada a que ocurra alguna vez o nunca...

● CONTESTE, SI SABE...

1. ¿Cuándo falleció Juan Manuel de Rosas, y qué edad tenía exactamente al morir, en años, meses y días?
2. ¿Cómo se llamaba el médico de Rosas que lo atendió en Inglaterra hasta sus últimos instantes?
3. ¿Cuáles fueron las últimas palabras de Rosas?
4. ¿Cuál es el nombre completo de Bernardino Rivadavia?
5. ¿Cómo se llama en la actualidad la calle de la ciudad de Cádiz en que está la casa en que vivió y murió, en el destierro, Rivadavia?
6. ¿Quién se quedó con el famoso caballo moro del general Quiroga, que Facundo estimaba enormemente, al que se le atribuían condiciones de brujo para predecir el éxito o fracaso en los combates?
7. ¿De qué color era el caballo del general Juan Lavalle?
8. ¿Qué instrumento musical sabía tocar el general José de San Martín?
9. ¿De qué color eran los ojos del general Manuel Belgrano?
10. ¿Qué idioma aprendió, ya en su vejez, Vicente López y Planes, el autor de la letra del Himno Nacional?

Soluciones en la pág. 79

● ROGATIVAS

Una novena ofrecida al patrono de la ciudad "Nuestro Glorioso Señor San Martín", fue iniciada el sábado 4 de septiembre de 1779, en la Catedral; "a fin de que con su intercesión se consiga de Dios Nuestro Señor el agua que tanto se necesita, por la seca que se está experimentando en la ciudad".

● RETRATO DE JUSTO JOSE DE URQUIZA

Era fornido y no muy alto. Respiraba nobleza, como en el cuadro de Pickdam. Sus ojos claros, de mirar firme, centelleaban con frecuencia. Un par de patillas a la inglesa recuadraban el rostro severo. Tenía la frente despejada y amplia. Su gesto estaba todo en la boca, apretada y voluntariosa, y en el mentón, robusto y potente, con energía de mando.

Se presentía su carne de estatua, y el pecho soberbio reclamaba en vida, la consagración del bronce. Era, sin duda, lo que daba marcialidad a su planta. Los viajeros ingleses que lo visitaron en San José dicen que parecía más bien un "gentleman farmer", con su sencillo traje de brin blanco y su gran sombrero inclinado sobre la nuca.

Era jovial y franco, con esa alegría ingenuita que viene de la buena salud. ¿Sería un caso del "vitalismo" de Guyau?

En la sobremesa cordial, su lenguaje, pintoresco y expresivo, tenía esa puntería nativa para definir en dos trazos, sin los embrollos y rodeos de los doctores.

Fue hombre de hacer, no de teorizar. Estaba más cerca de la tierra que Rivadavia y más lejos que Rosas...

Conocía físicamente, por los cinco sentidos, ayudado tal vez por una especie de "pálpito" criollo —intuición— que suplía con ventaja la información libresca.

Sabía "calar" como Roca y adivinaba la intención en los ojos. Despreciaba la adulación y la lisonja...

Era justo, como su nombre. Juez de paz sin juzgado y por derecho propio, aplicó la vara romana de la equidad, con su íntimo sentido de la concordia, para arreglar cuestiones de dominio entre herederos descontentados, o asuntos familiares que discernía como un gran patriarca conciliador.

los días y la historia



Hizo respetar la propiedad. Durante su gobierno nadie se quejaba con objetos perdidos.

No era vengativo ni rencoroso. Devolvió sus bienes a Rosas y asignó al desterrado de Sothampton una pensión anual de mil libras esterlinas, que aquel agradeció.

Vivía en su Palacio de San José, comiendo poco y bebiendo menos.

Blanes pintó en los corredores sus ocho batallas. En su jardín había mayólicas y árboles raros, que él amaba y conocía.

Madrugaba. A las cinco estaba en pie y atendía hasta las doce. No fumaba y hasta dicen que fue vegetariano.

En su mesa había vinos de calidad, pero no para él sino para sus invitados, que siempre eran muchos. Embajadores, sabios, vizcondes: todos salían encantados de la cor-

CONTESTE SI SABE...

SOLUCIONES

1. El 14 de marzo de 1877. Exactamente, Rosas tenía 83 años, 11 meses y 16 días de edad.
2. John Wibblin.
3. "No sé, niña", dichas a su hija Manuelita cuando le preguntaba cómo se sentía de salud.
4. Bernardino de la Trinidad González Rivadavia.
5. Cónovas del Castillo.
6. Estanislao López.
7. Rublo rojizo.
8. La guitarra.
9. Míre dice que eran celestes, pero según un retrato pintado en Londres, parecen haber sido de color pardo claro.
10. El alemán.

dialidad de brazos abiertos con que recibía Urquiza.

El quemaba fuegos de artificio, organizaba bailes y regalaba mates de plata a sus amigos.

Disciplinó su ejército. Ahorró la sangre de sus lanceros y contuvo los instintos que marean a la soldadesca en la embriaguez de la victoria.

● Documentos

NO BAILEN, RIOJANOS...

En 1767, el Ilustrísimo Señor Don Manuel Abad Illana, Obispo de Tucumán, hizo su recorrida pastoral por tierras riojanas. Como acostumbraban hacerlo los obispos en estos casos, revisó cuidadosamente los libros de nacimientos, matrimonios y defunciones que llevaban los curas en cada iglesia parroquial, y en algunos casos dejó formuladas observaciones para que los registros se hicieran en la forma más cuidadosa posible. En los libros parroquiales que se conservan en la iglesia de Aimogasta, el Obispo de Tucumán dejó consignadas instrucciones al cura párroco de los Sauces —jurisdicción eclesiástica que comprendía entonces las actuales departamentos riojanos de Castro Barros, Arauco y Pelagio B. Luna— que en su conjunto revelan un escrupuloso deseo de mejorar las costumbres de la época.

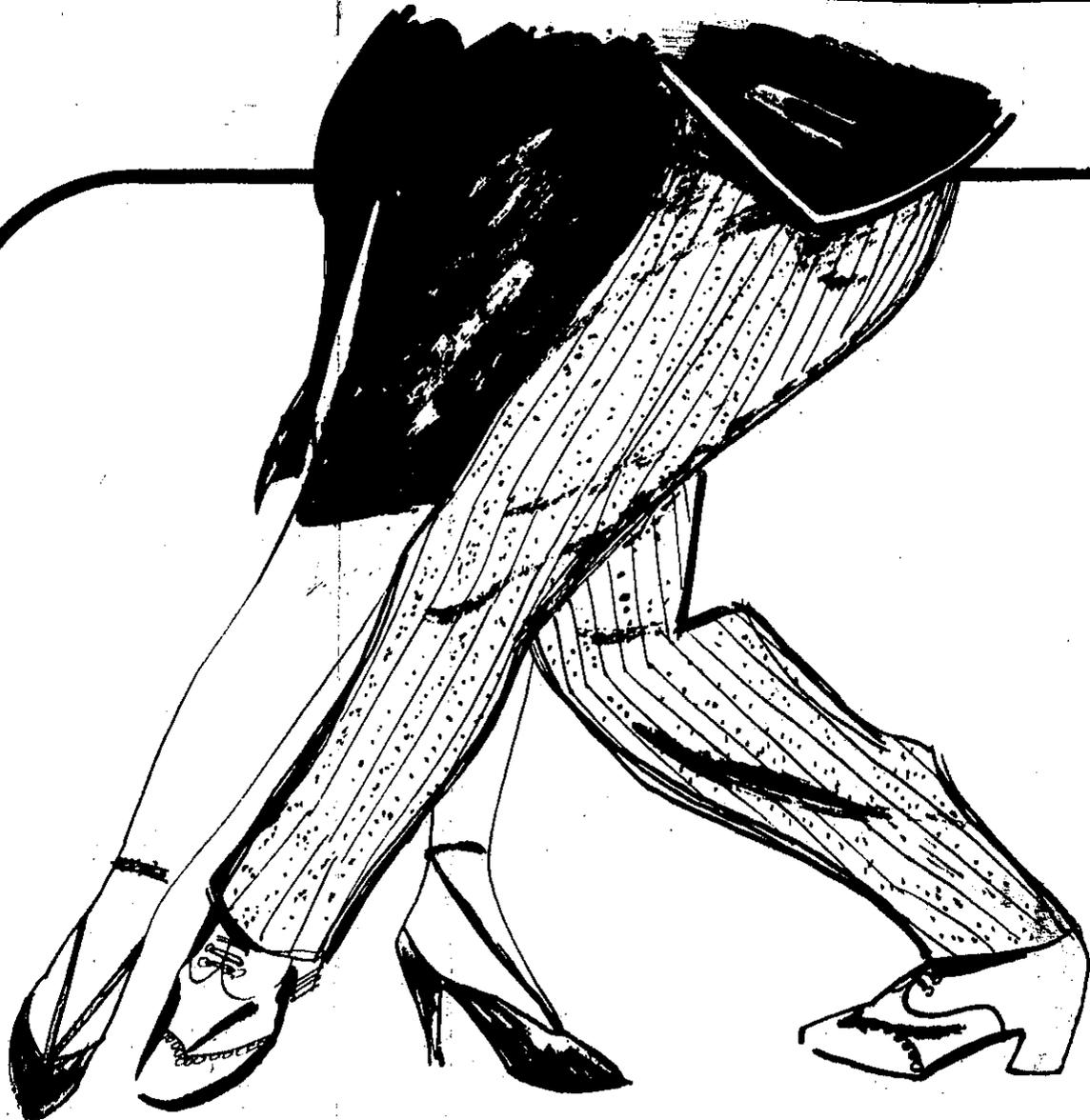
Hay un fragmento de estas instrucciones que reproducimos por lo curioso: se trata de recomendaciones sobre los bailes que se hacían. Indudablemente, el Obispo de Tucumán no era partidario de las danzas, y así lo dejó consignado.

"Y habiendo oído Su Señoría Illma. que los más de los matrimonios se profanan con bailes que pueden durar gran parte de la noche, si no toda, mandava y mandó peno de escmunión maior que ni en día de boda ni en otro cualquiera del año se baile en casa alguna a puerta cerrada de noche y sólo permite de día algun baile onesto y en que no se enlancen ni manoseen hombres y mugeres y que sea en sitio tan público y delante de tales Personas que no se pueda cometer Atentado alguno contra la honestidad. Y el presente Cura intima a los feligreses de su curatte este Decretto de Su Señoría Illma., el que si fuere despreciado y no pudiesse tomar cuenta deste desprecio, se toma y mui estrecha en el terrible Juicio de Dios."

Soluciones en la pág. 78

La Iglesia de Almogasta
(La Rioja), construida
en 1635. En sus
archivos se guardan
los libros parroquiales
anotados por el
Obispo Abad.





las academias porteñas: baile... y algo más

por LUIS SOLER CAÑAS

**En ellas, y en el último tercio del siglo XIX,
floreció el tango danzado por pesados y compadres.
Según el poeta Francisco Soto y Calvo, eran
locales de baile y algo más...**

Muy pocas veces se ha hablado, tanto en el pasado como en el presente, de las academias que funcionaron en Buenos Aires a fines del siglo pasado: lugares de diversión acerca de los cuales se posee escasa literatura documental y que carecieron, al revés de las academias montevideanas, de las proyecciones que supo darles Vicente Rossi con su interesantísimo "Cosas de Negros" al referirse a los orígenes del tango. (No es necesario aclarar que en ninguno de ambos casos se trata de academias de baile en el sentido de locales dedicados a la enseñanza de la danza; por otra parte, aunque es de imaginar que originariamente se las denominó academias de baile, tal nombre no perduró: se las conoció, por lo que sabemos, aquí y en la orilla de enfrente, sola y exclusivamente por el de academias).

El único texto conocido o recordado por quienes consagran sus afanes al estudio de los temas de la lunfardía y del tango pertenece al doctor Francisco De Veyga, que fue profesor de medicina legal a principios de siglo y colaboró en los "Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines", fundados por José Ingenieros, con algunos curiosos trabajos sobre su especialidad.

LOS CAFES CON CAMARERAS

En el titulado *Los auxiliares del vicio y del delito*, que data de 1904, el Dr. De Veyga se refiere a los —en un tiempo— famosos cafés con camareras que hubo en Buenos Aires y en los que la presencia de la mujer tenía un fin preciso: "Se sabe perfectamente lo que es un *brasserie* —dice De Veyga—: es un café servido por camareras, esto es donde los mozos han sido reemplazados por mujeres. Tomamos el nombre fran-

cés porque es el que se está adoptando entre nosotros, sin que tampoco en su acepción pura la palabra *brasserie* signifique eso, sino expendio de cerveza. Pero en francés corriente ella se emplea como la estamos empleando nosotros actualmente; nuestro lenguaje nacional tenía un término propio que ha desaparecido con el objeto mismo: *academia*".

Y a continuación nos informa acerca de qué debe entenderse por esta última:

"La academia era simplemente un café en que servían mujeres y se tocaba música, generalmente el organillo; allí se bebía acompañado por estos dulces estimulantes, y se bailaba entre copa y copa, con la misma camarera. Institución criolla en su origen e italianizada más tarde, ha muerto, al menos en la capital, con tantos otros elementos de barbarie o de delictuosidad primitiva, como el gaucho por ejemplo, que más de un literato, inocente de su significado real, cree todavía de su deber llorar amargamente."

EL ASOMBRO DE ERNESTO QUESADA

Según el Dr. De Veyga, por lo tanto, para 1904 las academias eran ya un recuerdo del pasado. O menos que un recuerdo. Dos años antes, Ernesto Quesada, que con su peculiar laboriosidad había emprendido el examen crítico de cierto tipo de literatura criolla o criollista, confesaba en el transcurso de ese trabajo desconocer las academias, no haber sabido nunca de qué se trataba. No era el suyo un reconocimiento humilde, por cierto, sino un asombro escéptico. Ocupábase don Ernesto en esa crítica de un poema de Francisco Soto y Calvo titulado *Nostalgia*, aparecido en 1901, a cuyo final había acoplado el autor, para mejor inteligencia del texto, parte de un vocabulario criollo que estaba preparando para publicar por separado (y que nunca editó más tarde).

"Y hay de todo en este prolegómeno de glosario —tronaba enojado Quesada—: el autor se muestra amicísimo de todo género de retruéca-

LUIS SOLER CAÑAS, de la Academia Porteña del Lunfardo. Escritor y periodista. Autor de "Negros, Gauchos y Compadres en el Cancionero de la Federación", "Orígenes de la Literatura Lunfarda", etc.

las academias

nos pero debo confesar que algunas acepciones, —a mí, argentino por los cuatro lados— me llanan de asombro. Así, academias resulta “en criollo” significar “lupanares”.

Soto y Calvo, en efecto, inscribe en su Vocabulario como una de las primeras palabras merecedoras de explicación esa de Academias, haciéndola seguir de estas definiciones: “Tugurios; lupanares y casas de baile”.

Como puede verse, va un poco más allá que el Dr. De Veyga: éste da a entender que las academias eran lugares donde podía favorecerse la prostitución, además de beberse y bailarse; Soto y Calvo dice, redondamente, que tenían función de prostíbulos además de la danzante. En todo caso, se trata tan solo de matices.

¿Cómo explicar, empero, la ignorancia de Ernesto Quesada? Muy simplemente: por la misma razón por la cual Miguel Cané asombrábase muy de veras al descubrir, a través del estudio del criollismo hecho por aquél, la existencia de toda una vasta literatura populachera y baratera de cuya realidad lo separaba abismalmente su condición social y, sobre todo, su falta de curiosidad social (Quesada, al menos, fue capaz de descubrir esa infraliteratura...). Pero lo cierto es que este último, a principios de nuestro siglo, ignoraba con toda buena fe que hubiesen existido en Buenos Aires locales de diversión —populares, claro está— llamados academias, destinados a dar satisfacción a su clientela por medio del baile, de la bebida y del sexo. Argentino por los cuatro lados, defínese Quesada, pero ese argentino, por lo visto, no había tenido modo de enterarse de los escándalos, sangrientos muchas veces, en que terminaban las funciones danzantes de las academias porteñas allá por el 80, según se verá más adelante...

LAS “ACADEMIAS” MONTEVIDEANAS

No es menester sorprenderse demasiado, tampoco, si la literatura culta —si exceptuamos el

citado poema de Soto y Calvo— no menciona las academias. Haga historia el lector, o memoria, y vea cuándo aparece el tango como ingrediente de nuestras letras cultas. Salvo las referencias de los primeros sainetes, zarzuelitas y revistas criollas, en la última década del siglo XIX, que tampoco era teatro culto, sino eminentemente popular en su extracción y en sus proyecciones, ningún escritor trae referencia alguna del tango más tarde universalmente famoso. Sólo en 1904, y en las páginas de una revista también popular, como “Caras y Caretas”, un poeta culto, el entrerriano Aníbal Marc Giménez, habría de publicar el primer poema cuyo tema es el tango, anticipándose en algunos años a Marcelino del Mazo, Ricardo Güiraldes y Julián Enciso.

Pero volvamos a las academias.

Las hubo en Montevideo, y Vicente Rossi, que las describe en *Cosas de Negros*, no habla para nada de los locales con ese mismo nombre y parecida finalidad (las orientales no servían, dice, al libertinaje) en Buenos Aires. ¿Qué eran las academias montevidéanas? “Salones de bailes públicos”, define Rossi, “con el consabido anexo de bebidas”, surgidos a impulsos de la popularidad conquistada en la capital oriental por la danza llamada milonga. Añade que más o menos hubo una por barrio y que no alcanzaron a media docena; que las más famosas fueron las llamadas “Solís y Gloria” y “San Felipe”, siendo esta última la única que aclaraba debajo del nombre, la especialidad del negocio a que se dedicaba el local: “academia de baile”, expresión que se generalizó para todas las demás. Pero al local de la “San Felipe” se lo conocía como “la Academia” por antonomasia. Duró hasta 1899 y allí, señala Rossi, “se incubaba el famoso Tango, entre mujeres de la peor facha, compadraje profesional temible y ambiente espeso de humo, polvo y tufo alcohólico”.

Los locales de las academias —me atengo a los informes de Rossi— alumbrábanse con kerosén y la música proveíala media docena de tocadores de oído, que pulsaban instrumentos de viento en su mayoría. Las danzarinas, blancas y pardas, y el grueso lo constituía “el desecho femenino del suburbio alegre”.

No era un ambiente selecto, si bien nuestro autor insiste en un detalle fundamental: allí no se utilizaba la danza como antesala del libertinaje, a diferencia de otros locales en que el baile era meramente un medio, como la bebida, de favorecer la prostitución, de estimularla.

UBICACION DE LAS “ACADEMIAS” PORTEÑAS

Al referirse Vicente Rossi a las casas de bailes públicos establecidas en distintas épocas en Buenos Aires señala que contaban con anexo de bebidas y de juego, añadiendo textualmente: “No

tenían ninguna semejanza con las montevidéanas". También dice que "no tuvieron más designación que la de sus propios nombres, el de sus propietarios o el de su ubicación".

Vicente Rossi no habla para nada de academias en Buenos Aires.

Y, sin embargo, hubo academias en la ciudad que fundó Garay. De su existencia a fines del pasado siglo quedan pocas huellas. O se han descubierto pocas hasta la fecha. Pero los escasos datos que obran en nuestro poder permiten afirmar que hubo un género de locales de diversión con ese nombre. Y resulta sobremanera extraño que Vicente Rossi, tan conocedor del ambiente porteño de esa época, ni siquiera los mencione. Cita sin embargo, en su libro, algunos salones que para Viejo Tanguero —seudónimo utilizado a principios de nuestra centuria por un periodista que también escribió sobre los orígenes y primeros desenvolvimientos de nuestro tango— eran lisa y llanamente academias... Aclaro que Viejo Tanguero escribió sobre el tango con una antelación de doce años a la publicación del libro de Rossi.

Para Viejo Tanguero, nuestra danza ciudadana fue tomada de los negros —y posiblemente transformada, aunque no lo dice expresamente— por los compadritos de nuestro arrabal, que la llevaron a los peringundines, donde se bailaba la tradicional milonga. El nuevo baile arraigó y

no tardó en extenderse del barrio de los Corrales, donde tuvo su primer florecimiento (y de ahí que el poeta Miguel A. Camino haya escrito que nació en los Corrales Viejos), a las demás zonas de la urbe. Fue entonces cuando aparecieron las academias, que funcionaron en distintos barrios ciudadanos: la Boca, Barracas, San Cristóbal, el Bajo...

Viejo Tanguero menciona las que estuvieron ubicadas en Solís y Comercio (actual Humberto 1º), Solís y Estados Unidos e Independencia y Pozos. Esta última señala quizás la más famosa "por la gente de bronca que la frecuentaba y por el prestigio de las bailarinas que concurrían", alcanzó a congregarse en sus salones a un público heterogéneo, si se quiere; pues al elemento compadre, a los varones "de avería" que la frecuentaban, flor y nata del malevaje, sumáronse en determinado momento los exponentes de otra condición social, "cajetillas" o "niños bien", a quienes se pudo mirar al principio con sobrada sorna —no se dude—, pero que se hicieron respetar del sabalaje que allí "funcionaba" por dos razones sustanciales: la primera porque enfrentados en hombría con los compadritos demostraron que eran capaces de trenzarse con ellos y mostrarse tan hábiles con el "fierro" como —y aquí la segunda fundamental razón— lo eran con los pies cuando se trataba de dibujar sobre el piso los firuletes del tango... Tanto unos como otros

En un típico patio de conventillo, bailando tango. Adviértense las chapas canaladas que forman la pared, elemento característico de las construcciones humildes de la época.



las academias

iban en busca de danzarines renombrados del arrabal, soberanas indiscutidas de aquellos bailes de rompe y raja acabados no pocas veces en trágica forma. Eran —para nombrarlas por los pintorescos apodos con que se las conocía— la Par-da Refucilo, María la Teró, Pepa la Chata, Lola la Petisa, La Mondonguito, La China Benicia, María la Vasca...

EL TESTIMONIO DE SOTO Y CALVO

A través del poema *Nostalgia*, de Francisco Soto y Calvo, que es la historia de un inmigrante italiano en la Argentina, podremos tener una visión más íntima, por así decir, de lo que era un local de academia. Soto y Calvo publicó su libro en 1901, pero con toda evidencia sitúa la acción de su poema en una época anterior: quince, veinte o treinta años atrás. Narra allí, en versos de clásica estructuración, las andanzas de su héroe en una academia situada en las vecindades de la Plaza de Mayo. Esa academia era un lugar donde no solamente se bailaba y se bebía, sino que también oficiaba como casa de prostitución. Es éste, el de Soto y Calvo, quizás el único testimonio concreto y directo conocido sobre la existencia de establecimientos que aúnan las tres especialidades bajo el rubro común de academia (*Viejo Tanguero* omite toda referencia que no sea a la danza y a los hábitos de las academias), pero, dados los detalles con que Soto y Calvo describe el local y las escenas que en él se suceden, cabe aceptarlo como verídico. No es de creer que el escritor haya fantaseado al respecto.

EN EL PASEO DE JULIO

Vittorio, el joven inmigrante protagonista del poema, dispónese una noche a dormir, en la casa donde trabaja, cuando el cochero de la misma lo llama para decirle que la noche está lindísima y que siente tentaciones de "salir a farrear". Vamos —lo invita— "a divertirnos al Paseo de Julio, a recorrer las Academias..." Y

como para que la tentación se apodere también del muchacho le cuenta que "hay una donde hay chinas muy bonitas, que tienen pa bailar más zandungueo..."

Vittorio está cansado, quiere dormir, pero su compañero insiste: "¡Veníte!" "Hay tres muchachas que bailan como ángeles..." Consiente por fin Vittorio y salen ambos. Por la calle Bolívar, negra como boca de lobo, alumbrada muy de trecho en trecho por escasos faroles, desigualmente empedrada, los dos jóvenes se dirigen hacia la zona de las academias. Son las once de la noche y en el camino encuentran la plaza de Mayo, entonces llamada de Victoria, donde al italianito asombran la revuelta muchedumbre que circula como si fuera la hora agitada y febril del mediodía, los cafés de grandes puertas, los restaurantes, los teatros, el local de un diario, los carruajes con sus respectivos "cocheros compadritos" y un "tronar de cornetas de tranvía".

Ya en la calle de Mayo —señala el poeta—, "desde lejos pudieron presentir las Academias al oír el chillar de los flautines, la variedad de turbulentos gritos, el maullar raspador de los violines y el gruír de los agrios organitos".

Ya van llegando a destino. Ya se detienen ante una puerta. Hay un "¡Entrá, mamón!" y una mano que lo empuja al muchacho hacia dentro. Ya están, Pascual el cochero y Vittorio el mensual, en la academia

Antes de proseguir, recapitulemos algunos datos que el escritor nos ha ido entregando al azar de sus rimas y de su lirismo, y que conviene ir anotando: las academias —porque, evidentemente, se trataba de más de una— estaban situadas en el Paseo de Julio, en la zona céntrica de Buenos Aires conocida como "el Bajo", en los mismos lugares, posiblemente, que albergaron más tarde a cafetines y "dancings" de ínfima categoría y con similares funciones; contaban con bailarinas eficaces en su arte, y además, bonitas; eran sitios más bien bullangueros y por ello mismo audibles y reconocibles desde varias cuadras a la redonda; la música con que en ellos se bailaba era abastecida por flautas, violines y organitos.

UNA "ACADEMIA" POR DENTRO

Vamos a ver, ahora, cómo eran por dentro, conforme a la descripción hecha por Soto y Calvo: "Era la pieza donde aquella Academia funcionaba —dice— fea y ahumada. Aunque de techos altos con tirantes de palmas, presentaba mínimo espacio al humo. A través de éste y del fétido ambiente, se dejaba apenas estudiar. Pringosos muros blanqueados antes, pero relucientes del frote y el sudor de los clientes, mostraban cual diseños ostensibles trazados al carbón, las formas de éstos".



ARRIBA: Vista del Paseo de Julio, con sus clásicos escaparates protegidos por lona; al frente, la ribera, que entonces llegaba hasta lo que hoy es la avenida Leandro N. Alem.

ABAJO: Bailando tango en un salón de danzas.



las academias

Había un largo diván para que se sentaran los parroquianos, y “en los sórdidos rotos cojines al diván unidos, mujeres y hombres de diversas menas, mezclados y apretados se veían, entre el humo y las miasmas tan hundidos, que a descubrirlos se alcanzaba apenas”.

El despacho de vinos y cigarros hallábase en un rincón, sobre una tarima, iluminado por un candil: junto a un tosco estante colmado de botellas y vasos, la patrona del lugar, “mujer facha de furia” definela el poeta, “que, inválida del vino y la lujuria, en un cajón de kerosén se sienta”. Otra fémina se dedica a despachar el alcohol que se le pide, borracha al solo olor de la bebida.

Luego viene la descripción de la “orquesta”: dos chicos de rostros en los cuales se pinta el hambre tocan, si aquello es tocar, uno el arpa y otro la flauta; una niña escrupulosa “da vueltas sin cesar el organito” y un viejo repugnante, que parece ser el director de aquella musicantería elemental, “lude las tripas de un violín maldito”.

¿Y la concurrencia? Veamos quiénes son los parroquianos de la casa. Su clientela la forman carreros procedentes de Barracas al Sur (Avellaneda), de los Corrales (actual Parque de los Patricios), compadres del centro de la ciudad, vendedores de diarios (que todavía no responden al apodo de canillitas), changadores del puerto y boteros que ejercen su oficio en la Boca. Los hay porteños y los hay orientales, porque se trata de una época en que existía una más frecuente y efectiva comunicación entre ambas orillas platenses, pero también muchos italianos —son mayoría— y algún español. En cambio son cinco, apenas, las “doncellas del arte coreográfico”. Pese a que había prometido a Vittorio “chinas muy bonitas”, “que bailan como ángeles”. ¿Era así la realidad? Parece que no, porque Soto y Calvo describe una estampa distinta al referirse a Juanita, la correntina que todavía no ha cumplido quince años y que en el salón de la academia sacúdense el pelo por la espalda y fuma un



gran cigarro con el que chamusca el chaquetón de un asistente, en tanto que de su tierna boca de adolescente brotan torpes expresiones. Ella, al observar que Vittorio se queda como petrificado (mientras Pascual se adosa a una de las muchachas y se entrega a las delicias de un vals; no se habla para nada del tango, ni siquiera de la milonga), es la que se dirige al cochero inquiriéndole groseramente:

—Contestá, che nene: ¿Qué, no viene á bailar tu compañero, ni á...? pues entonces, ¿pa qué cuernos viene?”

Entretanto circula en los vasos la “ardiente caña enlimonada”.

El italianito se enreda al fin con la chinita, bailan y, por lo leído, la danza, aunque no se especifica cuál es con quebradas y, como quien dice, cuerpo a cuerpo... El baile cumplía su función “introdutoria” y daba paso prestamente a la restante ocupación de las mozas danzarinas:

“Otras parejas en contorno bailaban: de repente entre risas y chanzas de la gente pasaban una puerta, allá en el fondo del ahumado recinto... Aparecían poco después... mas nunca el compañero como él, Vittorio, con la misma dama, vio proseguir. Sus ojos se salían de las órbitas ya. Como se inflama de pronto un polvorín, el italiano partió de la chinita de la manos mientras las gentes en redor reían...”

No había podido resistir, el pobre muchacho,

a la seducción y a la cercanía de aquella carne joven apretada contra él en el calor de la danza. Y cumpliase así la función de la academia, cuya práctica puerta al fondo del salón de baile conducía, sin duda, a las habitaciones reservadas para el amor de paso...

No falta en el poema un conato de incidente entre Pascual y otro cliente. Nada extraños, por lo demás, en aquel ambiente en el que una muerte o una puñalada eran cosa de casi todos los días o de cualquier momento, sobre todo cuando el amor propio del compadre se encendía o lo emborrachaba el fuego del licor que trasegaba, más aún si el asunto era por polleras.

LA LEY DEL MALEVAJE

Viejo Tanguero, a quien ya nombré antes, al referirse a la academia que funcionó en Solís y Estados Unidos, añade, para dar una idea de lo que aquello fue: “De sangrienta memoria”, frase que, sin decir nada más, da a entender mucho y evoca escenas de peleas, heridos y muertos.

La de Independencia y Pozos tuvo que clausurarse allá por 1884 y parece que el “cerrojazo” debióse a los duelos criollos que habían concluido por convertirse en el pan de todos los días o, mejor dicho, de todas las noches. El comisario de la seccional 18ª dispuso, ante la frecuencia de aquellos sangrientos incidentes, que la concurrencia masculina fuera “palpada de armas” a la en-

El célebre Pabellón de Hansen, en Palermo. Una larga polémica se ha entablado sobre si se bailaba tango o no, en lo de Hansen. En lo que coinciden todos los investigadores es en la existencia de la famosa “Rubia Mireya”, cuyo nombre está asociado con el famoso establecimiento.



las academias

trada del baile; pero la requisa era burlada hábilmente, a veces, y entonces sucedía lo que se quería evitar, cuando la sangre calentábase excesivamente por culpa de una china que andaba demostrando preferencia por uno e indiferencia por otro.

Pero el malevaje, en medio de todo, tenía su ley caballeresca. Se jugaba a lo varón, derecho viejo, de frente y en igualdad de condiciones. Y para ilustrar a este respecto, copio el relato de un viejo empleado de policía:

—Figúrese que una noche salió desafiando Pancho, el pesao de los Corrales, con otro que también tenía fama de guapo, y al salir a la calle le preguntó: ¿Tenés armas? A lo que el otro le contestó: ¡No, pero es lo mismo, porque te voy a pelear a trompadas!

—Esperate un momento, le dijo, que ya vengo. No te muevas de aquí —y salió corriendo hacia una ferretería que había frente a la academia. A los pocos momentos regresó, encontrando a su rival en el mismo punto.

—Bueno, aquí tenés para defenderte, le dijo, alargándole una daga de 40 centímetros de largo. Luego agregó: Ahora preparate porque te voy a poner un barbijo en la jeta pa que te acordés de mí. Y en la oscuridad de la noche se trenzaron en terrible combate. Cuando acudimos de la comisaría, los dos estaban tendidos en el suelo, atravesados por más de veinte puñaladas.”

UN INCIDENTE EN EL “BAILE DE MANI”

Otra noticia de índole policial puedo añadir a esta información sobre las academias porteñas de fines del siglo pasado. La encontré en un ejemplar del diario “La Pampa” del año 1879, y, a la vez que documenta la relativa antigüedad de estas “instituciones”, sirve también como testimonio revelador —una vez más— de que no se trataba de lugares demasiado tranquilos. La noticia de referencia figura en la Crónica del día, sin título especial, y dice textualmente:

“Anteanoche el individuo Pedro Espensa, pe-

netró a la casa calle de Suarez y las de Gral. Brown y Necochea, academia conocida por “Baile de Mani”. En una pieza interior estaba la mujer Irene Romero. Espensa, sin mediar cuestión alguna la dio de bofetones y la arrastró de los cabellos. Esta pudo escapar y se refugió en la cocina de la casa, pero aquél la siguió y renovó allí su brutal tratamiento contra aquella infeliz. Un sargento de la 14 sección de Policía, avisado por otra persona de la casa llegó y apresó a Espensa, quien prodigaba al agente los mayores insultos. Hoy, aquél ha sido pasado a la Cárcel Correccional”.

De modo que hubo, como puede advertir el lector, academias en la Boca del Riachuelo ya en 1879, como ésta, tan elegantemente denominada “Baile de Mani”; y lo que podría hacer allí la mujer que fue castigada, así como las causas de la paliza brutal que le propinó el individuo, son cuestiones que la noticia no aclara y que entran en el terreno resbaladizo de las conjeturas, pero que desde luego autorizan también ciertas suposiciones.

UNA MENCION DE GHIRALDO EN 1906

¿Hasta cuándo subsistieron las academias? No lo sabemos, por lo mismo que su historia está todavía por escribirse. Pero su memoria se conservó hasta principios de este siglo, como lo demuestra la detallada evocación de Soto y Calvo en su poema *Nostalgia*, la mención del Dr. De Veyga en *Los auxiliares del vicio y del delito* y los detalles que sobre la ubicación de algunas de ellas y su elemento característico proporcionó *Viejo Tanguero*. Si Ernesto Quesada nada supo ni nada recordó, en consecuencia, en cambio el habla y su memoria llegan hasta un volumen de cuentos publicados por Alberto Ghirardo en 1906, *Carne doliente*. En una de las piezas del volumen, *La llegada al aire*, se habla de una bailarina de tangos y habaneras, verdadera artista de la danza, única entre todas las de su condición en el mísero rancho del poblado en el que se rinde culto a Terpsicore: “Jamás en el pueblo había memoria de que cuerpos como el suyo hubieran pisado un salón de academia”.

Y par finalizar, ya que se mentó el tango, diré que así como Vicente Rossi vincula la existencia de las academias montevidéanas con el auge de la Milonga, antecesora directa del tango (según él), nuestro *Viejo Tanguero* recalca que las academias porteñas fueron los templos —valga la remanida expresión— en que se rindió culto al tango en sus primeros tiempos: “En la academia de Independencia y Pozos —afirma— fue donde el tango tuvo su mayor apogeo, adoptándose un sistema cadencioso y acompasado que hoy no existe, porque se ha modificado enormemente, perdiendo el cachet típico que solo los bailes de aquel tiempo sabían imprimirle”.



increíble!

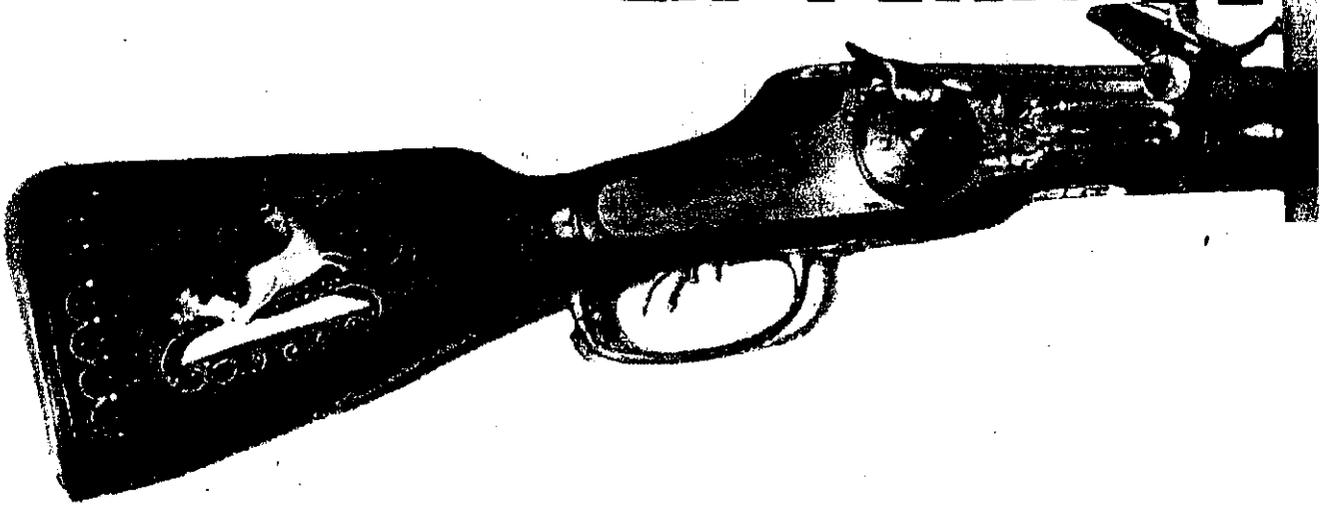
una colonia excepcional
a mitad de precio. Hecha
con las esencias importadas
más exquisitas!

 **Festival**

Con perfume francés... y la seguridad **Odd**

CS

LA PENA DE



por
Armando Raúl Bazán

CUANDO el país daba los pasos iniciales de la Organización Nacional, la ciudad de Catamarca era una pequeña aldea que albergaba escasamente a seis mil almas. Para los viajeros que accedían a ella, después de recorrer largas y fatigosas jornadas, la ciudad se descubría como un desgranado caserío salpicado de huertas y quintas que le daban un aspecto amable. La edificación se componía de casas bajas, de una sola planta, que cubrían unas pocas cuadras desde la plaza mayor. Hermann Burmeister, caracterizado viajero y hombre de ciencia alemán que la visitó hacia 1860, calculaba su extensión de norte a sur en 8 ó 9 cuadras, asignándole apenas 5 o 6 de este a oeste.

En ese modesto pueblo sobresalía la Casa de Gobierno, construida por el gobernador Octavino Navarro e inaugurada el 25 de mayo de 1859, con ocasión de transmitir el mando a Samuel Molina, su sucesor. Era un edificio monumental para la época ya que según la autorizada opinión de Burmeister "habría sido un adorno para cualquier ciudad europea". Su aguda observación permitió registrar las características salientes

del edificio: su estilo, su muy hermosa fachada del lado norte, y la posición preeminente que le daban sobre el contorno sus dos plantas y su apropiado emplazamiento.

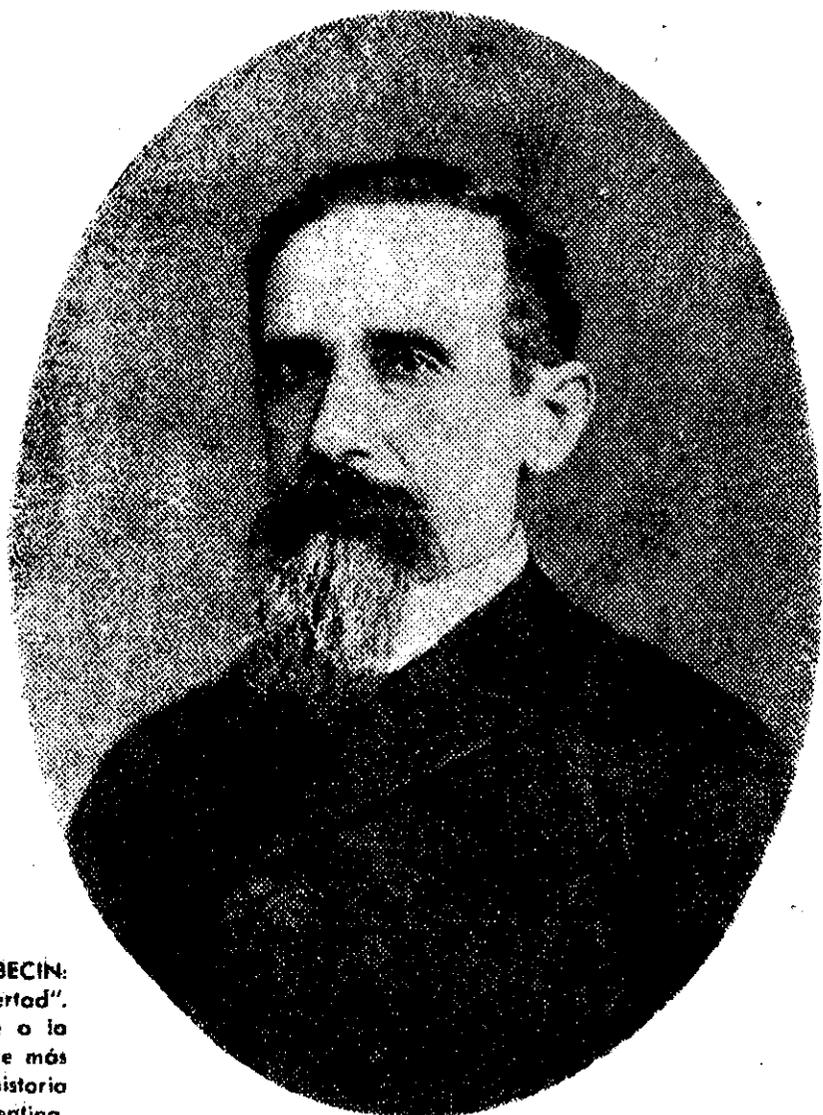
Por esos años recién se hallaba en construcción la nueva Iglesia Matriz, de la que estaba muy necesitada la ciudad ya que la vieja "semejante a un galpón, no merecía ese nombre". Sin embargo, desde su púlpito se habían dicho palabras trascendentales para el país, cuando al ser jurada la Constitución de 1853 fray Mamerto Esquiú exhortó a sus compatriotas a obedecerla, pues, según su inspirado pensamiento, "sin obediencia no hay ley; sin ley no hay patria ni verdadera libertad".

Destacando esa impresión amable que le produjo la ciudad, nuestro viajero agrega que casi todas las casas "están dotadas de un montecito de naranjos en el patio, cuyos árboles ocultan las casas cuando se las mira de lejos". Este detalle hacía la aparecer como un verde oasis en el desierto, pues su contorno presentaba el aspecto de un árido arenal, cubierto con una vegetación mezqui-

MUERTE POR SORTEO

EN CATAMARCA

La muerte estaba en el recodo de cada camino durante la ardua época de nuestras guerras civiles. Pero lo que pocas veces se vio fue a la muerte sorteándose entre condenados . . . Eso ocurrió en Catamarca, en la década del 60 del siglo pasado . . .



VICTOR MAUBECIN:
"Orden y no Libertad".
Puso el cúplase o la
pena de muerte más
original de la historia
argentina.

LA PENA DE MUERTE

na de matas o en parte totalmente desnudo.

Tal era la imagen de la Catamarca de antaño, un siglo atrás.

Ciudad todavía colonial y apacible, siempre que la pasión política no viniera a encenderla en trágica llamarada. Modesto gajo de una democracia joven e incipiente, su pueblo supo también de convulsiones y de lucha fratricida. Por sus calles polvorientas habían resonado muchas veces el tropel de la caballería, los pasos de la gente en armas, las descargas de la fusilería. Veinte años atrás, la ciudad había sido testigo de uno de los episodios más sangrientos de la guerra civil: la matanza ordenada por Mariano Maza, sicario de Oribe, que hizo morir a muchos catamarqueños enrolados en la Coalición del Norte. En su plaza rodaron entonces las cabezas degolladas de José Cubas, sus ministros y colaboradores, víctimas inmoladas a los dioses crueles de la discordia civil.

VICTOR MAUBECIN: ORDEN Y NO LIBERTAD

Hasta 1862, Catamarca había disfrutado de una etapa de paz bajo los progresistas gobiernos del federalismo. Pedro Segura, Sinfioriano Lascano, Octaviano Navarro y Samuel Molina rigieron sus destinos durante una década contando con el apoyo popular y preocupados por levantar el andamiaje del orden: una Constitución provincial, la de 1855, administración, rentas, caminos y correos. Pero los bienes de la paz no se habían afianzado del todo en el solar catamarqueño. Un hecho de armas ocurrido fuera de sus fronteras vino a alterar la paz tan dificultosamente conseguida. Pavón no significó solamente el eclipse del federalismo, sino que trajo consigo un cortejo de perturbaciones políticas, derivadas del propósito de implantar por la fuerza un nuevo régimen, en el país.

Este fenómeno en Catamarca asumió las formas más crudas. En el corto lapso de un año, desde 1862 a 1863, los catamarqueños vieron pasar por el sillón de Avellaneda y Tula a siete gobernadores y a un dictador, el sargento Juan Piqueño, adueñado de la ciudad durante dos días merced a un oscuro motín cuartelero. La mayoría de esos cam-

bios no ocurrieron pacíficamente. La crónica lugareña ilustra sobre revoluciones y golpes de Estado, conspiraciones e intrigas, invasiones y refriegas, cuya relación ha dado tema apasionante para los historiadores.

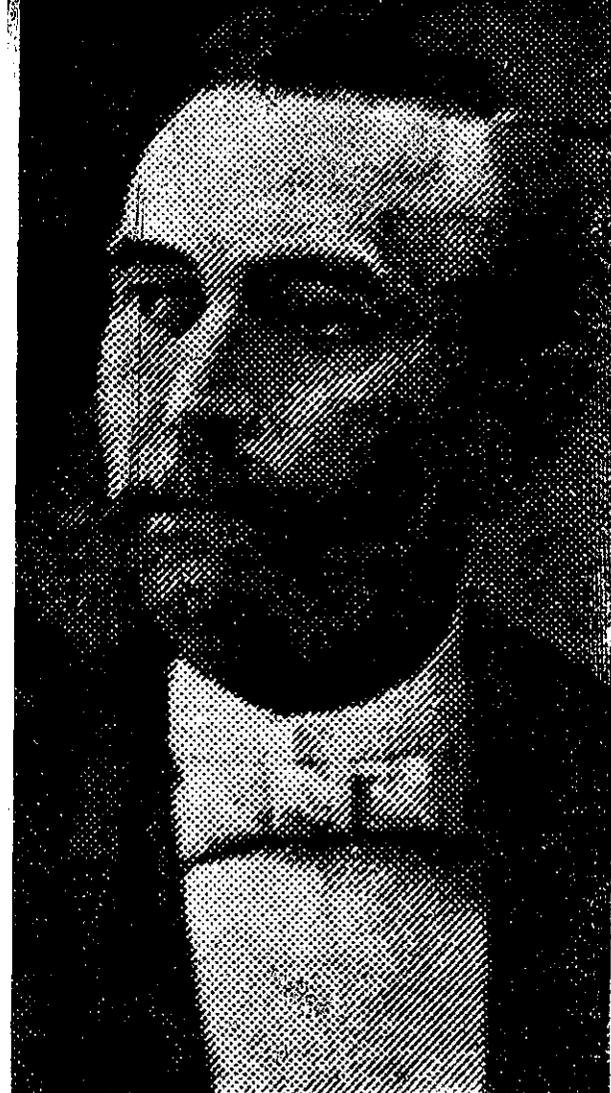
Cuando los espíritus estaban cansados de lucha y de inseguridad surgió el hombre dispuesto a devolverles la paz. Se llamaba Víctor Maubecín, tenía escasamente 30 años, y había sido capaz de derrotar a Felipe Varela (marzo de 1863) al frente de las malicias que mandaba como jefe de la plaza. Su gobierno vino a llenar un vacío de poder y a poner remedio a la anarquía imperante. Al asumir el mando se planteó la cuestión de qué era más importante, si el orden o la libertad. Y resueltamente optó por lo primero. Gobernó sin contemplaciones ni debilidades, con mano de hierro. No paró mientes en formalismos legales, y cuando la ley significó un estorbo para mantener el principio de autoridad —tal como lo concebía—, prefirió guiarse por su inspiración personal, aun a riesgo de ser arbitrario. En esto fue fiel a su discurso-programa: "Soy un convencido de que Catamarca necesita un gobierno de fuerza y no de debilidad."

Esa energía le permitió sostenerse en el poder durante tres años —caso excepcional en la década del 60— pero también le granjeó hostilidades que a la postre decretarían su caída.

EL CONTINGENTE PARA LA GUERRA DEL PARAGUAY

La tarea que Maubecín acometió con mayor entusiasmo durante su gobierno fue la formación del contingente con que la Provincia debía contribuir al Ejército del Paraguay. Guerra impopular esta de la Triple Alianza. Tradiciones y documentos nos hablan de la resistencia que demostró parte de nuestro pueblo frente a la recluta ordenada por el Gobierno Nacional. Algo decía al sentimiento de nuestros paisanos que esa contienda ninguna gloria agregaba a los lauros de la patria, y que tampoco existían motivos para pelear contra un pueblo más acreedor a su simpatía que a su rencor. En Entre Ríos, los gauchos de Urquiza desertaron en masa, pese a que en otras ocasiones fueron leales hasta la muerte con su caudillo. En la Rioja, el contingente fue sublevado en Catuna por Aurelio Zalazar, caudillejo de tercera magnitud en el grupo de hombres que formaron el estado mayor del Chacho.

Similar resistencia se manifestó en Catamarca. Manuel Soría nos dice que el contingente de 350 hombres asignado a la Provin-



FILEMON POSSE. Adversario del gobernador Maubecín. Testigo de los hechos vinculados con la sublevación de los "voluntarios" catamarqueños.

cia se reclutó entre la gente de la más baja esfera social. Un testigo calificado, el juez nacional Filemón Posse, explicaba al Ministro de Justicia, Eduardo Costa, los procedimientos compulsivos que había utilizado el gobierno local al expresar que "se ponían guardias hasta en las puertas de los templos para tomar a los hombres que iban a misa, sin averiguar si estaban eximidos por la ley." El método usado para el reclutamiento, tanto como el duro trato a que fueron sometidos los "voluntarios" durante los tres meses que duró la instrucción militar, fueron causa de varias sublevaciones. El mismo testigo señala, a ese respecto, el estado de desnudez de la tropa, lo cual movía la compasión del vecin-

dario cuando salía a la plaza para recibir instrucción. "Más parecen mendigos que soldados que van a combatir por el honor del pueblo argentino", afirmaba sentenciosamente, agregando que tal situación suscitó la piadosa intervención de la Sociedad San Vicente de Paul que les proveyó de ropa y comida. Acusaba también al gobernador Maubecín de incurrir en una errónea interpretación del estado de sitio, cuando exigía al vecindario auxilios de hacienda y contribuciones forzosas para costar los gastos de la movilización.

La situación que se ha descrito véase agravada por el trato duro e inhumano que se daba a los reclutas. José Aguayo, uno de los oficiales instructores, ordenó cierta vez, por su cuenta, la aplicación de la pena de azotes en perjuicio de varios soldados. Olvidaba o ignoraba, quizá, que la Constitución Nacional prohibía expresamente los castigos corporales. Este hecho motivó un proceso criminal en contra del autor, cuando los damnificados denunciaron el vejamen ante el Juzgado Federal. Su titular falló la causa condenando a Aguayo a la inhabilitación por diez años para desempeñar oficios públicos, y a pagar las costas del juicio. Dicha sentencia disgustó a Maubecín, quien negó jurisdicción al magistrado para intervenir a propósito de los castigos impuestos en el cuartel "a consecuencia de una sublevación". El gobernador calificaba de "extraña" la intervención de Posse y afirmaba que esa ingerencia era "una forma de apoyo a los opositores sublevados". El choque entre el juez y gobernador originó un pleito sustanciado en la esfera del Ministerio de Justicia y dió materia a una sonada interpelación a Costa por parte del senador catamarqueño Angel Aurelio Navarro.

LOS "VOLUNTARIOS" SE SUBLEVAN

El mes de octubre de 1865 llegaba a su término. Faltaban pocos días para la partida hacia Rosario del batallón "Libertad" cuando un incidente vino a conmover a la población. La tropa de "voluntarios", cansada de privaciones y de castigos, se amotinó con el propósito de desertar. No es aventurado suponer que para dar ese paso debe haber influido un natural sentimiento de rebeldía contra la imposición de abandonar la tierra nativa, a la que seguramente muchos no volverían a ver. Actores principales de la revuelta fueron poco más de veinte reclutas, pero la tentativa fue sofocada merced a la enérgica intervención de los jefes y oficiales de la fuerza de custodia.

LA PENA DE MUERTE

Inmediatamente, por disposición del propio Gobernador, jefe de las fuerzas movilizadas, se procedió a formar consejo de guerra para juzgar a los culpables. El tribunal quedó integrado con varios oficiales de menor graduación y la función del fiscal fue confiada a aquel teniente José Aguayo, procesado criminalmente por el Juez Federal a raíz de la pena de azotes impuesta a otros soldados.

Actuando en forma expeditiva, el cuerpo produjo una sentencia severa y originalísima en los anales de la jurisprudencia argentina. Los acusados fueron declarados convictos del delito de "amotinamiento y deserción". Tres de ellos, a quienes se reputó los cabecillas del motín, fueron condenados a la pena de muerte aunque condicionada al trámite de un sorteo previo. Solamente uno sería pasado por las armas, quedando los otros dos destinados a servir por cuatro años en las tropas de línea. Los demás acusados, 18 en total, recibieron condenas menores que variaban entre tres años de servicio militar y ser presos hasta la marcha del contingente.

LA MUERTE EN UN TIRO DE DADOS

La sentencia fue comunicada a Maubecín, quien el mismo día —28 de octubre— puso el "cúmplase en todas sus partes" y fijó el día siguiente a las 8 de la mañana para que tuviera efecto la ejecución. Un acta conservada en el Archivo Histórico de Catamarca nos ilustra sobre las circunstancias que rodearon el hecho.

A la hora indicada comparecieron en la prisión fiscal, escribano y testigos. El primero ordenó que los reos Juan M. Lazarte, Pedro Arcadé y Javier Carrizo se pusieran de rodillas para oír la lectura de la sentencia. Enseguida se les comunicó que "iban a sorrear la vida" y, a fin de cumplir ese espeluznante cometido, se les indicó que convinieran entre sí el orden del sorteo y si la ejecución recaería en quien echara más o menos puntos. En cuanto a lo primero, quedó arreglado que sería Javier Carrizo el primero de tirar los dados, y respecto de lo segundo, que la pena de muerte sería para quien menor puntaje lograra.

Ajustado que fue el procedimiento, se vendió los ojos a los condenados y se trajo una "caja de guerra bien templada", destinada a servir de improvisado tapete. Cumplidas esas formalidades previas, Javier Carrizo recibió un par de dados y un vaso.

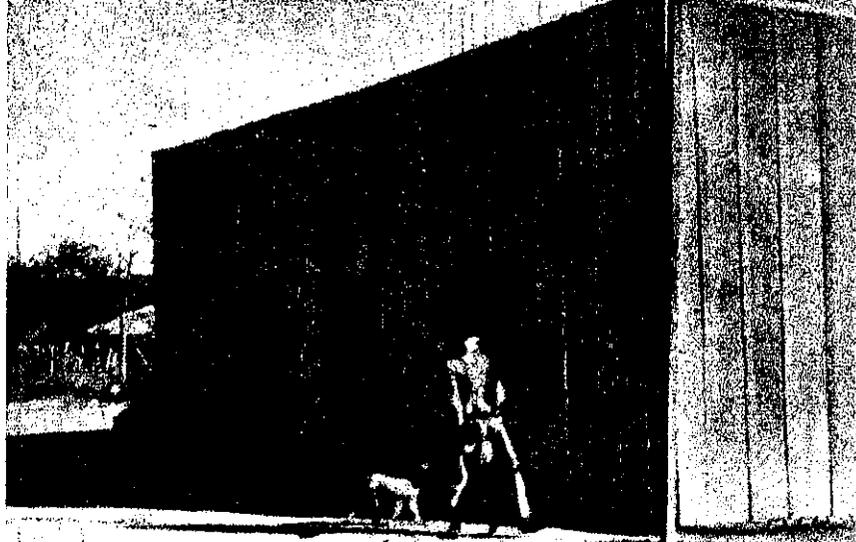
No cuesta mucho imaginar la dramática expectativa de aquel instante, el tenso silencio precursor de esa definición. La muerte rondaba sombría y caprichosa como la fortuna en torno a la cabeza de esos tres hombres. Es probable que hayan formulado una silenciosa imploración a Dios para que ese cáliz de amargura pasara de sus labios.

Javier Carrizo metió los dados dentro del vaso. Agitó luego su brazo y los desparramó sobre el parche... ¡Cuatro! Tocaba a Lazarte repetir el procedimiento de su compañero de infortunio. Tiró... ¡Siete! Las miradas se concentraron entonces en la cara y en las manos del tercero. Pedro Arcadé metió los dados en el cubilete, agitó el recipiente y tiró... ¡Sacó cinco! La suerte marcaba a Javier Carrizo con un signo trágico.

El acta nos dice que se llamó a un sacerdote a fin de que el condenado pudiera preparar cristianamente su alma. Después de haber sido desahuciado por los hombres, sólo le quedaban el consuelo y la esperanza de la fe. Otro Tribunal, infalible y supremamente justo, cuyas decisiones no están sometidas al capricho de un tiro de dados, debería hacerle la definitiva justicia.

Aparte de una alusión del juez Posse, en el capítulo de sus cargos contra el gobernador Maubecín —nota al Ministro Costa, 2 de diciembre de 1865—, no conocemos otro testimonio que trasunte la repercusión que el hecho produjo en la opinión pública de la época. El pueblo catamarqueño, que tantas veces fue sacudido por hechos crueles derivados de las luchas civiles, nunca había sido testigo de un fusilamiento precedido de circunstancias tan insólitas.

En otro orden de cosas, parece necesario decir que la pena de muerte aplicada a Javier Carrizo cumplió el propósito de escarmiento que la inspiraba. A lo que sabemos, no se produjo más tarde ninguna sublevación del batallón de "voluntarios" Libertad. Conducido por el propio Maubecín, hasta el puerto de Rosario, llegó a destino y sus componentes pelearon en el frente paraguayo dando pruebas de heroísmo. Estuvieron en las más porfiadas y sangrientas batallas: Paso de la Patria, Tuyutí, Curupaytí y otras. De los 350 soldados que salieron del Valle, el 6 de noviembre de 1865, solo regresarían 115 al cabo de 5 años. Los demás murieron en los fangales de los esteros paraguayos.



LA HISTORIA CHICA

por Juan Maximiano Vigo



MEMORIAS DE UN COMISARIO

ABIA que ver lo que era el Chaco santafesino en mis años mozos. Una colmena humana trabajaba en los obrajes.

No se pagaba del todo mal. Y, con tanta peonada, corría el dinero. De algo tenían que valerse los gringos para atraer a la gente a esa vida brutal de los quebrachales. La empresa había organizado hasta el detalle la explotación de la selva. Pero más, la del hombre.

El setenta por ciento de lo que se pagaba el sábado —solía decir uno de los gerentes— estaba de vuelta el lunes en la caja de la administración, a través de la proyección y

MEMORIAS DE UN COMISARIO

el despacho de bebidas, abierto en todas partes justo a la salida de la ventanilla de pagos. Del resto, una parte quedaba en manos de los aviadores de las canchas de taba, o ahí mismo, en el boliche, sobre el paño verde de las mesas de choclón.

Los sueldos de los comisarios los pagaba la empresa. Además, cada uno de ellos "vendía los juegos" de su distrito a explotadores profesionales. Hubo quien lo hizo en mil pesos mensuales y aun más. Y con mil pesos en la mano cualquiera se podía aviar en esos tiempos de un rodeito de setenta a noventa vacas compradas al corte, y no del todo malas.

Lo que quedaba del pago de la semana iba a parar a las casas de baile. Las de Vera, donde vivía el jefe de policía, eran mentadas. Todavía quedan edificios de algunas, en el centro del pueblo, que ocupan más de un cuarto de manzana. Tenían al medio un enorme patio cubierto y embaldosado —como no lo tuvo nunca una escuela, si la hubo, entonces— rodeado de piezas donde las bailantas hacían el verdadero oficio. El dinero de estas casas y el de los juegos, también volvía a la administración de la empresa por uno u otro camino.

Después del cobro, las mujeres y en ocasiones las madres viejitas o las hermanas de los peones, se desbandaban con las caras largas. Iban ya de mañana a esperarlos, con la ilusión de llevarlos a sus ranchos no bien cobrarán. Se las veía tempranito nomás, con los chiquilines rotos, algunos con los culitos al aire, amontonaditos, en esas mañanas de invierno, como pollitos con frío. ¡Pero de ande!...

Los hombres les tiraban con algún peso, las hacían a un lado con sus gurises y sus ruegos y se zambullían con los compañeros en los despachos de bebidas. Horas después, babosos ya, con los chíripases mugrientos y algunos con los culeros con el barro del monte, enderezaban para las casas grandes. Mujeres blancas, bañaditas, pasadas de perfume. Unas francesas rubias, maduras ya, pero baqueanas del todo... unas paraguayitas cachorronas, aprendizas todavía... tiernitas.

Así, en cuestión de horas, a veces, volaban los pesos. La gente se quedaba sin un real, sin un triste cuartillo de lo que había gana-

do en la semana a costa de tanto esfuerzo, de tantas privaciones, durmiendo a la intemperie, comienzo sancochos de maíz y carne descompuesta o fariña con los gorgojos negreando.

Los comisarios hacían de jueces de paz. El peón que intentaba desertar sin pagar a la proveeduría las deudas atrasadas, iba a la barra, con una marimba de palos en el lomo, de yapa. Y ahí quedaba, con los aros de los hierros en los tobillos, largo a largo en el suelo, boca arriba, al sol, al frío, a veces a la lluvia, durante días si se había retobado. Salían mansitos.

Recuerdo que no bien llegué, uno de los contratistas fuertes me pidió que mandara atajar a un peón, que se le había escapado debiéndole. Me negué, claro. Y tuvimos unas palabras. Nunca más me llamaron. Pero tampoco me pagaron un solo mes de sueldo. Ni se los reclamé.

Desde el sábado hasta el domingo a la noche, a lo largo de toda la línea desde Calchaquí hasta Los Amores —más de 40 leguas— y también en los desvíos que entraban hasta el corazón de la selva, ardían las canchas de taba, las mesas de juego, los boliches y bailongos. El tren que bajaba los lunes desde Resistencia para Santa Fe, traía a la jefatura de Vera los presos y heridos de las peleas. Lo llamaban el tren hospital. A los muertos se los envolvía en un cuero y se los enterraba en cualquier parte. Los chanchos y a veces hasta los peludos solían en ocasiones desparramarles los huesos.

Quien quiera tener una idea de los que caían en pelea, no tiene más que repasar los libros del registro civil de esa época. Eran ralitos los que morían en la cama. Se desfloró la selva inmensamente rica y se aniquiló al trabajador nativo. Allí se destruyó físicamente lo mejor de la población obrera de Corrientes. Nadie fue más sufrido que el peón correntino para dar al hacha sin resuello en ese infierno de la selva, acosado, encima, por los tábanos, polvorines y mosquitos. Se los trataba igual que a los bueyes de los cachapeses. Al buey, con los costillares hechos una lliga viva con los latigazos de los arreadores con punta de cuero de gato que retumbaban como tiros y que desde la culata del cachapé alcanzaban a la tercera yunta, y a ese heroico criollo que lo martirizaba, se les debe todavía la estatua en el Chaco argentino, que sin embargo tienen algunos que se enriquecieron sin mayor esfuerzo con su sudor y sufrimientos. Que Dios me oiga y no me deje morir



... nadie fue más sufrido que el peón correntino para darle al hacho sin resuello en ese infierno de la selva...

sin llegar a ver sobre la Ruta 11, al llegar a Calchaquí, la estatua del cachapesero y sus pobres bueyes.

Yo fui en 1908 y me destinaron al Km. 24 del ramal a Colmena.

El primer día de jugada, o reunión, como le decían, tuve siete peleas. Era el estreno que la gente acostumbraba a dar a los comisarios nuevos, cuando no se les ocurría toparlos directamente, que era lo más común.

Yo obré de otra forma. Les entraba al medio con el 44 en la mano, gritándoles que se pararan. Me les metía sin atorarme, moviendo el arma a derecha e izquierda, el ojo listo para sacarme con el caño de siete pulgadas alguna puñalada perdida. Tuve suerte y me les impuse de a poco. Nunca hay que demostrar miedo, ni pasarse al otro lado. Cuando se la trata con firmeza, pero con respeto y algo de paciencia, la gente entiende.

Aquel día, salvo algunos tajos, nada ocurrió. Pero yo pasé un mal momento, sin embargo. Se armó una discusión y cuando vi que iban a desenvainar, intervine. Hice encerrar a uno y me dispuse a prender al otro, un moreno de buena estampa. Oí que uno me soplabá:

—Tenga cuidau. Ese es Cambá Romero.

Ya había oído hablar de ese hombre temible, aun entre esa gente. Me le acerqué con prudencia y le pregunté:

—¿Tiene arma?

—Sí, tengo.

Peló un espadín y ahí nomás dio un salto atrás.

—Matemé, pero no m'entrego.

Anduvimos dando vueltas un rato largo. Yo, con el revólver listo queriéndolo reducir por las buenas. Y él, a no dejarte convencer.

El resto de la gente, más de cien tal vez, nos miraba. Pero no faltó un buen corneta. Se cortó del grupo ¿cuándo no? un correntino borracho, haciendo revolear una botella, tropezando en la faja colorada que se le había caído.

—¡No le deje llevar por preso a Cambá Romero! —tartajeó, animando a los demás, mientras se me venía.

Al oírlo, la gente comenzó a arremolinarse, cerrándose en media luna sobre mí. Juan Ramírez me cuidaba la espalda. Eramos los dos sólos. Claro que si había un toro en todo el norte, ese era Juan Ramírez.

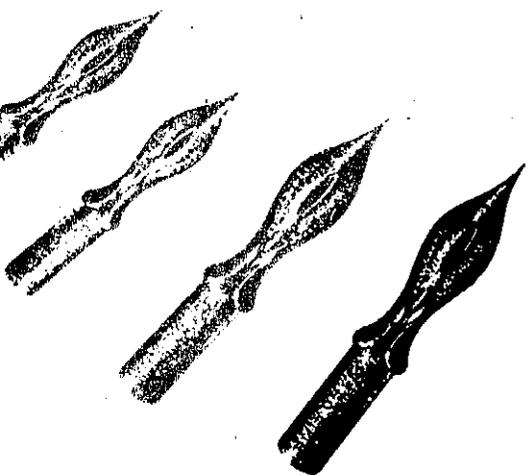
—¡Quédese tranquilo, que aquí no va a haber nada! —le advertí con energía al borracho, que se me venía arrastrando toda la gente. Mientras los encaraba con el revólver, Juan Ramírez entró a hablarlo a Cambá Romero, que porfiaba a pie firme.

—Metamén bala, si quieren; pero no m'entrego. Ya una vez les hice caso y me dejé agarrar. Cuando me tuvieron en la barra me rompieron los güesos a palos. Dos veces no me la hacen.

Lo convencimos al fin. Entregó el arma y lo detuvimos. Llegamos a ser grandes amigos con Cambá Romero. Con él y con Juan Ramírez, no digo a un pampa, como decía Fierro. A un malón se le podía hacer frente.

Todo esto lo contó en Helvecia don Ricardo, que fuera comisario en el Km. 24 de Colmena, allá por 1908.

ASI CONTARON LA HISTORIA



CASAMIENTO Y PRISION DEL Gral. PAZ



En esta sección se transcribirán, en cada número, fragmentos de las memorias o testimonios más interesantes de nuestro pasado.

No han sido pocos los que consideraron conveniente dejar anotadas para la posteridad sus impresiones y recuerdos de determinados episodios de su trayectoria. Las memorias, en general, reflejan un momento histórico y sus protagonistas, y también expresan la personalidad de su autor. Por ello consideramos de interés transcribir periódicamente algunos de esos testimonios.

"Así contaron la Historia" . . . se inicia con un fragmento de las "Memorias Póstumas" del general José María Paz: el que se refiere a su cautiverio en Santa Fe, después de haber sido tomado prisionero por las tropas federales de Estanislao López a causa de un afortunado tiro de boleadoras. Aunque las "Memorias Póstumas" de Paz han dejado de estar revestidas del respeto reverencial que en un principio las rodeó, siempre son una fuente veraz y significativa de una época, avalada por la personalidad de su autor, uno de los grandes estrategas de nuestra historia militar y cuya prosa no deja de tener el clásico encanto de su académica formación.

El fragmento que sigue detalla las peripecias del general Paz desde el momento en que cae prisionero, cerca de El Tío (Córdoba).

Desde ese punto se fue reuniendo gente que salía de la población a la escolta que marchaba tras de mí y del oficial que venía a mi lado; no se si de intento o por inadvertencia que avanzó éste a unos cuarenta pasos de la pequeña columna y dio lugar con esto a la escena que voy a describir.

Se había aumentado considerablemente el número de los que me seguían, mientras yo marchaba solo e imposible al frente, oyendo las mil preguntas que hacían a mis aprehensores sobre las circunstancias del hecho; las felicitaciones al que hizo el tiro de bolas que enredó mi caballo y otras mil cosas de este jaez. Progresivamente iba siendo más viva la algarabía a mis espaldas y más directas las alusiones chocantes que me dirigían; últimamente, un joven que había sido tambor del batallón 5º de cazadores y que se había pasado sin duda al ejército federal, empezó a insultarme del modo más tor-

pe. Para que fuese más conocida de mí la persona que me dirigía estos denuestos marchaba fuera de la columna, hacia la derecha y un poco más de la altura a que yo iba. Hablaba a gritos a mis aprehensores, increpándolos porque no me habían muerto, excitándolos a que lo hiciesen aún y acompañando sus interrelaciones con los dictados de "pícaro y malvado" que me prodigaba. Por primera y segunda vez lo miré con desprecio y nada le contesté; pero viendo que seguía y recomendaba sus propósitos, llame en voz alta al oficial que, como se ha dicho, se había ido adelante, sin duda para hacer la desecha, y en tono lo más solemne que pude le dije: "Señor Oficial, cumpla usted con sus órdenes; éstas le previenen que no permita que se me falte en estos términos; hágalos usted respetar; este hombre me insulta con desenfreno y usted debe impedirlo". A lo que el joven repuso: "¡Qué! ¡Todavía se atreve este pícaro a levantar la voz y hablar con ese garbo!" A lo que sólo contesté, dirigiéndome al oficial y diciéndole: "He aquí la prueba de lo que he dicho". Entonces el oficial le previno muy pacíficamente que se moderase, con lo que se calmó aparentemente la tempestad.

Es de saberse que el del tambor era un fatuo, conocido en todo su batallón como tal; jamás había recibido de mí ninguna clase de castigo ni tengo noticia que lo recibiese de ninguno de sus jefes; su fuga, pues, del ejército debió ser efecto de su misma insensatez. Las injurias que me prodigó eran inspiradas por un grave personaje que venía a su lado cuando las decía y que se inclinaba sobre él y le hablaba al oído siempre que quería que las repitiese. El tambor fue después agregado a la partida que me condujo a Santa Fe, sin que recordase después lo que había hecho ni aun se apercibiese que yo debía recordarlo: sus insultos fueron exclusivamente obra del personaje a que me he referido; era un viajero flaco, vestido de chaqueta y pantalón de buen paño azul que semejaba (si no era él) a un hermano, que había visto alguna vez en el Tío, del coronel don Nazario Sosa. La elección de la persona que debía dirigírmelos fue la más villana y torpe que podía hacerse; buscaron uno de mis subordinados para que me fuesen más sensibles: pero que no me engaño en su origen y creo que algo dije de esto, para que ni aún entonces les quedase duda.

Luego que el oficial arregló aquello a su modo y que salvó al menos las apariencias, ya no se oyeron voces desacompañadas como las anteriores, pero seguía un murmullo sordo a mi espalda, de que siempre percibía algunas ofensivas y aun amenazas; pero ni a esto ni a los repetidos actos de preparar tercerolas que practicaban para mortificarme, no di la más mínima señal de atención.

Entretanto, la comitiva crecía rápidamente en proporción que nos acercábamos al Cuartel General del señor López. A cada instante nos encontraban bandadas de soldados sin orden ni concierto, que pasaban a incorporarse con los que me seguían:

la algarazara crecía y mi situación iba a ser crítica con la venida de los indios que ya se anunciaba, cuando apareció un jefe a quien conocí que respetaban y que alguna me dijo ser el coronel don Pascual Echagüe; habiendo llegado hasta veinte pasos de mí, dio vuelta su caballo y siguió la misma dirección, de modo que vine a quedar detrás de él a alguna distancia. Así seguimos bastante espacio, hasta que un oficial vino a decirme que dicho jefe me llamaba, a cuya insinuación, haciendo trotar con mucho trabajo mi pobre caballo, logré colocarme junto a él.

Me trató con la mayor urbanidad y me insinuó que sentía verme tan mal parado. Es oportunidad de decir cuál era mi traje: un pantalón de brin, que era el que tenía puesto cuando caí prisionero, la camisa, y sobre ésta un ponchillo hecho hilachas que me había prestado uno de los soldados y con el que había pasado dos noches de helada, y una gorrita de munición en extremo vieja y sucia, y además cubierta de insectos que no dejaron de atormentarme, completaban mi atavío; el de mi caballo era un lomillo que era enteramente inservible, no tenía faldas ni coronas, con unas nudosas y toscas riendas; mi caballo era igual a su aderezo y todo completaba el conjunto grotesco que conmovió al señor Echagüe. A su urbana insinuación, recuerdo que le contesté que a mí me hacía menos impresión que a él, considerando que era entonces el mismo hombre que cuando estuviera lleno de bordados, plumas y galones, en lo que él convino con facilidad. Luego hablamos de cosas indiferentes, y con ocasión de haberse presentado los indios y lo que ahora referiré, le pregunté qué tales soldados eran para la pelea, y me contestó: *Que, acompañados por los cristianos, eran excelentes, sobre todo en la persecución, pero que solos no valían nada.*

Desde que empezaron a presentarse las primeras partidas de indios, no hacían éstas el mismo movimiento que los otros, es decir, no pasaban a nuestra retaguardia, sino que a cierta distancia de nuestro frente volvían los caballos con extraordinaria celeridad y seguían la misma dirección, haciendo mil y mil caracoles y cabriolas, ya lanzando los caballos de carrera, ya sujetándolos y haciéndolos volver sobre el cuarto trasero, para volver a emprender de nuevo la carrera, ostentando su consumada destreza; acompañaban estos extraordinarios movimientos con el grito mil veces repetido: *La Yapa la Paz, La Yapa la Paz*, en lo que yo creía ver y creo hasta ahora una amenaza o injuria, pero que el señor Echagüe, con su urbanidad acostumbrada, se empeñaba en traducir *el amigo Paz*, para darme a entender que, si no era un halago, era por lo menos una expresión de regocijo por mi venida y mi captura. En medio de esta confusión, un indio que se presentaba por primera vez cubierto todo su cuerpo con una piel de tigre, se lanzó a carrera tendida y estaba ya a dos pasos de mi dirección cuando el señor Echagüe se interpuso y lo obligó a tomar otra

ASI CONTARON LA HISTORIA



dirección, lo que hizo con la mayor destreza, dando un descomunal alarido. Es seguro que la décima parte de la fuerza de violencia del indio hubiera dado con el mío en tierra, tal era la debilidad y mal estado del que yo cabalgaba y que hubiera sido así a no ser la interposición del señor Echagüe, que fue acompañada de un dicho jocoso al insolente indio, porque, según entiendo, éste es el único medio que tienen estos jefes de manejarlos. En cuanto a mí, estaba en un grado de insensibilidad que, aunque lo notaba todo y todo lo veía, todo me era casi indiferente.

Mi comitiva se componía de más de quinientos hombres cuando llegamos al Cuartel General del señor López: éste sólo se diferenciaba del resto del campamento por un birlocho que estaba inmediato a un ranchillo, un poco más elevado que los de los demás del campo. A la puerta de él me bajé del caballo, y allí mismo me presentaron al expresado General, que me recibió con atención, invitándome a que ocupase una de las dos únicas sillas que había; rehusé tomar la mejor de ellas, porque tenía espalda, pero insistió y la acepté, quedando él con la sin respaldo. Se formaron en rededor nuestro y a corta distancia muchos círculos sucesivos de hombres, unos detrás de los otros, quedando los jefes en el más inmediato, luego los oficiales, en seguida la tropa que estaba desmontada, y la que estaba montada, en lo último, hasta verse muchos hombres de pie sobre sus caballos, porque de otro modo no hubieran podido alcanzar a ver lo que sucedía en el centro de tan compacta circunferencia.

El señor López me preguntó cómo me había ido, a lo que le dije, poco más o menos, lo siguiente: *Que de lo que había pasado no debía hacerse cuenta, pero que esperaba que, cualquiera que fuese la suerte que se me deparara, no se me insultase en lo sucesivo. No sé el sentido que dio a estas palabras mías, pero su contestación fue decirme que nada tenía que temer por mi suerte; a lo que repuse que veía claramente no haberme engañado al desear que me trajesen cuanto antes a su Cuartel General; y era efectivo que lo había deseado y solicitado, porque quería salir de las manos de los ministriles subalternos y librarme de sus impertinen-*

cias. En cuanto a su contestación, fue una positiva seguridad que me quiso dar en cuanto a mi vida; pero no sé por qué capricho no la he recordado ni a él ni a nadie durante el triste período de ocho años, en que tantas veces he creído amagados mis días del modo más inminente.

Luego se habló de las circunstancias de mi prisión, y satisface completamente a cuantos quisieron saber, pero sin dejar de observar los semblantes de todos los que me rodeaban, de los cuales, a los que no conocía me indicaron después quiénes eran; hablo en clase de jefes. Uno de éstos fue el coronel Ramos, en quien noté un aire seco y circunspecto; en el coronel Quevedo, una mira constante y pifiona, que nunca se desmintió; en el coronel García, un aspecto de burlona complacencia, que luchaba con un sentimiento más generoso, el que al fin triunfó; en Latorre, la moderada sonrisa que le era habitual; en Navarro, también coronel, una especie de franqueza que me indicaba no tener motivo alguno de resentimiento conmigo; de los cordobeses, como Bustos, Arredondo, Bulnes, me parecía que dudaban hasta qué punto debían odiarme, y que ni ellos mismos podían definir en estos momentos sus verdaderos sentimientos; mas luego percibí que los alarmaba la tal cual consideración que se me dispensaba, y sospecho que pondrían en juego su influencia en desventaja mía.

Después de este entretenimiento, que debo llamar público, porque era escuchado de todos, fui invitado a pasar al ranchillo del señor López, donde quedamos solos; se habían colocado algunos centinelas, para que nadie entrase ni se aproximase demasiado; pero, sin embargo, a alguna distancia, había gente apiñada, mucha gente, y yo que estaba colocado de modo que miraba necesariamente a la abertura que servía de puerta. Entre estos espectadores, estaba uno de facciones aindiadas y muy marcadas, mirar fuerte y aspecto siniestro; sospechoso que alguno lo hizo situar allí, para que me perturbase en el curso de la conferencia que iba a tener lugar. Hacía con dirección a mí las señas más violentas; me miraba de hito en hito; me amenazaba con furor, y concluía echando la mano al cuello, para indicarme que iba a ser degollado. Al principio ensayé no mirarlo, pero la posición que ocupaba me lo hacía indispensable; después lo miré con firmeza, más siempre continuaba en sus desmanes y visajes; últimamente procuré manifestarle desprecio, revistiéndome de impasibilidad, lo que hizo al fin cansarlo de tan inútil como miserable pantomima. Es de advertir que el General López no podía advertir lo que pasaba fuera, y que los que rodeaban al mudo personaje que he descrito, o hacían el papel de no verlo, o lo aplaudían silenciosa o socarronamente. No recuerdo que estuviese por allí ni jefe ni oficial conocido.

Quizá algún día me ocuparé de lo que se trató en esta conferencia, sin que se crea que tengo que hacer arandes revelaciones. Mi franco y delicado modo de pensar hizo luego ver al general López que

no podía sacar otra ventaja de mi prisión que el vacío que podía dejar mi ausencia del ejército; se limitó a decirme que podía escribir algunas cartas que llevaría un parlamentario, que se mandaría al efecto. Así lo hice, anunciando que el señor López estaba dispuesto a entenderse con los jefes que me habían reemplazado, y pidiendo alguna ropa, de que carecía. Se me pidió una recomendación para que se permitiese al oficial parlamentario pasar hasta Córdoba, y lo hice en términos tan generales que no agradó al señor Benítez, secretario de S. E., el que me dijo que estaba seguro que mi recomendación sería ineficaz, como lo fue efectivamente, pero tampoco podía ser de otro modo.

Se me sirvió en seguida un almuerzo frugal, y me invitaron a que descansase en el birlucho que ya he mencionado; dormí un par de horas y luego que me desperté recibí la visita de Latorre, que me trajo alguna friolera de ropa; lo mismo hizo el coronel García con una casaquilla vieja, pero que me puse inmediatamente, porque no tenía más; y Navarro, unos pantalones y camisa listada. Con este nuevo atavío bajé al birlucho; comí ya tarde con el señor Benítez, y supe por García que marchaba a esta ciudad (Buenos Aires), con la noticia de mi captura; se me ofreció y acepté su oferta, escribiendo a mi madre una carta que se publicó en los periódicos antes que la recibiese. Recuerdo que García tenía puestas las espuelas que me habían quitado, cuando mi captura, y me dijo que le habían costado mucho más de lo que valían, pero las había comprado por llevar una prenda mía.

Continuamos nuestra marcha, y habiendo pasado en canoas el paso de Santo Tomé, en el Salado, que estaba extraordinariamente crecido, llegamos a las 4 de la tarde a Santa Fe, sin que nadie nos esperase, porque, a mi solicitud, no se hizo anunciar con anticipación al oficial conductor; lo que me sustrajo a la impertinente curiosidad de la multitud.

Fui luego recibido por el ayudante Oroño, que regentaba en el edificio conocido por la Aduana, en el que está también la Casa de Gobierno y que sirve al mismo tiempo de cárcel, de cuartel, de depósito de indios e indias, de almacén, parque, proveeduría, etc., etc. Al rato de estar allí se presentó el gobernador delegado, don Pedro Larrachea, el cura doctor Amenábar y dos personas más, que no conocí al momento, pero que luego supe que una era don Domingo Cullen, que después ha representado y representa aún un papel tan extraordinario, y la otra don Juan Maciel, oficial primero de la secretaría. De la pieza que habitaba el ayudante Oroño pasamos a la Casa de Gobierno y de allí, ya entrada la noche, a la que me estaba destinada. Había en ella un cama, una mesita y tres o cuatro malas sillas. Al día siguiente trajeron otros muebles mejores que mandaba el señor Cullen, llevando lo que había, que eran del señor Larrachea.

Después que cené me cerraron la puerta por fin

ra, después de colocar centinelas, y me dejaron solo entregado a mis amargas reflexiones; no puede formarse idea justa de lo que sufría mi espíritu en aquella ocasión; cuando marchaba, cercado a cada instante, mudaba la escena por la variedad de personas, lugares y circunstancias; la misma diversidad de sensaciones, aunque desagradables, embota el alma y se hacen más llevaderas las penas; por otra parte, los padecimientos físicos, que son consiguientes en un camino destituido de todas comodidades, contribuyen también a distraer nuestra imaginación y un sufrimiento debilita el otro, pero cuando me vi finalmente consignado a una sala, una cama donde indefinidamente debía esperar la decisión de mi destino, y que éste se presentaba revestido de los tintes más siniestros, me acometía una intolerable congoja. ¡Qué mutación tan violenta la de mi estado! ¡Qué transición tan repentina: del poder a la dependencia más absoluta! Es preciso haber pasado por algo que se parezca a esto para apreciar debidamente los padecimientos de un hombre constituido en tan tristes circunstancias; pero esto no era sino la muestra de mis infortunios.

Ya se ha dicho antes que la Aduana de Santa Fe es un vasto edificio que servía a una multitud de usos y ahora es preciso agregar que el jefe a cuyo inmediato cargo corría era un oficial de guardia, guarda-almacén, carcelero, etc. Ocupaba este empleo el teniente Oroño al tiempo de mi arbitrio, y lo continuó por cerca de un año. No se movía de la Aduana sino los domingos, que ensillaba por la mañana su caballo para ir a misa. Era sumamente ignorante, pero de buen corazón y humano. Le merecí atención y buenos modos; le conservo reconocimiento. El año de 1834, cuando había vuelto a servir en su cuerpo de Dragones, fue muerto por los indios en una de sus incursiones.

Resuelto el problema por lo pronto sobre mi existencia, resolvió López, en sus consejos, sujetarme a una prisión rigurosa e ilimitada. La sala que habitaba tenía el desahago de una ventana al campichuelo que está delante de la Aduana; aunque alto, le daba vista y no estaba enteramente secuestrado de la perspectiva de seres humanos. Se acordó que me mudara de habitación y se empezaron a hacer los preparativos con reserva. Se me eligió un cuarto de muy poca luz, situado en un ángulo del edificio en el extremo del corredor, el cual estaba ya cerrado por una pared. Según el plan de Pancho Echagüe, éste debía prolongarse, de modo que mi habitación hubiera quedado con una completa oscuridad; si no se verificó fue, sin duda, al ayudante que le sucedió, que no quiso prestarse a esta crueldad inútil; sin embargo, se tapiaron algunas ventanas, se pusieron rejas a unas aberturas que daban luz a un cuarto inmediato, se restablecieron las cerraduras dobles, candados, etc., y el 28 de setiembre fui instalado en mi nueva habitación.

ASI CONTARON LA HISTORIA



Este es el edificio de la Aduana de Santa Fe, donde el general Paz estuvo recluso desde 1831 hasta 1835. Aquí contrajo matrimonio con su sobrina (Dibujo de Fortuny).

Sin que por el movimiento me llamase la atención, vi entrar al patio una negra vestida con aseo, la que parecía forastera, pues se hizo indicar con alguano al ayudante, al que se dirigió inmediatamente. Debí interesarle lo que la negra le dijo porque se separó un poco del grupo para contestarle, quizá avergonzado de que le hubiesen sorprendido en tan vil ocupación, y noté también que se fijaba en mí, y aun me señalaba; la negra entonces se dirigió al ángulo del edificio que yo ocupaba, y levantando la voz me dijo que mi madre acompañada de mi sobrina Margarita acababan de llegar; que ella (la negra Isabel, antigua criada de mi familia) las venía sirviendo y que se le había mandado a saludarme. Contesté convenientemente y me entregué a reflexiones innumerables.

Al anochecer se cerró mi calabozo como de costumbre y yo estaba acostado, cuando a las ocho se abrió la puerta, y el ayudante me anunció que mi madre había obtenido el permiso de verme y que iba a entrar; me vestí corriendo, y ya estaban en la puerta mi madre, Margarita, la criada, y el ayudante que debía presenciar la visita. La primera que se me presentó fue Margarita, que al abrazarme dejó escapar un gemido, pero se contuvo inmediatamente, porque le dije en tono decidido: nada de lloros, nada de lloros. Margarita me comprendió perfectamente y se esforzó en manifestar una firmeza que seguramente estaba lejos de su corazón; mi madre no necesitaba mi advertencia porque aquella señora, que no carecía por otra parte de sensibilidad, había perdido la facultad de llorar. Quería a sus hijos, era capaz de hacer cualquier sacrificio, como el que practicaba viniendo desde Buenos Aires, por acompañarme, pero no derramaba una lágrima; más bien, cuando una emoción dolorosa la dominaba, quedaba en un estado de estupor, parecido a la insensibilidad.

Pasado aquel primer momento, conversamos muy

tranquilos durante media hora hasta que se retiró mi familia, y mi puerta volvió a cerrarse. Así pasó esta escena sin dar el placer a López, Cullen y demás empleados de gobierno, que habían concurrido a la Aduana ansiosos de presenciar y oír una de llantos, lamentos y desesperación, como se lo habían prometido. Todos ellos atisbaban hasta los menores movimientos que pasaban en mi habitación, y hasta los soldados de guardia, según supe después, se había agrupado lo más cerca posible para no perder nada de la comedia. Todos quedaron chasqueados y del mismo modo que el populacho, a quien se le ha anunciado un espectáculo interesante, se retira mohíno y disgustado, cuando éste, por algún accidente, no ha podido verificarse, así, los empleados del gobierno y soldados de Santa Fe quedaron desabridos, porque no habían podido gozarse en las manifestaciones de dolor de una madre y de sus hijos. Al día siguiente me expresaban mis guardianes su extrañeza en términos tan candorosos que me hubieran hecho reír si yo hubiera sido capaz de entregarme a este sentimiento.

Mi madre estuvo con López después que salió de mi habitación y nada agradable o consolatorio le dijo. El gaucho hacía alarde de su incivilidad con las señoras, sin embargo que era uno de los hombres más disolutos que pueden darse, atendida su edad, su posición social y su estado; pero en lo común, eran de la última plebe, y más que todo, indias, los ídolos antes quienes quemaba sus incienso. Hasta en esto manifestaba la prevención que lo animaba contra lo que era civilizado. ¿Qué mucho era, que al sólo oír hablar con cultura, al ver a un hombre ilustrado, a la simple manifestación de una idea de progreso, se revelase su espíritu, y lo diese a conocer hasta en su semblante? Otro tanto y peor sucedía cuando llegaba a citársele una ley o un derecho. Hubo un sujeto de los presos de Córdoba que habiendo obtenido ya libertad, se atrevió en una conversación a usar el derecho de gentes, lo que, sabido por López, lo envió otra vez

al calabozo, de donde lo había sacado pocos días antes.

Continuaba la incertidumbre sobre el destino que me preparaban, pero en esa época hubo vislumbres de esperanzas que nos hicieron contar por seguro que se me permitiría salir del país, a condición y dando una fianza de no volver a él sino con consentimiento del Gobierno. Por otra parte, los trabajos sobre mi evasión iban tan adelantados que, aún cuando no obtuviese el permiso deseado, contaba con mi libertad por el otro medio.

En vista de estas esperanzas y aumentado progresivamente nuestro cariño con el trato diario, se pensó seriamente en ajustar nuestro enlace, y de acuerdo con mi madre, le hablé el 3 de agosto del 34 a Margarita, que no desechó mi proposición. Nuestro plan fue concebido en estos términos: Libre que yo fuese de la prisión, por cualquier medio, me dirigirla a la Banda Oriental, mientras mi madre y Margarita irían a Buenos Aires; allá mandaría un poder y, efectuada la ceremonia, iría Margarita a reunirse conmigo.

Era el 23 de febrero, cuya tarde la empleamos toda en poner en limpio los pedimentos y en escribir a mi hermana Rosario, que iba a ser mi suegra, y cuyo consentimiento ya teníamos, para que ella misma hiciese correr las diligencias. Al ponerse el sol, hora en que siempre mi madre y Margarita se retiraban, acabado de hacerlo, yo había quedado solo en mi prisión, cuando vino muy alborozado el ordenanza o asistente del ayudante Vélez, que era generalmente el que cerraba y abría mi calabozo, a comunicarme una gran noticia, por la que me pedía "albricias". Fácil es conjeturar que me apresuré a interrogarlo, creyendo algo favorable que me concerniese. Júzguese mi asombro cuando me dijo que Quiroga había sido asesinado en Córdoba, y que siendo mi enemigo debía yo celebrarlo. Este hombre hablaba con ansiedad y, por más que le dije que para mí no era un motivo de alegría, estoy seguro que no me creyó, dándome ocasión de admirar esos instintos salvajes que hacen de la venganza un inefable goce, y el candor con que me suponía animado de iguales sentimientos. En otra ocasión me había sucedido una cosa idéntica cuando otro, que no recuerdo, me anunció la muerte de aquel famoso Ceballos, que boleó mi caballo cuando fui hecho prisionero, y a quien fusilaron los Reinafé.

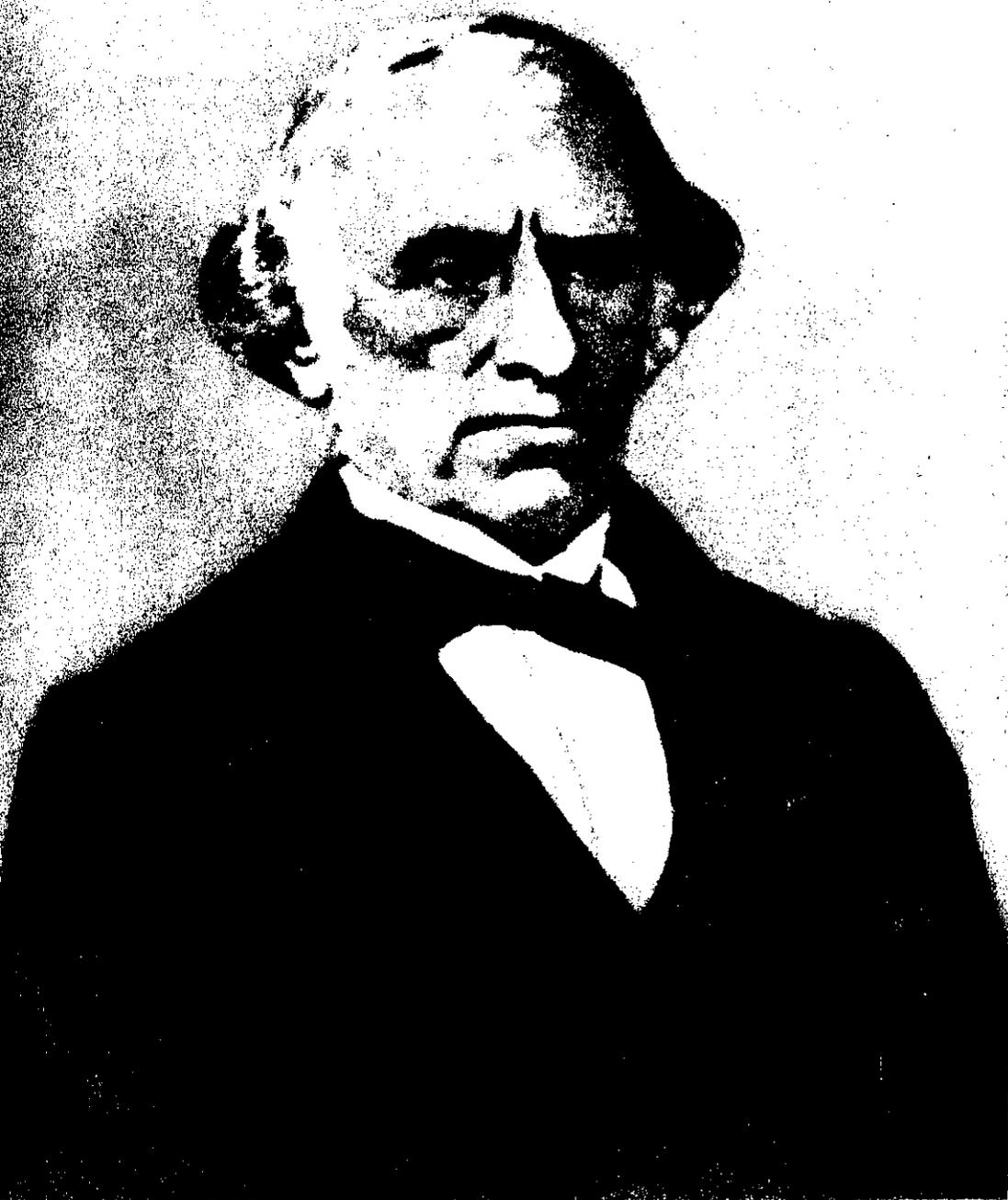
En Santa Fe fue universal el regocijo por este suceso y poco faltó para que se celebrase públicamente: Quiroga era el hombre a quien más tenía López, y de quien sabía que era enemigo declarado. No abrigó ningún género de duda que tuvo conocimiento anticipado y acaso participación en su muerte. Sus relaciones con los Reinafé eran íntimas. Francisco Reinafé había estado un mes antes, había habitado en su misma casa y empleado muchos días

en conferencias misteriosas. Otros muchos datos podrían aglomerarse, pero no es lugar de tratar este asunto.

Por marzo del 34 llegaron las dispensas del Obispo de Buenos Aires para mi casamiento y la autorización para que lo bendijese el doctor Cabrera. El dio los pasos necesarios y se le permitió verme. El Gobierno no puso embarazo alguno; mas hubo ciertos incidentes que si no envolvían otras miras, no tenían más objeto que el de mortificarme. Cuando todo parecía allanado y que se aproximaba su celebración, vino el ayudante a decirme que había antecedentes para temer una sublevación de algunos indios que se conservaban aún en la Aduana y que, como legado este caso, tanto peligraría yo como cualquiera de ellos, se hacía preciso tomar precauciones con respecto a mí. Una de ellas consistía en que al punto de las doce, hora en que se cerraban las oficinas y él se iba a su casa a comer y dormir su siesta, se cerrase la puerta, no de mi calabozo, sino la de la escalera que conducía al piso alto donde yo estaba. De este modo quedaba encerrado durante tres o cuatro horas al día, cosa que naturalmente debía ser muy incómoda a mi familia. Además, el peligro de una sublevación que pudiese haber, aunque fuese por corto tiempo y una señora en poder de los salvajes, debía llamar necesariamente nuestra atención. Felizmente, sin que yo insistiese de manera alguna, Margarita conoció la superchería y desprecie altamente tan miserable arbitrio. El casamiento se llevó adelante, y ellos, después de encerrarnos ocho o diez días, se cansaron en este sentido, que sería prolijo enumerar y que por eso los omito, pero no dejaré de decir que en todos ellos veía la mano del intrigante Cullen, cuyas miras, planes y deseos no puedo hasta ahora discernir bien.

En el día 31 de marzo de 1835, a las dos de la tarde, me casé con Margarita, dándonos las bendiciones el doctor Cabrera, y siendo padrinos su sobrino, don Manuel, y mi madre. Temiendo que algún estorbo repentino viniese a interponerse por las maniobras de Cullen, habíamos hecho entender que no se verificaría la ceremonia hasta después de algunos días, y hasta la hora que se eligió fue la de más soledad en la Aduana. Para llevar adelante este inocente engaño, mi madre y Margarita se retiraron esa tarde a las horas de costumbre y no fue sino al otro día que se supo en la Aduana que yo estaba casado. Sin embargo, Margarita se retiró como de costumbre, y no fue sino el 2 de abril que vino el buen ayudante Vélez a decirme muy maravillado que había ignorado la celebración del casamiento, pero que, estando hecho, podía mi esposa quedarse a vivir conmigo, como efectivamente sucedió desde entonces, quedando mi madre sola en su casa, lo que no era poca pena para todos.

"ABRAZARNOS COMO



Dalmacio Vélez
Sársfield:
"... Su nombre
legítimo, su
nombre de
honor es el
de Provincias
Unidas del
Rio de la Plata.

HERMANOS" ...

UN GRAN DEBATE PARLAMENTARIO ARGENTINO

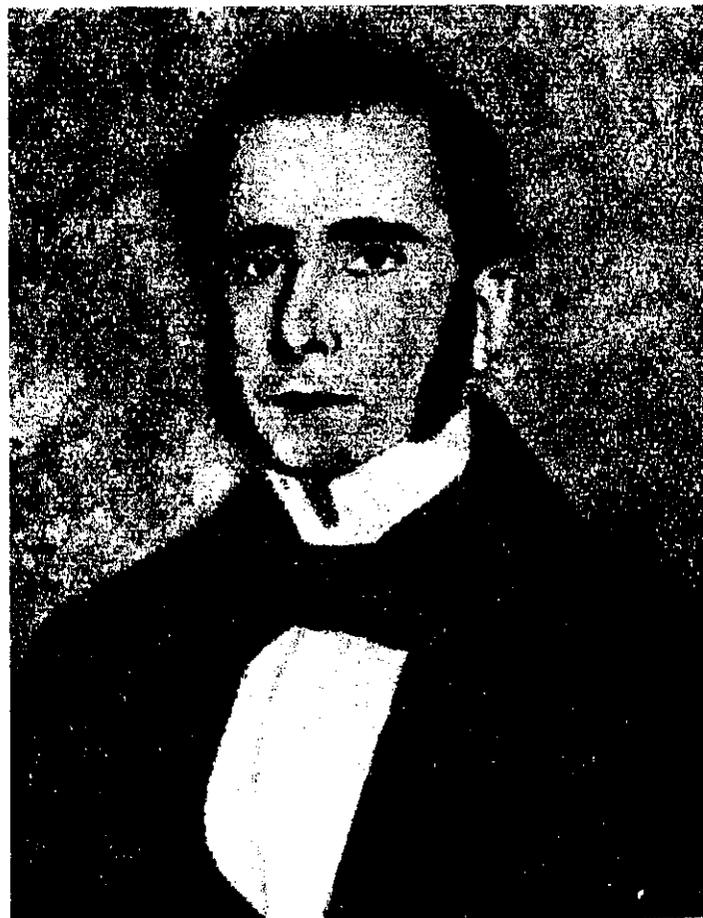
Por Jorge I. Galíndez

TODOS sabemos que la historia no se repite. Empero, en el devenir de los tiempos, los que amamos el pasado —por puro goce estético algunas veces; yendo, otras, en procura de sus sabias enseñanzas— sabemos también que en la vida de los pueblos, en determinados períodos de su historia, reconocense hechos de innegable semejanza.

De tal suerte, evocamos hoy uno de estos episodios históricos que, en su época, suscitaban acaloradas polémicas en la dilucidación de sus más importantes problemas sociales y políticos, y que aun hoy mismo, por urgencias de vigorosa nacionalidad, logran algunos cobrar relieves verdaderamente actuales y destacar siempre todos el pensamiento de acrisolado patriotismo de nuestros prohombres.

Demanda ahora nuestra atención el debate parlamentario del 11 de mayo de 1860, en la Convención del Estado de Buenos Aires, uno de los más importantes de la vida pública argentina, donde triunfa precisamente el sentimiento de la nacionalidad. Donde, repetimos, se entierran, por decirlo así, pasados conflictos de ideas e intereses y disensiones de partidos políticos a fin de unirse y mancomunar anhelos y esfuerzos por la paz y prosperidad futuras de la Patria.

Pero antes de trazar una síntesis de esta jornada recordativa, señalemos —desde luego que también a grandes rasgos— las ca-



José Mármol: "El sentimiento de Patria no se sentía sino en los campos de batalla, lejos de la madre común ..."

"ABRAZARNOS COMO HERMANOS"...

racterísticas de aquella época, que lo era bien triste, por cierto, para el país.

Se trataba por entonces de la reincorporación de Buenos Aires a la vida nacional, esto es, a la Confederación Argentina, y eso desató una vez más una lucha trágica y fratricida entre unitarios y federales. Al cabo transigió Buenos Aires en ingresar a la Confederación, pero exigiendo primero revisar la Carta Fundamental que habría de regir a la Nación: la Constitución del 53. A tales efectos se celebra la Convención del Estado del Buenos Aires, que abre sus sesiones el 6 de enero de 1860 y que luego de sancionar una serie de reformas cierra sus trabajos el 11 de mayo del mismo año con el presente debate, como quedó dicho.

Entre sus convencionales más conspicuos se encontraban Sarmiento, Vélez Sársfield, Luis Sáenz Peña, José Mármol, Adolfo Alsina, Francisco Javier Muñoz, Juan María Gutiérrez, Luis María Drago, Rufino de Elizalde... y la lista podría ser ampliada con otros muchos nombres, no menos ilustres.

Y ya es hora que nos ubiquemos en plena sesión, en momentos en que terminaba la polémica suscitada por Félix Frías —distinguido político y ferviente paladín de la fe católica—, al hacer por primera vez moción en las Asambleas argentinas sobre la orientación religiosa de la Nación.

El presidente acaba de agitar la campanilla imponiendo orden y silencio. Es entonces cuando:

VELEZ SANSFIELD: *Si se ha concluido la discusión, si no hay nuevas reformas, yo tengo que proponer una que es sobre el título de la República, pero solamente lo haré si no lleva más aditamento esta Constitución.*

PRESIDENTE: *Se han acabado las reformas.*

VELEZ SANSFIELD: *Señores: voy a proponer como lo anuncié en la primera sesión,*

una reforma externa a la Constitución Argentina. Su nombre legítimo, su nombre de honor, es el de Provincia Unidas del Río de la Plata.

Efectivamente, quien así se ha expresado es don Dalmacio Vélez Sársfield, dando el asunto principal del presente debate que enseguida se desarrollará con tanta vehemencia como elevado patriotismo.

Este ilustre político y jurisconsulto nació en Córdoba en 1798, y luego de una brillantísima carrera pública, cuya fama trascendió a América y Europa, murió en 1875. Con sus dotes superiores de talento y cultura, contribuyó poderosamente a la organización de la Nación: fue el autor del "Código Civil Argentino"; y asimismo colaboró con la confección del "Código de Comercio". Bajo el gobierno de Sarmiento desempeñó de manera sobresaliente el Ministerio del Interior.

Y es precisamente a Sarmiento a quien da en la presente sesión oportunidad para brindar una elocuentísima pieza oratoria en pro de la unidad nacional.

Pero no nos apartemos del debate. Prosigue, pues, en su discurso el doctor Vélez Sársfield, haciendo una relación de los nombres de Confederación Argentina y el de Provincias Unidas del Río de la Plata, abogando porque este último sea el nombre futuro de la República. Se funda para ello argumentando que ése se lo había dado la Primera Asamblea Nacional de 1812, y bajo de él se hizo la declaración de la Independencia de 1816; además, insiste, equivocáramos las ideas del mundo sobre nuestra política, llamándose Confederación Argentina. Y después de analizar la época rosista, formulándole cargos, entre ellos el de la sustitución de ese nombre muy ilustre de Provincias Unidas del Río de la Plata, concluye:

VELEZ SANSFIELD: *Al restituir las cosas a su antiguo estado, restituyamos los nombres que les corresponden y por el cual obtuvimos la atención del mundo. Tomemos, pues, nuestro nombre propio: Provincias Unidas del Río de la Plata en el momento solemne en que se van a unir y formar una sola nación. He dicho.*

Aplausos, "bravos", "muy bien", rubricaron su discurso, y, sobre todas, se levantó la voz estremecida de

MARMOL: *Me permitirá el orador que deja la palabra agregar algunas sobre el tratado a que ha hecho referencia: el del 4 de*



Domingo Faustino Sarmiento: "Pongo las palabras de Provincias Unidas del Río de la Plata para reunirme a los que fueron mis enemigos..."

enero de 1831. Y así, país, puede decirse con toda la solemne verdad de nuestra historia, que en nuestro país no ha habido jamás nación, sino provincias. El hermoso nombre de argentinos ha sido sustituido humildemente con el de porteños, cordobeses, santafecinos, etc. El sentimiento de la patria no se sentía sino en los campos de batalla, lejos de la madre común, cuando nuestro ejército peleaba por la independencia de todo el mundo.

Inmediatamente la barra reconoció al orador como al poeta José Mármol, y así alguien comentó que muy fuerte debió ser ese sentimiento de la patria lejana en el antiguo proscrito de la tiranía...

MARMOL: Pero en el límite argentino, aquel hermoso sentimiento se refundía en el estrecho espacio del amor provincial; y jamás los argentinos hemos marchado de un punto a otro de la República a encontrarnos con los brazos abiertos como hermanos sino con los brazos armados como enemigos.

Si el libro de Sesiones de la época, que hemos consultado, no nos dice que al autor de "Cantos del Peregrino", de la romántica "Amalia", una profunda emoción le embargaba la voz, cábenos suponer que sí.

MARMOL: Así hemos asesinado la idea y el sentimiento de la patria; y todo esto, señores, no por inspiración del espíritu popular, sino por los celos y la ambición de los gobiernos.

Hubo aplausos, y voces levantadas, hasta que el presidente ordenó: "¡Silencio en la barra!"

MARMOL: En su naturaleza, en sus tendencias, ¿qué nos enseña la espantosa guerra en que ha ardidado la República por tantos años? ¿Qué ha sido sino la lucha de los pueblos contra sus opresores, buscando la paz de las instituciones, la paz que da la libertad, que da el derecho, la grandeza y la felicidad que da el amor? Es recién hoy, y es porque los pueblos pueden alzar su voz, que marchamos a esas hermosas conquistas, y en entre ellas, a la unión bajo el sistema federal; y permitidme, señores, verter aquí la expresión ingenua y profunda de mis convicciones. Yo no soy federal. No creo que los resultados de este sistema correspondan a las esperanzas que en él se fundan. Pero, en nombre de mi época, y consagrado a la vida pública, yo debo acompañar a mi país y correr hasta la suerte de sus propios errores. La opinión pública en favor de ese sistema es un hecho de fuerza entre nosotros, y yo lo acepto como

"ABRAZARNOS COMO HERMANOS"...

un hecho, y lo respeto como una expresión del voto público.

(Aplausos, etc.).

La barra comentó esas frases y esa actitud como un admirable ejemplo para los hombres de entonces y del futuro; y el condigno deber de acompañar siempre a la patria, relegando a un segundo término los propios intereses y convicciones.

Con voz tonante tomó la palabra Domingo Faustino Sarmiento. Y desde ya, que levantó juicios dispares en la concurrencia: que es un hombre excepcional... que entablará, como de costumbre, nueva polémica... que es rudo e incomprendido... pero, también, que su único y elevado afán es el de servir y engrandecer a su país...

"No agregaré sino unas pocas palabras a las hermosísimas que ha escuchado la Convención, como para poner fin a este largo debate resumiéndolo en un pensamiento sintético. Tomado así como bandera de conciliación y de paz, el nombre ilustre de Provincias Unidas sería un bálsamo para las pasiones que dividen la República Argentina. Una de las cosas más hábiles que pudiera hacer el genio de los hombres, sería transformar el campo de lucha de los partidos, cambiando la cuestión por medio de las palabras nobles. ¿Por qué no ha de quedar escrito al frente de la Constitución, como un monumento imperecedero, el acto de Buenos Aires sacrificándolo todo en aras de la unión de los argentinos? Pero, para que esta esponja, diré así, que va a borrar todos los pecados del pueblo, y abrir una nueva era con un nombre glorioso y significativo, pueda obrar sobre todos los espíritus en las actuales circunstancias y reunir todos los ánimos en un centro común y hasta olvidar las disensiones de los partidos, poniendo fuera de camino todos los hechos aciagos y los recuerdos que puedan estorbar nuestra época de progreso y unión, sería preciso que Buenos Aires pu-



Félix Frías: secretario del general Lavalle, ministro en Chile, católico militante, hombre cabal siempre.



Rufino de Elizalde: ministro de Relaciones Exteriores de Mitre y candidato a la Presidencia de la Nación en 1868.

diera elevar un grito unanime, universal, diciendo a todas sus hermanas: pongo las palabras de Provincias Unidas del Río de La Plata al frente de la Constitución, para reunirme a los que fueron mis enemigos, olvidar nuestras antiguas disensiones y abrazarnos como hermanos que vuelven a verse después de largos años de separación.

(Aplausos, voces de aprobación, etc.).

UNO DE LA BARRA: —¿No lo decía? Ved, pues, cuál es su afán, su patriótico afán: ¡que confraternicemos todos los argentinos!

Otro: —¡Sí! ¡Que olvidemos nuestras disensiones de partidos, nuestros conflictos de ideas e intereses!

Otro: —¡Que nuestras aspiraciones sean comunes para el futuro!

SARMIENTO: *Pero para hacer efectivo este clamor es preciso que la Convención lo diga: que aquella palabra mágica sea un vínculo de unión entre las diversas opiniones que hayan podido olvidarla, y que se levanten todos con nosotros diciendo: Queremos ser las Provincias Unidas del Río de la Plata a fin de que no haya motivo de desunión en lo sucesivo.* (Aplausos, etc.).

UNO DE LA BARRA: —¡Eso! ¡Eso es lo que debemos hacer: unirnos y mancomunar nuestros anhelos y esfuerzos en el bienestar y prosperidad de la Patria!

Otro: —¡Que tengamos conciencia que somos una sociedad indestructible!

SARMIENTO: *Hemos principiado este debate tan difícil en los términos más acres y con el corazón cargado de hiel, pero el debate con la razón, con la verdad, produce siempre los mismos resultados que ha producido aquí. Todas las pasiones hostiles han desaparecido. Todos hemos concluido por hacernos justicia. ¡Que se levanten, pues, y que exclamen, pues, con nosotros: queremos unirnos, queremos volver a ser las Provincias Unidas del Río de la Plata!*

Hubo verdaderamente gritos: ¡Viva las Provincias Unidas del Río de la Plata! ¡Viva la Convención de Buenos Aires! ¡Viva Sarmiento! Así, de esta manera, poniéndose la Convención de pie en masa; las tribunas de la barra conmovidas y sofocadas por el inmenso concurso; el presidente y los secretarios, levantándose de sus asientos, y todos los convencionales dándose las manos y prorumpiendo en vítores; así, y todo en medio de inmensa emoción, termina este célebre debate, diríamos de manera casi apoteótica.



Juan María Gutiérrez: formado al lado de Esteban Echeverría, su ideal fue la fusión de partidos postulada por la Generación del 37



Adolfo Alsina: el caudillo porteño, el tribuno exaltado que supo deponer los orgullos autonomistas de Buenos Aires en aras de la unión nacional. Luis María Drago: su nombre se inmortalizó con la doctrina que defendía la soberanía americana frente a las agresiones de las potencias europeas.

EL LADO FLACO DE FELIPE VARELA

Ya se sabe, "todos tenemos nuestro lado flaco". Ningún ser humano está exento de debilidades. En algunos, el punto débil tiene nombre de mujer o color de vino o expectativa de juego... El lado flaco del coronel Felipe Varela, el célebre caudillo catamarqueño que protagonizó la batalla del Pozo de Vargas —cuyo centenario acaba de recordarse—, fue, indudablemente, su propia imagen...

Es evidente que ello fue así si tenemos en cuenta la cantidad de fotografías que existen del jefe que enfrentó a Manuel Taboada en las cercanías de La Rioja. Son bien conocidas las fotografías de Felipe Varela —tocado con un blanco panamá, chalina al cuello, uniforme claro y altas botas— con sus compañeros de insurrección, obtenidas en San Juan en enero de 1867. En una está de pie, acompañado por el coronel Juan de Dios Videla; en la otra está sentado, rodeado de montoneros de heterogéneo aspecto.

Pero hay además una fotografía menos conocida: Varela y el doctor Carlos Juan Rodríguez —dirigente de la revolución federal de 1867— están vestidos de levita, con sendas galeras en la mano, de pie, con un aire muy ciudadano. Esta foto se publicó por primera vez en el libro "Los Caudillos", de Félix Luna.

Y se conocen dos fotos más: una fue obtenida en Copiapó, un año antes de su muerte (acaecida en 1870), en la que el caudillo aparece vestido de chaqueta civil, chalina y panamá. Se lo ve delgado y decaído: probablemente la tuberculosis ya estaba haciendo estragos en su organismo.

La fotografía que publicamos en la página contigua es totalmente desconocida. Varela se la hizo sacar en Chile entre 1865 y 1867. Como se advierte, viste un elegante frac cubierto por un paletó de la época. Usa patillas "a la unitaria" y en su mirada, viva y dura, se percibe la vigorosa personalidad de quien fuera uno de los personajes más discutidos de la época, vilipendiado por unos como un simple bandolero y exaltado por otros como un héroe de la causa federal y americana.

Héroe o bandido, su carnadura humana nos resulta más perceptible con esta nutrida iconografía —que no está completa en la breve relación que hacemos— que expresa cierta vanidad de buen mozo cuya imagen gusta difundir...



FRANCIA

la más
bella
campana
de
napoleón





DE ELBA A PARIS, EN BRAZOS DEL PUEBLO

por JEAN-MARIE ROSTENDE

Viniendo de Niza hacia Cannes, por el camino que bordea esa costa llamada con justicia "Costa Azul", se llega a una pequeña bahía que generalmente está poblada de yates y lujosas embarcaciones de paseo. Es Golfo Juan, una de las villas de veraneo del sur de Francia, enclavada entre las últimas estribaciones de los Alpes de Saboya y el mar Mediterráneo. Cuando los turistas de verano abandonan la Costa Azul, también Golfo Juan queda despoblado: vuelve a ser un pequeño pueblo de casitas de pescadores y chalets para la estación. Pero en 1815, Golfo Juan no era ni siquiera esto: era.

la más bella campana de napoleón

simplemente, una playa desierta, bordeada con un breve bosque de olivos. Y, por supuesto, tampoco en 1815 existía el monolito que se alza hoy frente al pequeño puerto y que recuerda a quien quiera leer su inscripción que fue allí donde, el 1º de marzo de 1815, el emperador Napoleón desembarcó de su viaje desde la isla de Elba, para iniciar la más bella campaña de su vida...

Porque fue ésta, sin duda, su empresa militar más hermosa: la que habría de llevarlo, en un par de semanas, desde el destierro hasta las Tullerías, de la condición de reyezuelo de un islote del Mediterráneo a su recuperada índole imperial. Todo ello en una excursión militar hecha a fuerza de coraje, sin disparar un tiro, en brazos de su pueblo, derrumbando con su sola presencia y la fuerza de su prestigio el aparato militar de los Borbones.

Vale la pena recordar esta historia...

"A CASA..."

Después de su desastrosa campaña en Rusia y de los desastres de su ejército en España, Napoleón, cercado por sus adversarios, se dispone a negociar su abdicación. Todo parece perdido para quien fuera, hasta un año antes, el árbitro del mundo. Ahora lo estrechan las armas de Gran Bretaña, Austria, Prusia y Rusia. Los franceses están hartos de guerra y los propios generales de Napoleón desean persuadir al emperador que es necesario abdicar. En Fontainebleau, el 6 de abril de 1814, Napoleón renuncia a la corona imperial y acepta recluirse en la isla de Elba —frente a las costas de Italia— donde se le permitirá tener a sus órdenes a un millar de soldados.

Pero a fines del año 14 Napoleón está harto de ese minúsculo reino. No ignora que se están

tramando conjuras para asesinarlo, alentadas por Borbones, que no pueden permanecer tranquilos en París mientras "el usurpador" esté tan cerca de Francia. Sabe también que en el Congreso de Viena Talleyrand proyecta hacerlo raptar de Elba para recluirlo en algún lugar más seguro. Y, lo que es aun más grave, Luis XVIII no le gira los 2.000.000 de francos que debe pagarle por año, según lo convenido. Napoleón sabe que sus soldados lo adoran: pero que si no puede pagarles su salario deberán abandonar Elba, dejándolo indefenso ante sus enemigos. Para colmo de mezquindad, su amada María Luísa no ha venido a reunirse con él y casi ni le escribe. (Napoleón cree o finge creer que la indiferencia de su esposa se debe a sus enemigos pero lo cierto es que la princesa austriaca no tiene ningún interés en reanudar su vida conyugal con Napoleón).

En febrero de 1815 Napoleón se decide. Volverá a Francia. Volverá a ocupar el trono ¿Cómo? Simplemente, desembarcando allá y marchando sobre París. Cuenta con sus 1000 fieles y sabe —lo que es mucho más importante— que el pueblo francés está harto de estos restaurados Borbones y de aquellos exiliados "que nada han aprendido y nada han olvidado". Los franceses añoran los tiempos gloriosos de Napoleón. Un año ha bastado para que su regreso sea soñado por muchos hombres y mujeres que bajo sus águilas vivieron tiempos de exaltada gloria. ¿Qué esperar, entonces?

El 26 de febrero a la tarde, "los de Elba" se embarcan en Porto-Ferrario en siete barquichuelos. Las naves transportan a los 1000 soldados de la guardia imperial, los miembros de la corte del Emperador y un regular bagaje de papeles, cajones conteniendo dinero y algunos cañones. En el brick "Inconstant" viajan Napoleón —con su clásico capote verde y la escarapela tricolor cosida en el sombrero— y unos 500 soldados. Cuando el Emperador aparece en el puente del "Inconstant", un rugido de alegría se alza sobre las naves. "¡Viva el Emperador!" se oye bajo las anchas velas y el barullo es tan grande que resulta imposible a Napoleón dirigir la palabra a sus fieles. La ocasión es heroica y también es heroico el tono del momento: Napoleón empieza en ese instante los días más brillantes de su trayectoria.

Dos días dura la navegación: el punto de cita es Golfo Juan y cada nave deberá llegar allí en forma separada, para evitar que la operación sea descubierta. En dos oportunidades la nave de Napoleón se cruza con buques, pero el "Inconstant" pasa inadvertido. Y el 1º de marzo al alba aparecen en el horizonte las costas de Niza y el cabo de Antibes; pocos después, las velas de los restantes buques. Ya frente a Golfo Juan, Napoleón ordena arriar la bandera de Elba que hasta entonces llevaba su buque. En su lugar sube, airosa y colorida, la bandera roja, blanca y azul

de la Francia revolucionaria... Una aclamación fragorosa resuena frente a las playas desiertas de Golfo Juan: Napoleón está por echar pie a tierra.

Primero hace desembarcar a un destacamento de veinte granaderos para que se aproxime a la batería de Antibes (donde hoy está instalado el Museo Picasso) y reduzca a sus defensores. Y a la una de la tarde comienza el desembarco general. Muchos soldados se lanzan al agua sin esperar los botes que deben transportarlos. Algunos besan la tierra francesa, de la que estaban ausentes desde hacía diez meses. Napoleón, sereno, alegre, haciendo bromas a sus veteranos, baja también a las cuatro de la tarde. Caía la noche cuando los últimos soldados, los últimos cajones de impedimento eran desembarcados. En un olivar que se alza a unos 500 metros de la costa se improvisa el vivac, por cuyas tiendas y fogatas pasea Napoleón largo rato, feliz de reconocer el viejo espíritu de Marengo y Austerlitz.

Momentos antes ha llamado a Cambronne.

—Os confío la vanguardia de mi más bella campaña —le dice—. No debéis disparar un tiro; quiero rescatar mi corona sin derramar una gota de sangre...

Esa noche no es noche de dormir. La excitación reina en el pequeño ejército de aventureros. Ya se ha enterado Napoleón que el destacamento enviado a Antibes ha sido forzado a rendirse: el minúsculo contraste no empaña su optimismo.

—El mejor modo de remediar este inconveniente es caminar hacia París más ligero que la noticia de mi llegada —comenta el emperador.

Y antes de medianoche da la orden de levantar el vivac y marchar sobre Cannes. Allí ha llegado horas antes Cambronne con la vanguardia. Nadie cree que son soldados de Napoleón: la pacífica población supone que han desembarcado piratas argelinos. Se cierran puertas y ventanas y una atmósfera de fría desconfianza los recibe. Es entonces cuando un viajero se cruza con el emperador: se trata del príncipe de Mónaco —el tatarabuelo del actual príncipe Rainiero—, a quien Napoleón conoce por haber sido caballero de su primera mujer, Josefina. Ambos cambian breves palabras. El de Mónaco no sale de su asombro por esta aparición increíble.

—¿No queréis venir conmigo, príncipe?

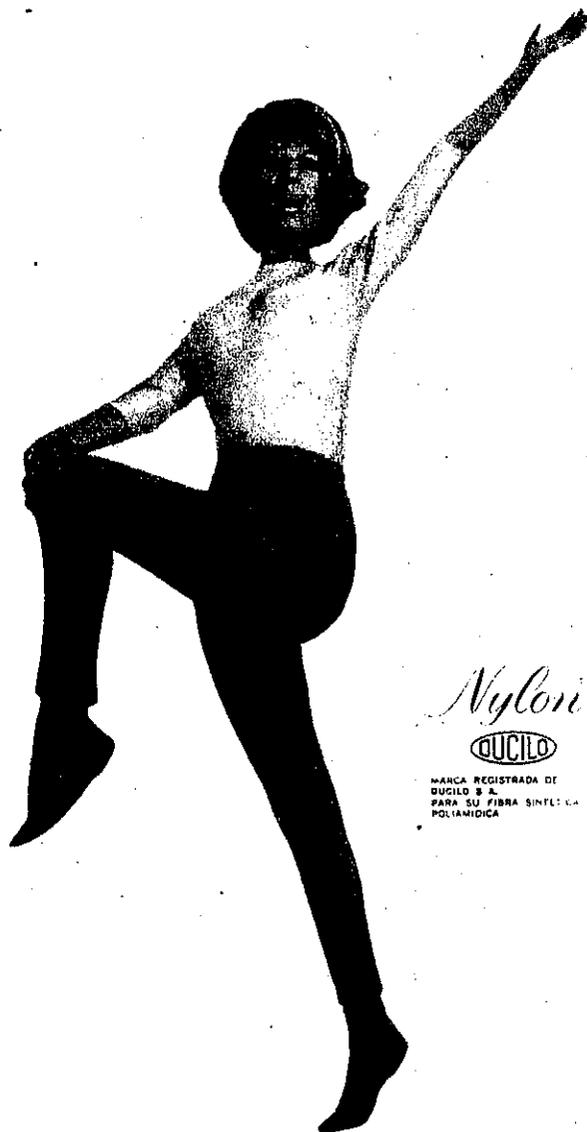
—Sire, yo voy a mi casa...

—Y yo —dice Napoleón estallando en una gran carcajada— ¡también voy a mi casa!

POR LA RUTA NAPOLEON

"Ir hacia París más ligero que la noticia de mi llegada". Como siempre, Napoleón ha determinado correctamente su táctica. La sorpresa será el factor fundamental de su éxito. Sin llegar al centro de Cannes, el pequeño ejército hace un rodeo y enfila hacia la montaña. Cambronne,

ELASSSSTICO!



Nylon
OLCULO

MARCA REGISTRADA DE
DUCILO S. A.
PARA SU FIBRA SINTÉTICA
POLIAMÍDICA

Esto es... **FadeFAST**

El pantalón elástico; a lo ancho... y a lo largo!

Provocativamente elegante, ágil, de espléndidos colores, fácil de lavar. Viste de gracia todos sus movimientos.

Fadefast: todo lo que usted espera de un pantalón

Realizado en tejido de punto por Helanca, S.A.



BAJO CONTROL DE CALIDAD DE
HELANCA ARGENTINA

Helanca

MARCA REGISTRADA DE HEBERLEIN & CO. A. S. SUIZA

la más bella campana de napoleón

siempre adelante, está encargado de llegar a Grasse —un pueblito que domina el camino hacia Cannes— para buscar raciones y alojamiento para los hombres. El alcalde de Grasse no quiere dar crédito a Cambronne cuando éste le anuncia que Napoleón viene atrás con un millar de hombres; la noticia trasciende en el pueblo y se produce el mismo retraimiento ocurrido en Cannes. Cuando Napoleón se entera de esto prefiere no entrar: hace acampar a su gente en el llano de Roccavignon —hoy llamado llano de Napoleón— y duerme a pierna suelta sobre unas bolsas de trigo, mientras los soldados se restauran con algunos barriles de vino. A la mañana siguiente —3 de marzo— el emperador come con buen apetito un pollo. Y por primera vez, mientras se desayuna, se escuchan vivas a Napoleón dichos por campesinos y gente de pueblo: son muy pocos pero han venido para ofrecer vino a los soldados y flores a Napoleón.

El plan de Napoleón es llegar lo más rápidamente posible a Grenoble. Tiene sus razones. Pero para tomar la ruta a Grenoble hay que llegar a Digne y no hay caminos entre Grasse y Digne. Es menester andar por senderos de cabras y atravesar alturas regulares. Además, todavía se está en pleno invierno: la nieve y el barro dificultan la marcha. Napoleón ordena marchar a toda costa, abandonando los cuatro cañoncitos que traía hasta entonces la columna. Ese día la marcha se hace penosa. Los jinetes desmontan y caminan con las monturas en las espaldas. Napoleón también camina a gentil compás de pies, empapado hasta las rodillas pero siempre de buen ánimo.

Esa jornada les significa a los aventureros un salto de cuarenta kilómetros. Cuando a la noche llegan a Seranon, a 1400 metros de altura, están todos exhaustos pero satisfechos. Temblando de

frío, Napoleón se aloja en la casa del alcalde —que no está— y después de sacarse con gran trabajo las mojadas botas, se echa a dormir frente al fuego de la chimenea.

Al otro día, otros cuarenta kilómetros, tan penosos como los anteriores, hasta alcanzar Bareme. En mitad de la jornada han hecho un breve alto en Castellanne, donde todavía se conserva la casa donde Napoleón reposó unos instantes antes de proseguir la marcha. Ahora, cada población que atraviesa Napoleón ofrece un espectáculo muy distinto al de los primeros días: el pueblo se arremolina para ver al emperador, lo aclama, le ofrece flores y alimentos. El 5 de marzo Napoleón llega a Sisteron: está a dos o tres jornadas de Grenoble. El alcalde de Sisteron recibe al emperador luciendo una gran flor de lis en la solapa. Pero Napoleón no da importancia a la insignia borbónica.

—Quitaos eso mientras yo esté aquí —le dice— porque mis soldados podrían insultaros...

Habla con todos. Pregunta la impresión que causará su regreso entre el pueblo. Un funcionario le declara francamente que el pueblo acogerá con entusiasmo su retorno pero que no dejará de temer las levas de soldados con que el emperador alimentó durante años las exigencias de sus campañas militares.

—Reconozco que he hecho algunas tonterías —manifiesta el emperador sin ambages— pero yo repararé todo eso. Mi pueblo será feliz.

Esa noche, Napoleón duerme en el castillo de Malijai. Decir "dormir" es, en realidad, solo una palabra: la inquietud lo tiene sobre ascuas pese a su aspecto optimista. No hay noticias de Cambronne, que debe estar marchando sobre Gap, la población más importante antes de Grenoble. Y es aquí, en Grenoble, donde se cifra el destino del Aguila. Aquí lo espera una guarnición importante cuyo jefe es un fanático realista. En Grenoble será la prueba de fuego de esta marcha que ha sido hasta ahora una excursión campesitre. Pero también en Grenoble...

(INTERVALO PARA UNA CONSPIRACION)

A principios de febrero —casi un mes antes del desembarco de Napoleón en Golfo Juan— un habitante de Grenoble llamado Du Moulin recibió una carta de Porto Ferrajo. El mensaje agradecía las indicaciones que Du Moulin había transmitido en una carta anterior y declaraba que se aguardaba una ocasión favorable, que dependía de la llegada del señor L. B. a su puesto. La carta no tenía firma. Los espías de Luis XVIII interceptaron la misiva —como se hacía con casi todas las que venían de Elba— y la pasaron al jefe de policía. Este la archivó... Lo mismo ocurrió con otra carta fechada en Elba el 23 de febrero, que aludía a los socorros que se esperaba hallar en Grenoble. También fue archivada.

¿L. B.? Justamente el coronel La Bedoyère se

hacia cargo, en esos días, de su puesto militar en Chambéry, a cincuenta kilómetros de Grenoble, como comandante del 7º regimiento de línea. He aquí la explicación del apuro de Napoleón en llegar a Grenoble. He aquí la clave de su decisión de abandonar el camino real y alcanzar Digne por senderos de montaña, abandonando equipajes y cañones, llevando en hombros la impedimenta y marchando él mismo a pie —hubo de abandonarse la berlina requisada en las cercanías de Golfo Juan— para ganar tiempo y llegar a Grenoble. Pues aquí, la presencia del coronel La Bredoyère era, en alguna medida, cierta garantía de seguridad. Aunque, naturalmente, con o sin ese misterioso amigo de Napoleón, si el gobierno de Luis XVIII tomaba un mínimo de medidas militares, ese millar de vagabundos agotados, mal dormidos y temblorosos de frío que más parecían gitanos que soldados, serían aplastados de un solo y desdeñoso golpe. Pero aquí hay que hacer otro intervalo para otro increíble episodio.

(INTERVALO PARA UNA VACILACION)

El general Massena había servido a las órdenes de Napoleón desde sus primeras campañas. Ello no le había impedido servir ahora a los Borbones —al igual que Ney, Soult y otros jefes que debían todo al emperador— desde su puesto de jefe de la guarnición de Marsella. Cuando Massena se entera del desembarco de Napoleón lanza tras la columna imperial un destacamento, que no llega a alcanzarla debido a la endiablada velocidad que el desterrado imprime a sus marchas. Pero Massena hace otra cosa más útil: envía un mensajero a Lyon con órdenes de expedir por telégrafo —que por entonces solo llegaba a Lyon— un mensaje al Secretario de Estado haciéndole saber la novedad.

Hacia cinco días que Napoleón se encontraba en tierra francesa —en ese momento estaba en Sisteron, almorzando en una posada— cuando Vitrolles, secretario de Estado de Luis XVIII, recibe el increíble despacho telegráfico. ¡Bonaparte en Francia! Va volando a las Tullerías, pide hablar con el Rey. Cuando es llevado a su presencia, le tiende el despacho. Luis XVIII lo abre, lo lee y se limita a decir:

—Se trata de ese Bonaparte... Ha desembarcado en la Provenza. Llevad esto al ministro de Guerra. El dirá lo que hay que hacer.

Nueva carrera de Vitrolles, esta vez para buscar al mariscal Soult, también un antiguo "napoleónico". Soult está paseando por la rue Saint Dominique; el Secretario de Estado hace detener su carruaje, le muestra el despacho. El ministro de Guerra muestra menos estolidez que su real señor: su rostro refleja incredulidad y sorpresa. Una hora más tarde manda un despacho telegráfico a Lyon, ordenando que algunas baterías de

Grenoble refuercen aquel punto. Eso es todo. Ninguna otra medida. Indudablemente, el gobierno borbónico cree sinceramente que el regreso de Napoleón es una aventura de locos que será fácilmente reprimida. El diario oficial dirá al día siguiente: "Un acto de demencia que será ajusticiado por unos pocos guardias civiles".

Pero Vitrolles no las tiene todas consigo. Después de dejar a Soult corre a buscar al hermano del Rey, el conde de Artois. El futuro Carlos X es un hombre distinto a su hermano: él puede asumir la gravedad de la situación. Para Vitrolles, Napoleón avanzando por territorio francés es una bomba que hará saltar a los Borbones. Pero Vitrolles debe aguardar un buen rato para ver al conde de Artois: "Monsieur" está orando. Cuando sale de la capilla y hace venir a Vitrolles, el conde de Artois finge no conocer la noticia y le resta importancia. Durante un buen rato Vitrolles argumenta, suplica, demuestra la gravedad del momento. El conde se limita a caminar por su despacho, en silencio. Finalmente y como a desgano, balbucea:

—¡Bien! Supongo que tenéis razón... Habrá que hacerse lustrar las botas y partir.

—Monsieur, hay que partir aunque sea con las botas sin lustrar...

Esa noche, el conde de Artois partía para Lyon, seguido del duque de Orleans —futuro rey Luis Felipe—, pero ya Napoleón había ganado siete días a la inercia y a la vacilación del gobierno real...

HACIA GRENOBLE

El 6 de marzo Napoleón y su hueste habían pernoctado en Corps; al día siguiente siguen viaje, siempre con Cambronne a la vanguardia... Ya no puede demorar el momento en que imperiales y realistas deben tomar contacto. Y el episodio se produce el 7 de marzo: Cambronne, al frente de cuarenta cazadores y un pelotón de caballería ligera de Polonia, se topa con una compañía del 5º de línea, perteneciente a la guarnición de Grenoble. Prudentemente, ambos jefes conversan, intercambian noticias y se despiden cortésmente. Pero el jefe realista manda a revientacaballos un mensaje al general Marchand, realista convencido, que está a cargo de la guarnición de Grenoble. Y Marchand ordena al 1er. batallón del 5º de línea a que marche rápidamente a enfrentar "al Usurpador". Además, ordena al coronel La Bedoyère, en Chambéry, que acuda con el 7º de línea a su cargo. Las instrucciones son muy concretas: detener la marcha de Napoleón y matarlo si se resiste.

Por su parte, Cambronne ha vuelto grupas para dar cuenta a Napoleón de la novedad. El emperador ordena seguir adelante. Ahora la columna imperial camina por una ruta estrecha y recta que a su izquierda está flanqueada por pe-

la más bella campana de napoleón

queñas alturas y a la derecha cae sobre tres profundos lagos: un camino como para atacar o para huir. Imposible hacer otra maniobra allí. Un camino para vencer o morir...

Adelante manchan los lanceros polacos, luego, los cazadores y granaderos de la Guardia Imperial, casi todos a pie, algunos montados en carretones comprados a los campesinos. A retaguardia viene el emperador en un carricóche descubierto. Un ordenanza lleva su caballo de las riendas. Instantes más y aparecerá la tropa realista, cubriendo en orden de ataque la ruta.

Cuando ambas fuerzas se avistan, Napoleón echa una ojeada sobre el enemigo con sus gemelos. Sus soldados bajan precipitadamente de los carruajes y arman sus fusiles. El emperador, sereno y preciso, imparte la orden de no tirar, pase lo que pase. Pero en ese momento un jinete se desprende de la tropa imperial. Es el coronel Raoul, que en un galope se pone sobre las fuerzas borbónicas. Intenta hablar pero el comandante Delassart, que las comanda, lo interrumpe.

—Estoy dispuesto a cumplir con mi deber —le dice—. Si no os retiráis, os haré arrestar.

—Pero... ¿seréis capaz de ordenar fuego?

—Haré mi deber.

Mientras los soldados realistas permanecen inmóviles, la columna de Napoleón sigue avanzando lentamente. Están a poco más de cien metros. Un nuevo jinete salva rápidamente la "tierra de nadie", se planta a diez metros de las filas realistas y grita que "el emperador hace al comandante Delassart responsable de lo que ocurra, frente a Francia y la historia". Y vuelve grupas.

Ya están a cincuenta metros unos y otros. Un silencio espantable da marco a esa escena. Allí, los lanceros polacos a caballo, avanzando al pa-

so; aquí los tiradores del 5º, con sus escarapelas blancas, inmóviles, impenetrables, con el comandante Delassart al flanco, sable en mano, listo para dar la orden de fuego. Un espacio neutral que sigue achicándose... Y entonces, lo increíble. El gesto que solo Napoleón podía efectuar, con ese golpe de corazón que siempre le indicó cuándo debía decir las palabras exactas y cómo.

—¡Alto! —manda a sus hombres.

Y agrega, dirigiéndose al coronel Mallet:

—Ordenad poner el fusil al hombro. Que desplieguen la bandera. Y que la banda toque la Marsellesa.

En tres segundos se cumple la orden. Ahora el cielo de la Saboya se pinta con la bandera tricolor y el silencio de la mañana se rompe con los acordes marciales, crispantes de La Marsellesa. Y entonces, Napoleón se abre paso entre las filas de sus soldados y avanza hacia la tropa enemiga, completamente solo, con su capote gris verdoso, con su tricornio tocado con la escarapela tricolor. Solo frente a quinientos fusiles. Solo, frente a la historia...

(INTERVALO PARA LA REPRESION)

Entretanto, el conde de Artois y el duque de Orleans marchaban hacia Lyon. Ya se había extendido por toda Francia la increíble noticia. El ministro de Guerra, comprendiendo al fin la gravedad de la situación, había ordenado que 30.000 hombres que habían salido de París pocos días antes, rumbo a Italia, desviarán su camino para reforzar la guarnición lionesa y aplastar así la marcha del Usurpador, si es que para entonces no había sido detenido.

Lo cierto es que todo hacía presumir que Napoleón se dirigiría a París por Lyon. Nadie podía creer que se iba a desviar hacia el este, puesto que Grenoble no solamente no quedaba sobre la ruta sino que era una guarnición importante con un jefe de absoluta lealtad al régimen borbónico. Era, pues, bastante inteligente concentrar las fuerzas represivas en Lyon, y allí marcharon los príncipes y hacia allá se dirigió la columna que iba a Italia.

Y aunque nos adelantemos en tres días a los acontecimientos, vale la pena saber lo que ocurrió en Lyon. El conde de Artois, una vez llegado a la ciudad de la seda, logró reunir tres regimientos y unos 1500 guardias nacionales. No eran muchos hombres pero para hacer frente a 1100 aventureros, sobraban. Sin embargo, la tropa no parecía muy decidida a marchar contra el emperador: silenciosos y desganados, los soldados obedecían las órdenes sin entusiasmo. El mariscal Macdonald —otro jefe formado al lado de Napoleón— promete al conde de Artois arengarlos. Se forma la tropa en la Plaza Bellecour, en el centro de Lyon, bajo una lluvia torrencial. Macdonald, con el conde de Artois y el



En el Museo de los Inválidos, en París, se encuentra este retrato de Napoleón por Delaroche. El emperador, con su clásica casaca de Cazador de la Guardia, medita.

duque de Orleáns al lado, pronuncia una encendida arenga. Al finalizar grita:

—La única garantía de lealtad que os pido es que gritéis conmigo: ¡Viva el Rey!

Ni un solo grito. La tropa inmóvil, en rígida posición militar... Entonces interviene el conde de Artois. Su oratoria no es inflamada: trata de ser persuasiva y bondadosa. Mientras habla se acerca a los soldados. Ahora se dirige directamente a un veterano, un soldado de dragones. Con una voz cálida y emocionada le habla de su coraje, de las medallas que lo decoran, de la lealtad que debe a su Rey... Le propone que grite "¡Viva el Rey!". Un solo grito... vamos... "¡Viva el Rey!". El conde de Artois parece un paciente padre convenciendo a su hijo caprichoso que debe pedir perdón... Pero el hijo no dice nada: el veterano permanece en posición de firmes, el rostro en tensión, los ojos perdidos al frente. Macdonald también se acerca al soldado, el coronel del regimiento se aproxima, ahora son seis o siete brillantes uniformes que rodean al empecinado dragón... Vamos, hombre, grita "¡Viva el Rey!". Nada. Absolutamente nada.

Todos entran al Palacio del Arzobispado con la sensación de haber hecho el ridículo. La multitud que se apiña en la plaza los ve pasar con

indiferencia. El silencio está derrumbando a los Borbones... Y tanto los Borbones como los habitantes de Lyon sabían que Napoleón ya había entrado como vencedor en Grenoble. ¿Cómo había ocurrido esto? Volvamos al hilo de nuestra historia.

¡VIVA EL EMPERADOR!

Cuando Napoleón avanzó solo hacia la tropa enemiga, solo se oyó un grito:

—¡Allí está! ¡Fuego!

Es el capitán Randon —sobrino del jefe de la guarnición de Grenoble— el que aúlla la orden. Pero en la tropa realista solo se advierte como un repeluzno, un estremecimiento: ningún fusil es echado al hombro. Ahora ha llegado el momento para Napoleón. A no más de quince pasos de las filas del enemigo se detiene y habla. Con voz fuerte, imperiosa.

—¡Soldados del 5º! ¡Reconocedme! ¡Soy vuestro emperador!

Todavía avanza dos o tres pasos. Está en el medio justo de las dos fuerzas. Entreabre su capote con las dos manos, como presentando el pecho a las balas y grita ahora:

la más bella campana de napoleón

—Si hay entre vosotros algún soldado que quiera matar a su emperador... ¡aquí estoy!

Un fragor inmenso rebota contra las colinas. El 5º de línea es ahora una garganta que grita "¡Viva el Emperador!". Las filas se rompen, los soldados rodean a Napoleón, le besan las manos, tocan su capote, sus botas... El pobre capitán Randon (que llegará muchos años después al mariscalato y será ministro de Guerra de Napoleón III) golpea con su sable a su caballo y huye para dar cuenta a su tío del desastre. El comandante Delessart, humillado y conmovido, se limita a entregar su espada al emperador, que lo abraza y cambia algunas palabras amistosas con él. Los soldados que instantes antes se habían enfrentado, ahora confraternizan, bromean y se abrazan. Y mágicamente, las cocardas blancas que lucían sobre los gorros de las tropas realistas son reemplazadas por la escarapela tricolor...

Puede decirse que Napoleón había recobrado ya su condición imperial. Pero todavía faltaba el hueso duro: Grenoble. El emperador marcha hacia allá, con aire de vencedor. El 5º de línea ahora está a la vanguardia: sus oficiales lo han pedido como un especial privilegio. Mil quinientos campesinos rodean la columna. Esa jornada es un paseo glorioso, jubiloso. En cada pueblo se arma espontáneamente un mítin político: Napoleón arenga a los habitantes, habla de aquellos exiliados que han regresado con los Borbones para perpetuar sus privilegios. Es ahora el joven general Bonaparte de las guerras de Italia, el genio de la Revolución llevado en brazos de su pueblo en una manifestación caótica.

Pero el general Marchand está en Grenoble, dispuesto a terminar con ese carnaval. Ha llegado de Chambery el coronel La Bedoyère con

su regimiento, el 7º de línea y efectivos del 11 de línea. Marchand los hace formar frente a las fortificaciones de la ciudad y pasa revista a la tropa. Después de proveerlos de cartuchos, el general Marchand ordena al coronel La Bedoyère:

—Ahora, coronel, ¡cumplid con vuestro deber!

El coronel desenvaina su espada y se dirige a sus soldados. Tiene 29 años y ha sido uno de los más brillantes oficiales del Ejército Imperial.

—¡A mí, soldados del 7º! —dice—. ¡A mí, camaradas! ¡Os mostraré el camino del honor! ¡Adelante!

Y entonces, todo el regimiento explota en un formidable grito:

—¡Viva el Emperador!

Y mientras el general Marchand, frenético, ruge órdenes que nadie atiende, el 7º regimiento con Le Bedoyère a la cabeza sale de Grenoble repitiendo sus vivas a Napoleón. Después de abandonar las fortificaciones —la villa es una de las pocas de Francia que está todavía amurallada y se cierra con una gran puerta de madera y hierro— el coronel manda hacer alto y saca de su bolsa de viaje un águila de bronce, una de aquellas águilas que los ejércitos napoleónicos pasearon por toda Europa. La clava en una rama del árbol, tira la bandera borbónica y marcha al encuentro del Emperador, a quien encuentra una hora más tarde. Son 1.800 hombres que engruesan esa columna enloquecida de júbilo que rodea, como un negro mar rugiente, a la berlina en la que marcha el emperador.

A las siete de la tarde de ese inolvidable 7 de marzo llega la hueste a Grenoble. Marchand ha hecho cerrar la puerta de la muralla. Tanto peor. Habrá que echarla abajo. Sobre las murallas están los tiradores de la guarnición, pero casi todos lo miran con sorda ira. Y una muchacha cantinera canta tranquilamente:

"¡Bon! ¡Bon!

Napoleón

Va rentrer dans sa maison..." (1)

Es interesante saber que La Bedoyère (que será fusilado cinco meses más tarde, después de Waterloo, por el restaurado gobierno de los Borbones) al encontrarse con Napoleón se atreve a endosarle un pequeño "sermón". "Basta de ambiciones, sire —le dice—, basta de despotismo. Queremos, los franceses, ser libres y felices. Es necesario abjurar del sistema de conquististas y de esa política de poder que ha hecho la desgracia de Francia y vuestra propia desgracia". Napoleón reconoce que está dispuesto a hacerlo. Está exultante y feliz. Ha pasado —lo sabe bien— el peor momento y ahora, una vez ocupada Grenoble, su viaje a París será un paseo.

(1) Bueno, bueno, Napoleón vuelve a su casa.



Muerte de Napoleón en la isla de Santa Elena. El emperador destronado, rodeado de su pequeña corte, recordaba "su más bella campaña".

Cuando llega a Grenoble, el espectáculo es indescriptible. Ya es de noche y una multitud, en la que soldados y paisanos se mezclan confusamente, rodea a Napoleón. Sobre la muralla, un oficial de Marchand.

—¡Abrid la puerta! —grita el emperador.

—Sólo recibo órdenes del general Marchand —responde el oficial.

—¡Yo lo destituyo!

—Conozco mi deber. Sólo obedezco a mi general.

Entonces La Bedoyère, al lado de Napoleón, se dirige a los soldados de la guarnición y les grita:

—¡Arrancadle las charreteras!

Pero la súbita degradación del oficial no es suficiente para abrir la pesada puerta: Marchand se ha llevado las llaves. Hachas, garrotes y palancas comienzan a trabajar, alentados por los gritos de los soldados de la guarnición que, desde lo alto de las murallas, cambian bromas con los "atacantes". Napoleón, arrancándose dificultosamente de las efusiones de la multitud, se refugia en un pequeño albergue cercano. Después de dos horas cae la puerta con gran estrépito: un enorme grito saluda el único acto de violencia que ha debido cometer Napoleón en

esta campaña. Y cuando éste entra triunfante a la ciudad, y en la hostería de "Los Tres Delfines" recibe, ya como monarca, el saludo de los magistrados, los sacerdotes, los burgueses de la villa, tiene ya la sensación cabal de que ha triunfado. Más tarde dirá:

—Hasta Grenoble, yo era un aventurero. Después de Grenoble, fui un príncipe...

En efecto, había ganado ya la más bella campaña de su vida. Dos jornadas más tarde entraba a Lyon, recibido por el pueblo y el ejército con enorme entusiasmo: por su parte, el conde de Artois y el duque de Orleans escapaban hacia París, mientras la vanguardia de Napoleón entraba en los suburbios de Lyon. A París llegaría el 20 de marzo, y Luis XVIII y su corte habían huido horas antes. Empezaba para el Emperador ese período intenso que se conocería más tarde como "los Cien Días", cuyo fin estaría signado por el nombre ominoso de Waterloo.

El Aguila había llegado, por fin, a Notre Dame. Pero no había arribado "volando de campanario en campanario llevando los colores nacionales", como dijera Napoleón en su proclama firmada en Golfo Juan, al empezar la increíble aventura. Había llegado en brazos de su pueblo. Y por encima de su hazaña militar, esto sería, probablemente, su más perdurable gloria.



EL DESVAN

(Personajes, hechos, anécdotas y curiosidades de la Historia)



Eran así...

SAN MARTIN

Basilio Hall —oficial de marina, viajero inglés nacido en Edimburgo, en 1788, hijo de un arqueólogo— conoció personalmente a San Martín. En su diario de viaje, que recoge impresiones de sus años en Chile, Perú y México de

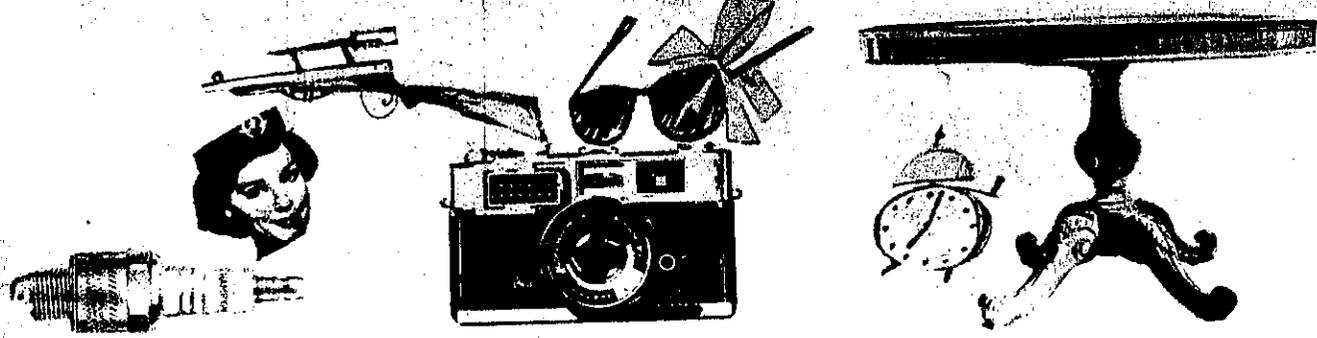
1820 a 1822, editado en Londres, traza un interesante retrato y hace justicieras apreciaciones sobre el prócer, que Carlos A. Aldao ha traducido así:

"A primera vista, había poco que llamare la atención en su aspecto, pero cuando se puso de pie y empezó a hablar, su superioridad fue evidente. Nos recibió muy sencillamente, en cubierta, vestido con un sobretodo suelto y gran gorra de pieles, y sentado junto a una mesa hecha con unos cuantos tablones yuxtapuestos sobre algunos barriles vacíos. Es hombre hermoso, alto, erguido, bien proporcionado, con gran nariz aguileña, abundante cabello negro, y grandes y espesas patillas oscuras que se extienden de oreja a oreja por debajo del mentón; su color era eceitunado oscuro y los ojos, que son grandes, prominentes y penetrantes, negros como azabache. Es sumamente cortés y sencillo, sin afectación en sus maneras, excesivamente cordial e insinuante, y poseído evidentemente de gran bondad de carácter; en suma, nunca he visto persona cuyo trato seductor fuese más irresistible. En la conversación abordaba inmediatamente los tópicos

substanciales, desdeñando perder tiempo en detalles; escuchaba atentamente y respondía con claridad y elegancia de lenguaje, mostrando admirables recursos en la argumentación y facilísima abundancia de conocimientos, cuyo efecto era hacer sentir a los interlocutores que eran entendidos como lo deseaban. Empero, nada había de ostentoso o banal en sus palabras y aparecía ciertamente en todos los momentos perfectamente serio, y profundamente poseído de su tema. A veces se animaba en grado sumo, y entonces el brillo de su mirada y todo cambió de expresión se hacían excesivamente enérgicos, como para remachar la atención de los oyentes, imposibilitándolo de esquivar sus argumentos. Eso era más notable cuando trataba de política, tema sobre que me considero feliz de haberlo oído expresarse con frecuencia".

PALABRAS PARA LA HISTORIA

Dijo el general José de San Martín en Lima, en 1821: *"Todo mi deseo es que este país (el Perú) se maneje por sí mismo y solamente por sí mismo. En cuanto a la manera en que ha de gobernarse, no me concierne en absoluto. Me propongo únicamente dar al pueblo los medios de declararse independiente estableciendo una forma de gobierno adecuada y, verificado esto, consideraré haber hecho bastante y me alejaré"*.



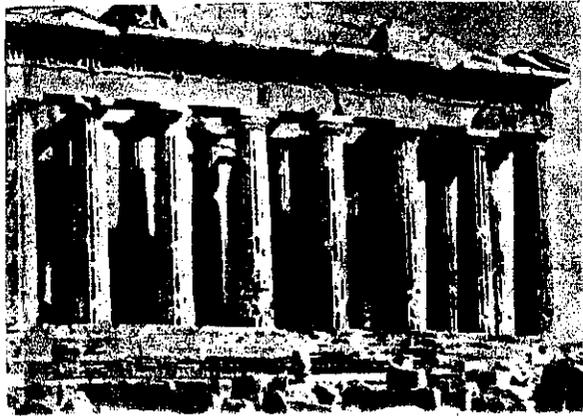
DE CLIO

por
**LEON
BENAROS**

ELECCIONES

Plutarco indica la siguiente forma de elegir un senador en Esparta, en tiempos de Licurgo: "El pueblo se reunía en la plaza pública: hombres escogidos se encerraban en una casa inmediata de donde no podían ver a nadie ni ser vistos; oían solamente el ruido del pueblo que, en estas elecciones, como en todos los demás asuntos, daba sus sufragios por sus gritos. Los competidores no eran introducidos todos a la vez en la asamblea, sino que pasaban el uno después del otro, en medio del mayor silencio, según el turno que la suerte le había marcado. Los electores, encerrados en la casa inmediata, marcaban cada vez en sus tablillas el grado de ruido que habían oído; y como no podían saber por cuál de los candidatos lo habían hecho, escribían: Por el primero, por el segundo, por el tercero, y así sucesivamente, según el orden en que habían entrado en la asamblea".

Esta elección por el "ruidómetro" —agregamos por nuestra cuenta— no dejaría de tener sus inconvenientes. Por lo pronto, el de una ruidosa y bien aleccionada "claque".....



CURIOSO CALENDARIO

El sociólogo Augusto Comte —a quien se considera iniciador de los estudios orgánicos de **sociología**, de la que intentó hacer una ciencia positiva— quería sustituir nuestro calendario por otro de trece meses, los que designó, en el orden conocido de enero a diciembre, con los siguientes nombres sustitutos: Moisés, Homero, Aristóteles, Arquímedes, San Pablo, Carlomagno, Dante, Gutenberg, Descartes, Federico Bichat. El 11 de julio de 1852, comenta un cronista, sería en el curioso calendario **25 Carlomagno 64**, pues el primer año comenzaba, para este calendario, en 1788.

MADRES

LA MADRE DE NÁPOLEON BONAPARTE SE LLAMABA **LETICIA RAMOLINO**, Y ERA UNA MUJER QUE UNIA A SU BELLEZA SU FUERTE CARACTER Y SU FIRME VOLUNTAD. LA MADRE DEL ESCRITOR FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS SE LLAMABA **MARIA DE SANTIBÁÑEZ** Y ERA DAMA DE LA REINA. EL NOMBRE DE LA MADRE DEL CAUDILLO ARGENTINO JUAN FACUNDO QUIROGA ERA **JUANA ROSA DE ARCAÑARAZ**. LA MADRE DE ALCIBIADES SE LLAMABA **DINOMACA**. LA DE PERICLES, **AGARISTA**.

EL DESVAN DE CLIO



ROSAS RECOMIENDA A FACUNDO UN REMEDIO CONTRA EL REUMATISMO

Juan Facundo Quiroga —el temido y también admirado caudillo riojano— solía sufrir de ataques reumáticos, producto de su intensa vida en campaña a la intemperie. El 25 de febrero de 1835, Juan Manuel de Rosas le envió una carta con una receta para curar el reumatismo, carta que el destinatario no llegó a recibir, pues fue asesinado en Barranca Yaco nueve días antes, el 16 de febrero, a eso de las once de la mañana. De cualquier manera, la carta de Rosas, que conserva su interés, dice, incluso con sus particularidades ortográficas: "Mi querido compañero, Señor Dn. Juan Facundo Quiroga - Haviendo mi primo el Señor Dn. Tomás Anchoarena adquirido la noticia del remedio siguiendo me ha parecido conveniente comunicarlo a V. por si de algo le sirve su conocimiento, pues en la clase de males que V. padece, generalmte., donde menos se piensa suele encontrarse el alivio de la Divina Providencia - Pero yo sería de opinion q. V. se resolviera

a tentarlo, no debía ser hasta qe. regresace y gosace ya de un completo sosiego.

"Un griego qe. tiene Fonda en Sn. Isidro, muy hombre de bien me ha referido qe. siendo el joven cuando Napoleon fue al Egipto, su padre fue salvado con este remedio.

"Tomó una porción de ajos, los peló y colocó sobre un pedazo de lienzo de camisa de ilo usada: en seguida pulverizó aquellos ajos con polvo de mercurio dulce en una dosis como de dos narigadas de rape, y doblando el lienzo lo coció en forma de bolsa o saco cerrado por todos lados - Después tomó una olla de dos orejas en qe. cabrian como cinco o seis botellas de agua y colocó en ella la bolsa pendiente por unos ilos de las dos orejas de modo qe. estando dentro de la olla, se mantubiese el aire como en una maroma: Acto continuo le echó agua fría en la olla, pero cosa que la bolsa no tocase en la agua; la tapó con un plato y engrudó por las orillas para que quedase ermeticamente serrada la olla; puso un peso sobre el plato para qe. no se moviese, y colocó la olla asi tapada y cerrada con fuego de carbon fuerte en donde la tubo irviendo como hora y media, cuidando mucho de reponer y pegar el engrudo donde se desprendía para qe. no saliera ningún vapor de la olla.

"Después de esta operación separó la olla del fuego y cuando había aflojado el calor la destapó, sacó la bolsa, y cerrada y caliente cuanto podía sufrirse en las manos, las exprimio con las mismas manos sobre una fuente haciendole echar una especie de aceite que lo acomodó despues en un frasco o botella. Con la brosa de los ajos exprimidos le frotó los miembros enfermos para eprovechar el jugo o aceite qe. tenían dejando en ellos las brosas que se quedaban pegadas; y las envolvió después con unos lienzos usados — Concluida la primera cura, lo despició entregándole el frasco del exprimido aceite para qe. se diese con él a mano caliente dos frotaciones al día, una al acostarse a la noche y otra al levantarse por la mañana, y le previno qe. cuando se acabase volviere por más - observó exactmte. la instruccion y a los tres días ya movía los miembros qe. se le habían adormecido del todo, a los nueve días caminó por sus pies sin muleta, y sanó del todo hasta el presente, sin necesidad de repetir la confección del medicamento - No le quedó otro defecto que cierta desigualdad a la vista, y entre el nudo de una muñeca y el la otra qe. me lo hizo notar, y qe. cuando quiere hacer mucha fuerza, le flaquea al rato el brazo izqdo. qe. fue el enfermo. Siempre de Vd. affmo. amigo. J. M. de Rosas".

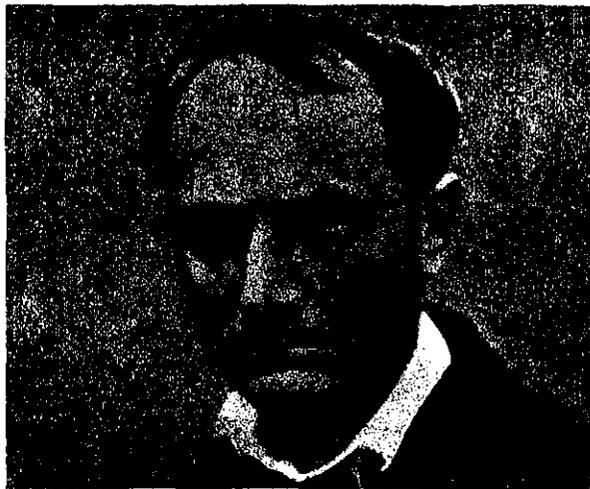
¿QUE PASABA AQUI CUANDO...



...murió Jorge Washington, el ilustre demócrata norteamericano, en Mont Vernon, el 14 de diciembre de 1799?

Gobernaba el Virreinato del Río de la Plata el Marqués de Avilés, teniente general Gabriel de Avilés y del Fierro, designado por Carlos IV en 1797, y cuyo gobierno duró desde el 14 de marzo de 1799 al 20 de mayo de 1810.

...murió en París (Francia) el gran poeta Carlos Baudelaire, autor de "Las flores del mal", que falleció el 31 de agosto de 1867?



Un día antes, en Molinos (Salta), el coronel Pedro Díaz derrotó al caudillo montonero Felipe Varela, quien, a su vez, el 29 de agosto del mismo año, es decir, dos días antes, había derrotado en Amaicha (Salta) al coronel José Frías.

CASAMIENTOS

En este lugar de mi mando, en Amblayo 12 de Agosto de 1882 de este año del Señor, delante de mi como que soy Juez y Comisario y Teniente del Escuadrón de la Viña, se me vino y se me presentaron en mi delante, la tal Maria Cruz con su hija la Josefa Cruz que el marido no me dicen nada porque es fino, y como el término de las cosas andan aquí, no hay porqué nombrarlo pues, volviendo al asunto, todos se han juntao para venirme a ver, aquí donde estoy sobre la china Josefa Cruz, pa que se case con el tal Ascensio Santillán, y que la china Josefa Cruz es mujer linda y grande y libre y sin adisión pa casarse, y yo como Juez y como Comisario y como Teniente de la Viña, y como cristiano y como católico y como romano, y como han venido a verme sobre la china Josefa Cruz doy la certificada, pa que el Cura Párroco y

Teniente y Maistro de la Iglesia de San Carlos pueda hacerlos que se topen en matrimonio y samparle el Sacramento. ...Este mi certificado velay y aquí esta es la misma fecha de allá arriba, Amblayo 12 de Agosto de 1882 de este año del Señor.

Fdo. PANCHO FRANCISCO BRUNO

Esta curiosísima acta de matrimonio procedente de Amblayo (Salta); está registrada en el Archivo de Tribunales de esta provincia. La transcribimos con su original ortografía para regocijo de nuestros lectores. Agregamos que no podemos dar noticias sobre si Ascensio Santillán y la china Josefa Cruz fueron felices, con semejante casamiento.....



LA VUELTA MUNDO

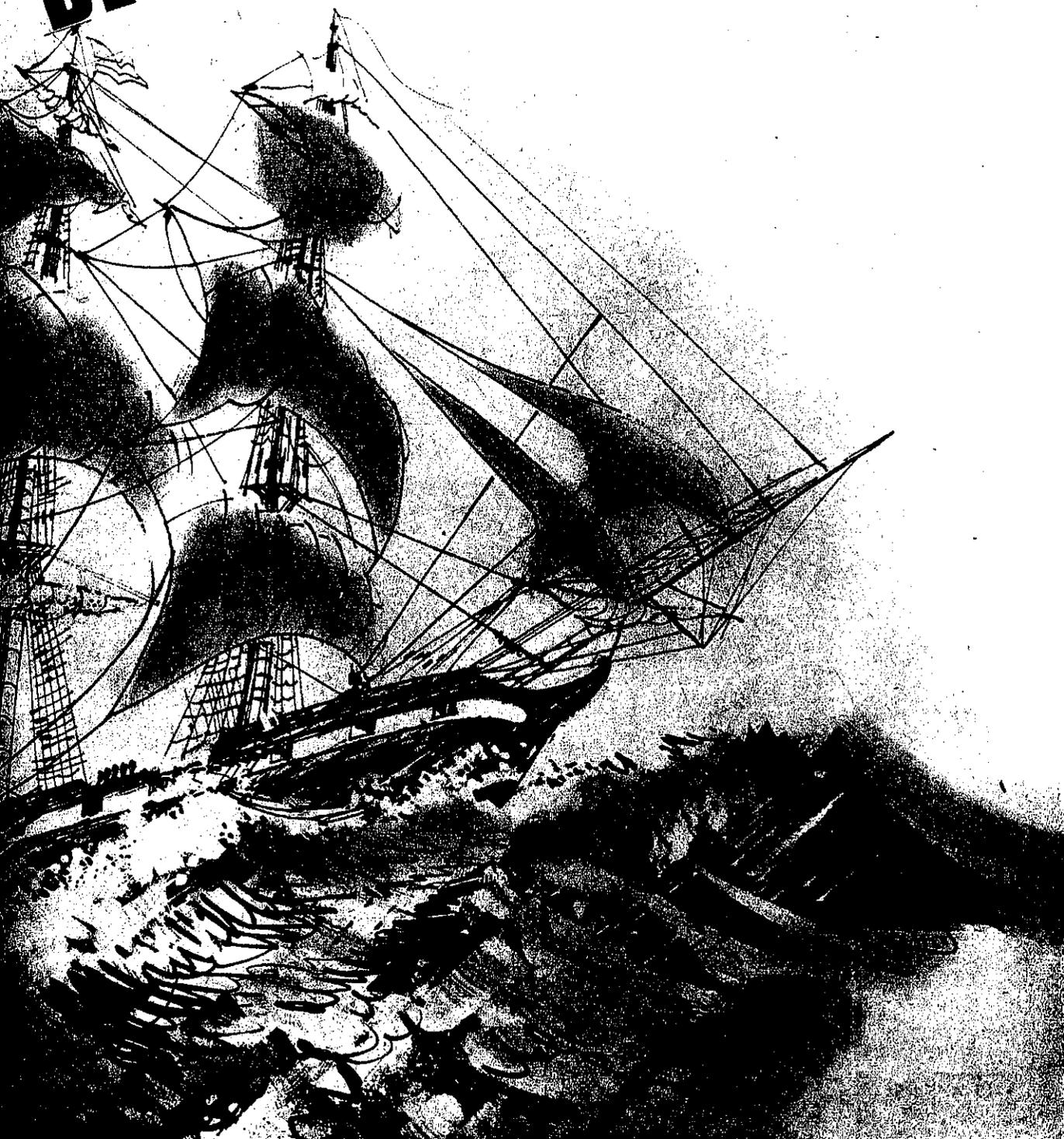
“ARGENTINA”

E L 13 de febrero de 1816 apareció en la “Gaceta de Madrid” un decreto dictado pocos días antes por el gobierno español, en el que se leía: “Son ya muy graves y dilatados los perjuicios y daños que causan al estado en general y a mis vasallos en particular los buques armados por los insurgentes o rebeldes de mis dominios de América en todos aquellos mares, interceptando la navegación y el comercio, impidiendo el trato frecuente y estrecho que conviene a unos y otros, introduciendo armas y municiones en los puntos en que continúa el fuego de la rebelión” ...



AL DE LA

Periodista e historiador.
Autor de "Morenada" (Premio
Municipal de Literatura 1947),
ex presidente de la SADE,
autor de "Instantáneas de Historia",
"Cancionero del Tiempo de Rosas",
"Pequeña
Historia de la Revolución de Maya".





"ARGENTINA"

El Soberano Congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata había encomendado a Bouchardo la captura de los autores.

"Habiendo llegado a noticias de esta soberanía el escandaloso exceso de la tripulación de la corbeta nombrada "Santa Rosa", se ha expedido poder al Sargento Mayor de la Marina de este Estado, y comandante de la fragata "Argentina" de guerra, don Hipólito Bouchardo, para que corra por donde dicha corbeta cruzaba, y para que con todo en cualesquiera destino que sea hallado este buque pueda apresarlo o reclamarlo de cualquier gobierno"...

Dispuesto a parlamentar con el soberano de Hawaii, Bucardo se dirigió a su residencia, siete leguas al interior de la isla, Kameha Meha lo recibió vistiendo un uniforme de capitán de la marina inglesa. Un oficial norteamericano le servía de intérprete. La negociación se volvía dificultosa. El rey sostenía su derecho de propiedad sobre la corbeta. La había comprado a sus tripulantes por dos pipas de ron y seiscientos quintales de sándalo. En cuanto a los marineros piratas, unos habían partido para Cantón, otros andaban desparramados por las islas... Se convino, al fin, que Kameha Meha devolviera la "Santa Rosa", a cambio del valor del sándalo que le había costado y entregaría los marineros previa una indemnización por los gastos de asilo. Así terminó la negociación entre Bouchardo y el rey de las islas Sandwich, el primer tratado internacional celebrado por la Argentina —dice Mitre— y de unión para la paz, la guerra y el comercio, reconociendo el rey la independencia argentina, obligándose a poner a disposición de su gobierno todo buque que llegase a aquellas islas, como la "Chacabuco", y a suministrar los auxilios que necesitase la fragata"...

Y en prueba de amistad le facilitó algunos naturales para que completaran la tripulación, y le entregó los marineros refugiados, en número de setenta, aproximadamente. Bu-



Así aparecería por los mares australes la gallarda silueta de "La Argentina" en plena navegación.

chardo retribuyó atenciones con el nuevo aliado: le regaló una espada, sus doradas charreteras de comandante, su sombrero, y además un uniforme y despacho de teniente coronel. Kameha Meha quedó convertido en militar argentino. Sus súbditos debieron festejar el acontecimiento bailando ruidosos y ondulantés "hula hula"...

UNA VUELTA AL MUNDO

La hazaña de Bouchardo y de los tripulantes de la "Argentina" son para contarse en una novela de aventuras. No cabe en una nota periodística. Las velas blancas de la fragata se inflaron con todos los vientos. Su banderita celeste inauguraba los mares del mundo.

La vieron los arrecifes de coral, las islas del mar del Sur, Morotoi, Wahoo, Atoy... Después la "Argentina", seguida de la "Chacabuco", atravesaron el océano Pacífico para



inquietar a las ciudades españolas de la costa.

Las dos embarcaciones poseían ahora 56 cañones y la tripulación se había aumentado con 60 hombres de la "Chacabuco" más 30 isleños cedidos por el soberano de Hawaii.

El 22 de noviembre de 1818 fondearon en la bahía de Monterrey, en California, que en aquel tiempo pertenecía a México. Con 200 hombres armados con fusil y 130 con picas de abordaje dominaron a la ciudad y enarbolaron la bandera argentina en la fortaleza, donde permaneció seis días. Durante ese tiempo los corsarios se ocuparon de inutilizar la artillería enemiga y en saquear la ciudad, de la que sólo fueron respetadas las iglesias y las casas de los americanos.

Como tres siglos antes, cuando las hazañas de Sir Francis Drake, las ciudades españolas del Pacífico temblaban ante la aparición de la "Argentina". Así fueron ocupadas San Juan y Santa Bárbara, y bloqueadas San Blas (el 25 de enero de 1819), Acapulco y Sonsonate. En Realejo, sobre la costa de Nicaragua, des-

pués de una violenta lucha, se apoderaron de numerosos barcos enemigos.

Un 9 de julio —el de 1819—, dos años después de su partida, llegó al puerto de Valparaíso. Había dado, prácticamente, la vuelta al mundo, realizando una de las aventuras corsarias más pintorescas de la historia. Criollos, ingleses, malayos, hawaianos, se confundían en su tripulación como testimonios vivientes de su presencia en las lejanías del mar. Traían barcos capturados, tesoros; habían castigado a los piratas e impedido el tráfico de esclavos.

Al llegar a Valparaíso, el almirante Cochrane, jefe de la escuadra chilena, pretendió apoderarse de las embarcaciones de Buchardo, lo que originó un largo y enojoso pleito. Pero ésa es otra historia.

Lo fundamental era que las naves argentinas habían dado la vuelta al mundo, capturando presas enemigas y paseando por todos los mares la bandera de "la nueva y gloriosa nación".

HISTORIAMA

COMPOSICION CON PALABRA CLAVE

La palabra clave tiene la siguiente definición:

"Máxima jerarquía marina".

Hallada la palabra, numerar las letras que la componen (por ejemplo: si la palabra fuera CAPITAN, la numeración debe hacerse así $\frac{\text{CAPITAN}}{1234526}$)

Luego transcribir las letras en las casillas del casillero que llevan el mismo número de la palabra clave, y completar por deducción, sabiendo que a número igual corresponde letra igual.

A entretenimiento terminado se leerá la sintética biografía de uno de los héroes de nuestra independencia.

(La solución en página 98)

18	11	10	8		3	12	5	1	7	12	5	8		3
1	5	4	6	11		4	7	1	2	4	1	6	11	
19	12	8		7	5	1	10		2	12	13	20	1	5
	14	11	5		2	1		13	1	12	10	1		16
8	2		14	1	4	10		2	8	15	1	6	7	11
	12	6	1		13	1	5	7	1		7	11	14	11
17	5	1	21	4	13	1		16	8	2		5	4	11
	16	8		2	1		14	2	1	7	1		22	
14	4	6	7	11		6	12	8	10	7	5	1	10	
17	2	11	5	4	1	10		6	1	15	1	2	8	10

SIEMPRE ACIERTO CON CINZANO

No. No piense mal... es mi mujer.
Y nos vamos a vivir una aventura...
Vamos a casa... con la familia!

¿Se sorprende?

Es que allí viviremos un momento muy íntimo y cordial. El hielo...
las botellas... y tantas cosas que decirse!

Realmente, nada es más lindo que estar así, en familia... cuando
el centro es el universal CINZANO o el delicado CINZANO ORO!

(Entre paréntesis, eso sí que es acertar: dar en el gusto de todos).

Haga la prueba usted también y... acierte con su familia!

(Ah... y si es soltero, cásese: vale la pena).



CINZANO
y
CINZANO
ORO

EL CRIMEN DE

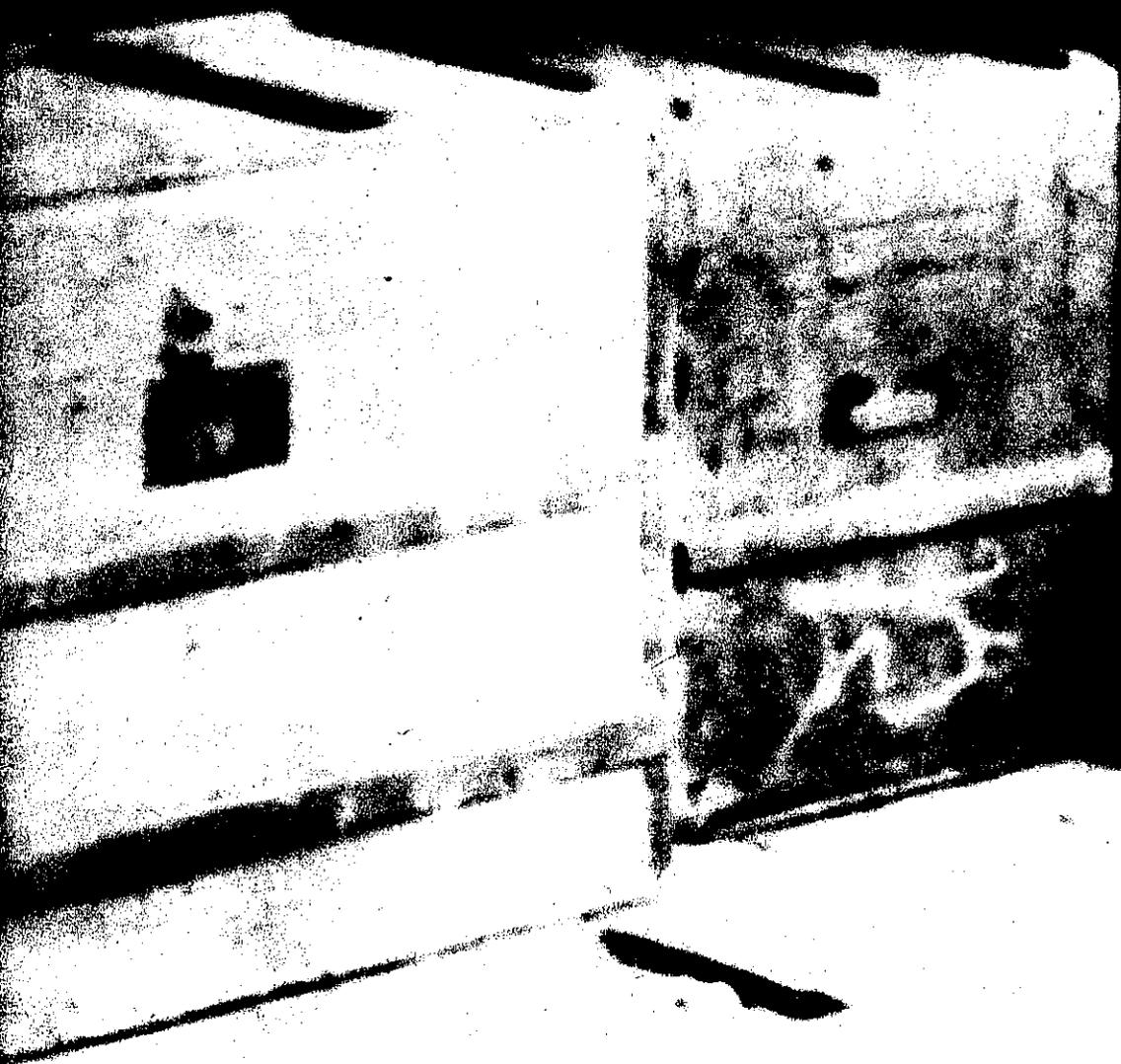
*El primer crimen
"casi" perfecto
cometido en nuestra ciudad*

*La primera investigación
"casi" científica
de nuestra policía*

PERO, ¿qué le pasa a Buenos Aires? ¡Esto ya es inaudito! ¡Las autoridades no pueden permitir una cosa así! Estas expresiones y otras por el estilo se escuchan en la medianoche del sábado 23 al domingo 24 de abril de 1894 a la salida del teatro Politeama Argentino, donde la "gran compañía dramática italiana de G. Modena" acababa de representar el drama en seis actos "María Giovanna".

Había acabado la función, pero el público se había arremolinado en las veredas y en el vestíbulo del teatro, y comentaba algo animadamente. Pero lo mismo ocurría en el teatro San Martín, donde la "compañía de óperas, operetas cómicas y fiabras" daba "I pescatori di Napoli" O en el teatro Doria, donde la "gran compañía lírica italiana del señor C. de Mattia" ofrecía

FRANCES SOLITARIO



EL CRIMEN DEL FRANCES SOLITARIO

la ópera en cuatro actos "Norma". O en el teatro Rivadavia, donde la empresa Garrego ofrecía la temporada de zarzuela española con este extenso programa: "Una jugada por tabla", "La libertad de sufragio", "Con permiso del marido" y "La verbena de la Paloma", del maestro Bretón.

Pero no sólo en los teatros del centro se amontonaba el público. Lo mismo ocurría en el circo Anselmi, de San Juan y Sarandí, y en el circo Coliseo, de Santa Fe y Montevideo, donde la compañía ecuestre de los hermanos Henault estrenaba el drama "Juan Moreira".

Pero volvamos a la vereda del Politeama Argentino. Allí la multitud es más abigarrada y los comentarios más indignados. Si algún curioso se aproximaba se renovaban los comentarios:

—¿Qué sucede?

—Pues, nada menos que no hay coches en Buenos Aires...

—Parece que se han declarado en huelga.

—¿Qué es eso? Pero no puede ser, o nos hemos vuelto todos locos.

—Hoy leí en el diario que hay huelga de carpinteros en Viena, pero nunca soñé que en Buenos Aires podría ocurrir una cosa así.

—Yo lo preveía cuando el año pasado permitieron que en el café La Cruz Blanca se reuniera la Agrupación Socialista.

—De todo esto tiene la culpa el gobierno. ¡Qué quiere con este viejo flojo de Sáenz Peña!...

—Yo no exagero al decirle que esto es el principio del fin.

Pero un grupo se ha aproximado al agente de facción para preguntarle qué hay de cierto en eso de la huelga de cocheros. El agente tarda en ordenar sus pensamientos ante la avalancha de preguntas y al final responde como si leyera un comunicado oficial:

—Parece que por acá nomás han encontrado a un descuartizado y por eso se ha procedido a detener a todos los cocheros.

El estupor se junta al espanto. Alguno lleva la información a todos. Se produce un silencio sobrecogido interrumpido por el quejido más o menos contenido de alguna dama. De repente se nota una reacción. Los caballeros delibran entre ellos. Hay alguna que otra familia que posee carruaje propio. Y se ofrecen a hacer varios viajes para llegar por lo menos a las mujeres. Cada coche llevará por lo menos a un hombre para custodiarlas. Los hombres restantes parten en grupos a sus casas. Se olvidan de rectificar la dureza con que han tratado a los cocheros, adjudicándoles una posición social que desconocen. Sólo alguno quiere seguir teniendo razón cuando señala a modo de comentario final:

—Yo lo decía, esto es el principio del fin...

Desde ese momento, y por muchos días, esta gran idea que despierta pasará las noches aterrorizada

A la mañana siguiente, domingo 24 de abril, los diarios confirmarán la versión del hallazgo del descuartizado. Muchos llegan tarde a misa por quedarse a leer las extensas crónicas. En las clases bajas, los que saben leer son las figuras del día. Tienen que leer las noticias del descuartizado una y otra vez ante silenciosos grupos ávidos de conocer detalles del insólito hecho. Del primer crimen "casi perfecto" de Buenos Aires.

Claro que muchos no comprenderán el título de "La Prensa": "White Chapel en Buenos Aires". Pero para quienes están informados tiene un significado sombrío, como si un antro monstruoso de un lejano mundo se hubiese trasladado a Buenos Aires. Pero siguen títulos más comprensivos para todos: "El crimen más espantoso", "Horrible mutilación". Y luego la introducción del cronista: "Bajo la más horrible de las impresiones escribimos estas líneas. Pocas veces hemos visto un cuadro de mayor horror que el que presenciamos en la comisaría 5ª, anoche".

Lo cierto es que el hallazgo ha sido impresionante. Fue un viandante, Eduardo Thwaites, a quien primero le llamó la atención un enorme bulto que alguien había dejado en la vereda de la obra en construcción del mercado de don David Spinetto, en la calle Montevideo, entre Corrientes y Cuyo (hoy Sarmiento). Eran las 11 de la noche. Thwaites movió el bulto con el pie, varias veces, y repentinamente sintió que el terror lo dominaba, aunque sin saber por qué. Se dirigió presuroso media cuadra más allá, donde estaba el agente Jesús Ramírez. Con paso lento y mirando de soslayo a Thwaites, el agente se dirigió hacia el bulto. Allí comenzaron a revisarlo. Todo estaba envuelto en una funda de sofá, luego dos almohadas —una de plumas y otra de lana—, un almohadón, una revista de cocina y varios trapos blancos que envolvían algo extraño, algo indefinible. El agente se enderezó, miró profundamente a Thwaites, se llevó el silbato a la boca y tocó la "llamada de oficial", que se usaba sólo en caso grave. El agudo y estridente silbido tenía algo de pedido de socorro que debe haber alarmado mucho al vecindario, más cuando justamente el día anterior había sido asesinado el dueño del café de Montevideo y Rivadavia, a tres cuadras de allí.

No, pero esto se trataba de otra cosa, algo imposible de relatar. Ramírez volvió a escudriñar en el bulto y se cercioró: adentro del envoltorio había el tronco de un hombre sin cabeza, sin piernas y sin brazos. El representante del orden tocó el cuerpo con su mano y le dijo a Thwaites:

—Está caliente todavía. A éste lo acaban de matar.

CON SAL Y ASERRIN

Media hora más tarde se hacía presente el comisario de la 5ª, don Alejandro Juárez, hombre muy activo y querido por sus subordinados. El comisario ordenó de inmediato que un oficial fuera a informar del hecho al propio jefe de Policía, el general Manuel J. Campos, quien un cuarto de hora después también se hallaba contemplando el cuerpo mutilado. Se dispuso llevarlo para su examen a la comisaría. Allí fue revisado por el doctor Soage. Llamaba la atención que del cuerpo no salía sangre, pero se comprobó que el criminal había tenido la precaución de ponerle en las extremidades abundante sal gruesa y aserrín. El médico policial señaló en un primer momento que la víctima había sido degollada y que luego él o los criminales habían procedido a seccionar la cabeza, los brazos y las piernas. Dictaminó que se trataba de una persona joven y corpulenta, y que debió ser asesinada aproximadamente a las 9 de la noche del sábado.

Sigamos al cronista de "La Prensa" en su descripción: "En seguida de ser asesinado ha debido ser en-



Este es el rostro de Francisco Farbós, el "francés solitario", después de la reconstrucción hecha por la policía; facciones típicas del sur de Francia.

fardado en la forma descrita y llevado adentro de un carro o carruaje del que debió ser arrojado a la calle momentos después de pasar algún tranway, pues la vía del Anglo Argentino está colocada inmediata a la vereda y hubiera pasado por sobre el bulto, si hubiese sido colocado allí antes".

Y finaliza esa crónica del domingo: "La manera como este hecho se ha producido recuerda a los espantosos crímenes de White Chapel cometidos por Jack el Destripador. Porque en este asesinato que revela una profunda pasión de odio y la mayor ferocidad, interviene, como en aquéllos, una mano hábil y experta a juzgar por la forma en que la desarticulación de los miembros se ha efectuado".

La población queda estupefacta. El diario ha traído otras noticias importantes, pero ni siquiera se han leído. Y por ello, informaciones que otros días hubieran sido plenamente sentidas, pasan por alto. Como por ejemplo la fechada en Washington, que informa que "esta mañana tuvieron lugar los funerales del teniente de navío Rafael García Mansilla, agregado naval a la Legación Argentina, quien cayó del caballo el martes pasado fracturándose el cráneo. Sus restos fueron inhumados en el cementerio del Monte Olivo". O la información más peligrosa de que "en el puerto están los buques "Porteña" y "Gellivara" convertidos en verdaderos focos de infección de fiebre amarilla".

Claro que en ciertos círculos de la alta sociedad el crimen sólo será comentado entre hombres solos. Las mujeres se contentan con conversar acerca de lo felices que van a ser el Gran Duque Nicolás "Czarewitch" de Rusia y la princesa alemana Alejandrina de Hesen, cuyas bodas anuncian precisamente los diarios de ese día. (La desgraciada parece que caería asesinada con sus cinco hijos en Jekaterinburgo, 24 años después).

Ese domingo los avisadores de los diarios están contentos; se ha vendido casi el doble del tiraje habitual. Principalmente el que ofrece "Casa Ligh Life con 5 piezas, base 5.000 pesos a plazos", o este otro: "Neyerina. Los accidentes de la juventud se curan en cinco días con las cápsulas e inyecciones de Neyerina. Resultado garantido. Farmacia Franco Inglesa, de Adolfo Neyer. Cuyo 581, entre Florida y San Martín".

Ese día los diarios consignan otro hecho singular. Varones y mujeres han empatado. La naturaleza es sabia: ésta es la estadística del registro civil sobre los nacimientos. Varones legítimos, 28; ilegítimos, 6. Mujeres legítimas, 28; ilegítimas, 6. Luego consignan los matrimonios. El sábado han contraído enlace 15 parejas. La lista la comienza José Miguel, turco de 28 años, vendedor ambulante, con Jazmín Essaf, turca, de 32 años.

Así es Buenos Aires. Preparándose para la próxima explosión política. Mientras tanto tiene un tema que dará que hablar meses enteros. El primer crimen "casi perfecto".

Pero mientras el público devora las noticias, cosas muy importantes han sucedido en la pesquisa en esa misma madrugada del domingo 24. Las novedades serán consignadas por los diarios del lunes. Veamos los títulos de "La Prensa": «El asesinato misterioso de ayer — Indignación pública — Hallazgo de los miembros — Jamones humanos — Reconstrucción del cadáver — 3.000 hombres en actividad».

"OFENSA SANGRIENTA A LA SOCIEDAD"

Se descarta en primer término que el hallazgo haya sido una broma de mal gusto de estudiantes de medicina. No, se trata de un asesinato. Leamos: "Ante la magnitud del crimen, ante la audacia del asesino que lanzaba una ofensa sangrienta a la sociedad y una provocación a la autoridad con su impavidez, el gene-

EL CRIMEN DEL FRANCES SOLITARIO

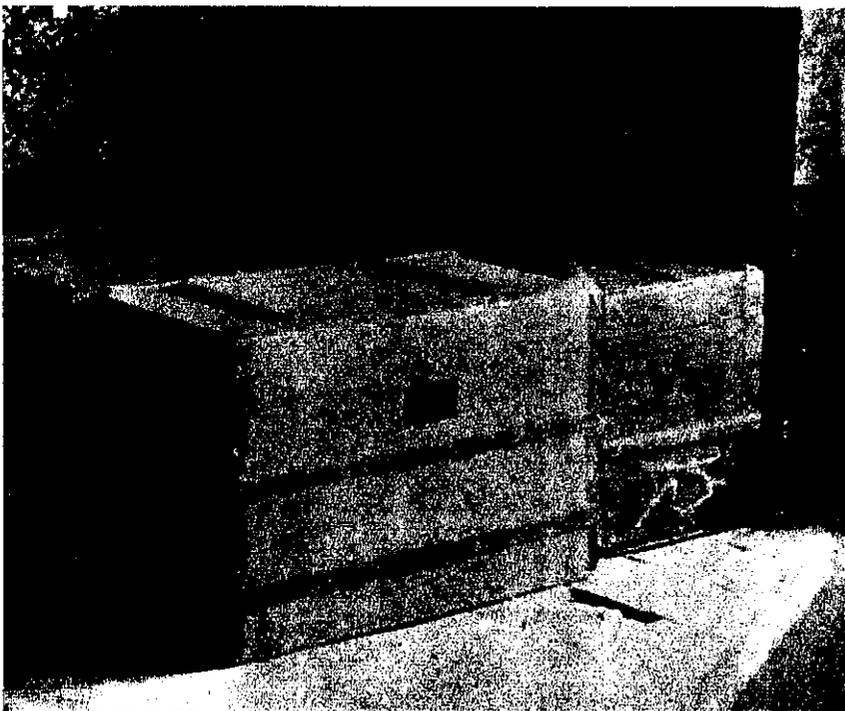
ral Campos dio cita a todo el personal superior de la policía y mientras tanto, el telégrafo y el teléfono funcionaban con toda la actividad posible ordenando la inspección de los carruajes de alquiler, la detención de cocheros, etc. Una hora después, más de 300 cocheros fueron detenidos. Todas las posadas, todas las fondas, las casas de hospedaje, de mujeres toleradas y clandestinas, despachos de bebidas, conventillos y cuanto sitio por fin podía haber servido de teatro al crimen, todo fue registrado minuciosamente por la policía que puso en actividad a tres mil hombres, en poco tiempo”.

Y ahora se consignan las ansiadas novedades: “A las 4 de la mañana se hizo otro hallazgo sensacional. La avenida de Mayo, entre Santiago del Estero y San José es una cuadra abandonada, sin veredas aún, pues carece de edificios; solamente los fondos de las calles de Victoria y Rivadavia han sido cerrados con altas paredes por los propietarios hasta la Plaza de Lorea, y lo único que en la extensión de estas dos cuadras quiebra la planicie del macadam son montones de

tierra formados por la extraída de una zanja que practican las compañías del gas. Al lado de esta zanja, a 50 metros de la calle Lorea existe un carrito de los que emplean los operarios de la empresa del gas para guardar las herramientas. Debajo de este carrito dormían dos hombres desde las primeras horas de la noche. El comisario Zunini recorría la parte destinada a la vereda que mira al Norte. Casi a mitad de cuadra, detrás de un pedazo saliente de pared, el que la luna no alcanzaba a iluminar completamente, divisó un bulto, algo así como una bolsa de papas, recostada en el ángulo.

“Se aproximó, encendió un fósforo y notó que, efectivamente, aquello era una bolsa que contenía algo, pero cuya boca había sido desatada, conservando aún los pliegues de la ligadura. Al lado mismo, en el suelo, se veía un cordel de unos 60 centímetros que había servido para cerrar la bolsa. El comisario Zunini abrió la boca de la bolsa y sus manos tropezaron con un objeto ligeramente cubierto por un paño blanco debajo del cual se veía un papel de diario roto en aquel sitio precisamente y del cual aparecía la mano de un hombre. Fácil será comprender la impresión que este fúnebre hallazgo produjo al comisario porque nada hay que halague más a un sabueso dedicado a la caza del hombre que estas sorpresas desagradables para la generalidad, pero que para él constituyen su único afán, su sola esperanza. Un grito de alegría, fácilmente explicable por lo que dejamos consignado, se escapó de sus labios y el auxiliar Fuentes que le acompañaba corrió en el acto a aquel punto”.

Luego, el cronista pasa a describir el hallazgo: los miembros que faltaban al cuerpo encontrado pocas horas antes. Ya en la comisaría, primero fue sacado un lio que contenía una mano con su brazo; éste estaba doblado, y para que su rigidez no aumentara el volumen, se le habían hecho fuertes ligaduras con una cuerda. El brazo había sido lavado para sacarle los vestigios de sangre y después salado con sal gruesa. El segundo envoltorio sacado del bulto contenía un



El muelle de pasajeros, frente al antiguo Paseo de Julio. Fue en las cercanías —al otro lado de la Plaza de Mayo— donde unos niños encontraron la degollada cabeza de Francisco Farbós, “el francés solitario”.

muslo salado "que, por haber pertenecido a un cuerpo robusto — así señala «La Nación» — presentaba un aspecto idéntico al del jamón". Sigamos a ese cronista: "En envoltorios iguales fueron descubriéndose los demás miembros. El otro brazo también estaba ligado con una cuerda y otro muslo se hallaba en igual forma que el anterior. Llegó el turno al envoltorio que contenía la pierna y el pie derechos. Fue desenvuelto, notándose la desarticulación del pie a la altura del tobillo para poderlo adaptar y ligarlo a la pierna, lo que demuestra que se trataba de reducirlo todo al menor volumen posible. Examinados minuciosamente los pies, se pueden notar sus pequeñas dimensiones y corrección de formas con relación al resto del cuerpo y la prolijidad, no sólo en el aseo, sino también en el corte de las uñas. Las manos, sin ser gruesas, no son finas, pero se comprende que han pertenecido a una persona que ha trabajado en algún oficio o arte que ha dejado en ellas rastros muy poco perceptibles. La edad se presume entre 30 y 40 años. La caja del cuerpo pesa 38 kilos, mientras que los miembros hallados en el segundo paquete era de 35 kilos. Todos estos restos fueron trasladados a la sala de autopsias de la Policía, situada en la calle 24 de Noviembre, entre Rivadavia y Victoria".

LA CURIOSIDAD POPULAR

Y los diarios del lunes describen bien la curiosidad popular demostrada durante todo el día domingo. Dice "La Prensa": "Así que los diarios fueron lanzados a la circulación, desde temprano comenzó a afluir a la calle Corrientes, frente a la comisaría, un crecido número de curiosos que, incesantemente renovado y aumentado, llegó a tal número que fue necesario emplear varios vigilantes durante todo el día y parte de la noche porque interceptaban el tránsito y la circulación de vehículos. ¡De cuán diversas maneras y con qué lujo de detalles se comentaba el hecho! Y el instinto popular, que raras veces se engaña, encua-

drando dentro de reflexiones y de argumentos lógicos el hecho monstruoso que había sublevado su indignación. Quién creía ver en aquel hombre a una víctima de un socio, que se había apoderado de su dinero, quién a una víctima de un carnicero, bajo la sugestión de que un carnicero sólo es capaz de descuartizar a un hombre en aquella forma; quién a un hombre ultimado en un sótano; otros, que el crimen debió producirse en un prostíbulo entre gente de mal vivir; pero todos estaban acordes que sólo venganza feroz y excitada por la terrible pasión de los celos era capaz de inspirar un hecho tan cruel y horroroso".

Y ahora decimos nosotros: ¡cuán equivocado estaba el cronista, o el pueblo, en estas últimas conjeturas! Los hechos darían la razón luego a la primera hipótesis: víctima de un socio.

Terminados los descubrimientos, la policía siguió movilizándose día y noche en busca de la cabeza de la víctima. Comenzaron a llegar anónimos haciendo denuncias inverosímiles. Decenas de personas — curiosos en su mayor parte — desfilaron ante los restos mutilados. Muchas denuncias de desaparecidos... pero ninguna concreta.

Pasan los días... las hipótesis se han agotado. La paciencia de la policía, también. Se ha hecho todo lo posible. Nada. Hasta que de repente... Los cronistas vibran con la versión. En la Jefatura de la Policía se les señala que deben conservar el secreto de lo que acaban de oír. Pero la profesión es más fuerte que todo y no pueden dejar de consignar en sus diarios dos líneas: "se está por producir un hecho que cambiará todo el curso de la investigación. Sí, y la verdad saldrá por la boca de un niño".

Al día siguiente, todos los cronistas aguardan desde temprano en la Jefatura de Policía que llegue el personaje misterioso. Y llega. Efectivamente, es un niño de 11 años. Es llevado directamente a ser interrogado por el propio jefe de Policía, general Campos. Por la tarde ya se sabe todo. Los cronistas sonríen, los oficiales tienen una sensación de alivio en sus rostros.



EL CRIMEN DEL FRANCÉS SOLITARIO

los "vigilantes" se miran como diciendo: ¡por fin, ya no dábamos más de tanta guardia!

Así es. Se está ya en la detención del criminal. El relato del niño ha sido el siguiente: su padre es dueño de un almacén en la calle San Juan. Hace dos noches, cuando se hallaba acostado con su hermanita en un cuarto contiguo al almacén escuchó voces en la ventana. Se aproximó a ella y, como había luna clara, pudo distinguir las siluetas de dos hombres: uno de ellos era de raza negra y tenía una "ristra de chorizos" en la mano derecha. El negro le decía al otro: "¿viste cómo lo liquidé? Tuve que emplear un cuchillo y un serrucho. Me dio trabajo, pero al fin me salí con la mía".

Con estos datos, la policía pudo comprobar que, efectivamente, dos noches antes había estado en el citado almacén un negro que llevaba una ristra de chorizos. Además, el niño sostenía que el tal hombre de color —ante una pregunta del otro que lo acompañaba— había manifestado: "el pobre tipo era un dependiente de ferretería". Es decir, no cabía duda que la víctima era, pues, un dependiente de ferretería.

Cuando los diarios consignaron el relato del niño, se presentaron varios testigos espontáneamente para decir que, efectivamente, en la noche del sábado 23 de abril habían visto a un negro con un bulto en la calle Montevideo. Dos señoritas se presentaron ante el jefe de la comisaría quinta y hacen el siguiente relato: "en la noche del sábado 23 vimos a un negro con un bulto. Al pasar nosotras por su lado, le dijo a un chino que lo acompañaba: ¡mirá si hicieramos con estas dos lo que hicimos con el otro!".

El famoso negro es localizado, detenido y llevado a la comisaría quinta. Lo traen tres agentes y un oficial. Al verlo la multitud agolpada lo insulta y trata de agredirlo. El asustado presunto criminal recibe puñetazos en las orejas, pero es puesto a buen recaudo por los representantes del orden.

El parte policial consigna que el presunto criminal es "Alejo Miranda, argentino, de 36 a 33 años, color negro, su fisonomía predispone en su contra; son sus pómulos salientes, labios abultados y mirada torva. Es más bien bajo de estatura y de formas proporcionadas. Viste saco gris, pantalón oscuro, camisa blanca y un pañuelo al cuello. Calza botines con elástico, usa sombrero chambergo de color café y su aspecto en general es pobre y andrajoso". Agrega que se halla detenido "en la más completa incomunicación".

Los testigos sin dudar en ningún instante reconocen a Alejo Miranda como al negro que vieron por la calle Montevideo. Pero, para desesperación de la policía, el negro no confiesa su delito; al contrario, parecería que ignora todo lo que le preguntan. Se tiene a un asesino, pero falta la víctima, ya que todos los dependientes de ferretería de Buenos Aires gozan de buena salud. Una semana después todos tienen convicción que el pobre negro nada tiene que ver con el misterioso descuartizado.

Pero el 16 de mayo, a las 10 de la mañana, es decir, más de tres semanas después de hallados el cuerpo y los miembros del desconocido, se produciría el hecho que resultaría fatal para el asesino, seguro tal vez ya de que había realizado el crimen perfecto.

En la prolongación de la calle San Juan hacia el río, en la parte que iba desde Paseo Colón hasta la Dársena Sud, existían amplios terrenos baldíos interrumpidos por dos lagunas que se habían formado durante las obras del puerto. Un puente de piedra permitía llegar por la calle San Juan hasta la Dársena. A esa hora, dos chicos se hallaban por esa zona: Isidro Gallegos, de 11 años, cuidando unas vacas, y Gregorio Fraguero, de 13, tratando de cazar patos y pajaritos. Junto al agua, al lado del muro derecho del puente, Gallegos pisó un objeto duro. Fraguero, en broma, le gritó: "¡Quién sabe si no es la cabeza!".

Sí, era la cabeza. Cuando los chicoleros miran el bulto detenidamente notan que la arpillera está rota y ven un ojo del muerto. Nueva sensación. Al oír los silbatos estridentes del agente Burgos corren las lavanderas, los carteros y el vecindario del bajo.

Los médicos policiales comprobaron que la cabeza pertenecía al cuerpo hallado el 23 de abril. ¿Cuál podían ser los pasos para la identificación si todavía se ignoraba el sistema papilar? Este fue el método de aquellos hombres de la policía dispuestos a toda clase de sacrificios con tal de satisfacer la curiosidad pública, de demostrar su capacidad y, por fin, de dar con el refinado matador; leamos lo que dicen los cronistas de la época: "a las 12 fue trasladada la cabeza al departamento de Policía, llevándola a la oficina antropométrica que dirigía el doctor Drago, en donde se hizo un prolijo lavaje procediéndose en seguida a fotografiarla. En una habitación de la misma oficina se colocó la cabeza sobre una mesa y se hizo desfilar por delante de ella y por un espacio de dos o tres horas a todas las mujeres de vida airada y los "caftens", quienes habían sido citados con ese fin por la policía. El reconocimiento arrojó muy poca luz pese a que algunas mujeres creyeron reconocer al extinto. La policía citó a los peluqueros y barberos". Este fue el primer paso. El segundo consistió en algo desusado. La policía se sirvió de las bellas artes. Llamó al escultor Correa Morales para que le sacara una máscara de yeso, y al pintor Euseri para que reprodujera la cabeza al óleo. Con estos dos elementos, además de las fotografías y los pañuelos con iniciales hallados en los bultos, se organizó una pequeña exposición en el Departamento de Policía donde se invitaba al público a concurrir. Pero también el periodismo ayudó. Los grandes diarios reprodujeron el dibujo de la cabeza hallada. "La Prensa", por ejemplo, lo hizo en gran tamaño: la cara del asesinado era un poco alargada y chata, la nariz corta, levemente agullena y muy delgada. Los ojos redondos y de color pardo. El bigote castaño, abundante y la barba afetada, excepto una pequeña mosca; las orejas, pequeñas, de buena forma y la boca regular; el cabello castaño claro, casi rubio, cortado de mayor a menor. Así es la descripción oficial de la policía.

Los diarios publican ese dibujo el 17 de mayo. Y ese mismo día se produce un hecho que llevará a dilucidar todo el suceso. Se presenta al jefe de Policía, general Campos, "una señora francesa que no posee el español —según "La Prensa"— para expresarle que así que vio el retrato reconoció en el acto a la víctima. Esta señora —nos ha pedido la reserva de su nombre— dio datos de importancia. Hace un año era propietaria en Montevideo de una casa "amueblada", titulada "La Americana", situada en Colón 127. En esa época se alojó allí un señor bear-

nés, de la edad precisa de la víctima, cuyo nombre no recuerda. Estuvo 15 días en su casa". Hasta allí la información.

Pasemos al día siguiente y vayamos al taller de carpintería propiedad de don Próspero Courtade, francés, situado en la calle Constitución 484. Allí trabaja y vive en una habitación del fondo del taller el carpintero francés Benito Chalousoisaisse. Son gente que casi solamente se da con los de su colectividad. Han llegado de Francia hace más de una década y tienen relaciones con comerciantes y hombres de trabajo venidos de aquellas tierras.

Ese día, a la señora de Courtade le comentan unas mujeres en el almacén que acaban de leer en el diario que posiblemente la víctima sea un francés. La señora comenta esto en el taller con su esposo y el carpintero Chalousoisaisse. Fíden "La Prensa" del día anterior y al ver el dibujo exclaman casi al unísono:

—¡C'est François!

François, Francisco Farbos. Amigo de ellos, viajero francés que viene periódicamente a la Argentina.

¡C'EST FRANÇOIS!

La señora de Courtade se anima y propone ir al departamento de Policía a ver el retrato y la escultura expuestos. Don Próspero Courtade alega que no puede dejar sola la carpintería. Conversan y al fin, se dirigen hasta allí la señora y Benito Chalousoisaisse.

En la exposición hay larga cola, casi todos curiosos. A la expectativa hay dos pesquisas que captan todas las reacciones de los visitantes. Y son ellos los que reaccionarán al oír un fuerte:

—¡C'est François! —que exclama Benito Chalousoisaisse.

Inmediatamente son abordados. Sí, lo reconocen. Son llevados ante el jefe de Policía y se llama al juez Dr. Gallegos. Y comienza Benito Chalousoisaisse con su relato, que suena a fantástico, que causa regocijo y agudo interés en el general Campos y en el Dr. Gallegos. Benito Chalousoisaisse, en su media lengua castellana relata lo siguiente:

—Se trata de Francisco Farbos, que viaja seguido desde Francia a la Argentina por cuestiones de negocios y se domicilia siempre en el hotel Lyon, en Plaza Constitución, y deja sus valijas en la carpintería de Pedro Courtade. La correspondencia para él llega a la carpintería. Siempre le escribe de Burdeos su mujer, María Farbos, que vive en Glacier 29 de ese puerto del sur francés.

Hasta ahí el parco Chalousoisaisse. Pero entonces comienza el hábil interrogatorio. Y el declarante comienza a abrir los ojos, a descubrir el mismo al autor del crimen:

—¡Ya me parecía que había llegado Farbos a Buenos Aires! —exclama—. El viernes 22 de abril fui al puerto porque sabía que el miércoles 20 había llegado el buque francés "Orenoque", donde tengo un amigo, el camarero Pierre Cando. Cuando llegué al "Orenoque" me dijeron que Cando acababa de bajar a tierra. Entonces me dirigí hasta la cañonera francesa que está actualmente de visita. Allí me lo encontré a Cando, que también quería saludar a los connacionales. Conversamos y me preguntó si no me había ido a visitar Francisco Farbos, que había viajado con él en el "Orenoque". Esto me sorprendió porque no teníamos ninguna noticia de él sabiendo que siempre cuando llegaba a Buenos Aires, la primera visita era para la familia Courtade. Cando y yo quedamos muy extrañados. Fue entonces cuando Cando me señaló: el que debe saber bien dónde está Farbos es Raúl Tremblé, que estuvo en el puerto a recibirlo. Agregó Cando que le había resultado sos-

pechosa la actitud de Tremblé que durante el arribo actuó como si quisiera pasar desapercibido, no saludando a sus conocidos de a bordo.

—¿Quién es Raúl Tremblé, y dónde se domicilia? —le preguntan el general Campos y el juez.

—Raúl Tremblé es comerciante, socio de Farbos. Este trae y lleva mercadería y Tremblé se la vende y le consigue nueva para llevar a Francia. Pero ahora Tremblé ya no está más en el país, se embarcó el 2 de mayo a bordo del "Paraguay" rumbo a Dunquerque. Desde que llegó a Buenos Aires, en noviembre de 1893, vivió siempre en lo de mi patrón, Pedro Courtade, hasta que en los primeros días de abril de este año alquiló una habitación en la calle Cangallo 1593.

Esto basta a la policía. Agradece a Benito Chalousoisaisse sus declaraciones y se pone manos a la obra. Trabaja día y noche. Se envía, por de pronto, un cable a las autoridades francesas para que detengan a Raúl Tremblé no bien llegue al puerto de Dunquerque. Esto ocurre el 27 de mayo. Leamos los cables periodísticos llegados a Buenos Aires:

"Londres, 28 — El vapor "Paraguay" llegó a Dunquerque en la tarde de ayer, domingo, Raúl Tremblé, que venía a bordo, fue arrestado.

"Dunquerque, 28 — El vapor "Paraguay" fondeó en este puerto a las 7 y 30. El vaporcito de la sanidad llevó al capitán Fontaine la orden terminante de no permitir el embarque o desembarco de persona alguna. En seguida, habiendo llegado a bordo del vapor "Paraguay" un comisario y dos agentes de policía, el capitán Fontaine, a pedido de los representantes de la autoridad, les señaló a Tremblé, de quien se apoderaron en el acto. Tremblé, con esposas, fue conducido a la oficina central de policía en medio de una masa de pueblo, marineros y pescadores en su mayor parte, que procuraban verlo y examinarlo curiosamente sin saber de quién se trataba.

"Dunquerque, 28 — Cuando llegaron esta mañana a bordo del "Paraguay" el comisario y los agentes encargados de prender a Raúl Tremblé, se pudo notar en el rostro de ésta la gran sorpresa que le producía el hecho. Raúl Tremblé es un bordelés, de 30 años de edad, de estatura pequeña, moreno, bien parecido y de mirada fuerte y penetrante, que se anima grandemente al hablar. La policía pidió al punto los equipajes del preso al capitán Fontaine, quien los mandó entregar. Mientras esto se practicaba, Tremblé afectaba no caer en cuál fuese el motivo de su prisión. Cuando se le dijo cuál era, protestó, negando que fuese él el descuartizador. El equipaje se compone de 14 baúles. Examinados éstos minuciosamente por la policía, se vio que tenían depósitos secretos en los costados que contenían metálico argentino en monedas de uno y dos centavos. El valor de este metálico, una vez contado, resultó ser de 1.000 pesos argentinos. Tremblé, durante todo este examen de los baúles que se hacía en su presencia, estaba tranquilo, sin manifestar temor".

CONTRABANDO DE COBRES

Pero la suerte de Tremblé estaba sellada. Dos chicos lo habían sentenciado, dos chicos que fueron a cazar patos y pajaritos y volvieron con la cabeza de Farbos. Si ese encuentro se hubiera realizado 13 días más tarde, Tremblé hubiera podido desembarcar tranquilamente y desaparecer en París o en otro lugar de Europa. Tal vez su error haya sido embarcarse, porque así, durante 28 días quedó prácticamente encerrado en una cárcel flotante. Y 28 días eran muchos para la investigación. ¿Cómo se llegó a la culpabilidad de Tremblé? Estos fueron los hechos:

EL CRIMEN DEL FRANCES SOLITARIO

El pintor Euseri hizo, a pedido de la policía de Buenos Aires, lo que que ahora llamaríamos un "identi-kit" de Francisco Farbos. El resultado fue la imagen que se puede apreciar en la foto.

DERECHA: La cama de Francisco Farbos, uno de los elementos de que se valió la policía para dilucidar el crimen del "francés solitario".



Francisco Farbos y Raúl Tremblé eran de Burdeos. Allí decidieron hacer el contrabando de cobres argentinos, muy preciados en Europa. Para eso Tremblé viajó y se instaló en Buenos Aires para ir juntando el material y otras mercancías. Farbos —que era cartero en su país— pedía licencia y viajaba a Buenos Aires cuando Tremblé le avisaba por carta. Farbos llevaba y vendía los cobres en Francia y los dos sacaban pingües ganancias. Al recibir Tremblé una carta de Farbos en el sentido de que partiría para Buenos Aires en los últimos días de marzo de 1894, aquél concibió el crimen: esperarlo a Farbos, quitarle todo el dinero que traía, asesinarlo y marcharse ya con todo el contrabando él solo y gozar en Francia lo obtenido. Para llevar a cabo sus planes y preparar el crimen perfecto alquila una habitación en la casa de Cangallo 1583 bajo el nombre de Pedro Tavanne, y deja su pieza de la carpintería de Courtade. A Courtade y Chalousonnaisse les dice que acababa de alquilar una habitación próxima a una casa de juego que existía en la calle San Martín, sin decir el número. Efectivamente, Tremblé explotaba un juego de billar denominado "barranque" que había traído de Francia. El 11 de abril se presentó Tremblé en su nueva habitación de Cangallo y pagó a la inquilina Adela C. de Ricconi por adelantado la suma de 32 pesos, manifestándole que era representante de dos casas francesas y que para fin de mes esperaba a un hermano que estaba en el campo, quien vendría por un solo día a visitarlo. Tres días antes, Tremblé afiló en casa de Courtade un machete parecido al que usaban los vigilantes de policía y encargó al operario José Bernard un puñal de acero de dos filos diciéndole que lo necesitaba para una colección de armas. Pocos días después, Tremblé concurre otra vez a lo de Courtade para solicitarle aserrín que necesitaba, según dijo, para arreglar la mesa de billar. Como allí no lo consiguió concurre al almacén de José Nicolino, en Lorea 1407, poniéndolo dentro de una bolsita de cotón a rayas. El 19 de abril, es decir, la noche antes de que llegara Farbos, Tremblé compra cinco kilos de sal gruesa en el almacén de José Guidotto, en Cangallo y Montevideo. Guidotto declarará luego a la policía que le llamó la atención la canti-

dad de sal que compraba Tremblé y el "porte distinguido" de éste. El mismo día, 19, la señora de Courtade recibió una carta de Farbos para Tremblé que llevaba estampilla argentina. La señora creyó reconocer la letra de Farbos y así se lo dijo a Tremblé al entregarle el sobre. Tremblé le explicó que la carta se la había dado Farbos en Burdeos a un pasajero y que éste la había despachado en Buenos Aires. La realidad era otra. Farbos se la había escrito en la rada, mientras el "Orenoque" estaba en cuarentena por el peligro de la fiebre amarilla.

El día de la llegada del "Orenoque" un pasajero —cuya filiación corresponde a la de Farbos— hizo transportar por el "Expreso Villalonga" ocho baúles de la dársena Sud a la calle Cangallo 1583. Los servicios del carrero fueron pagados por una persona de iguales rasgos que Raúl Tremblé, quien salió de la casa a recibir los bultos.

Indudablemente, el crimen se produce el sábado 23 en la habitación de Cangallo. La cabeza de Farbos presenta un fuerte golpe en el parietal derecho que lo debe haber desmayado. Luego, fue asesinado a mansalva, degollándolo y descuartizándolo posteriormente. Lo que nunca podrá explicarse es cómo Tremblé llevó los bultos por el centro de la ciudad sin que despertara sospechas. Es evidente que a esa hora —entre las 9 y las 11 de la noche del sábado— muy pocos deben haber sido los transeúntes por el centro de la ciudad.

La noche del crimen, Tremblé va a dormir a la casa de los Courtade. Sorpresivamente se ha cambiado el traje azul marino que usa todos los días por otro claro, más bien de verano. Además se ha afeitado la perilla. En los días subsiguientes se deja patillas, pero finalmente antes de partir se las afeita dejándose sólo el bigote.

El martes 25 Tremblé va a visitar a la noche a su connacional Mauricio Lisle, que vive en Corrientes y Centro América. Lisle decide acompañarlo, pero Tremblé trata de disuadirlo. Pero como aquél insiste llegaron hasta la puerta de la casa de Cangallo 1583, en donde se despidieron, diciéndole Tremblé: "aquí es donde me alquilado una pieza".

Dos días después Tremblé comunica a Adela C. de



Ricconi que va a dejar la habitación y carga en un carro 22 baúles y muebles. Ocho baúles los lleva hasta la casa amueblada "Beau Sejour", de Pablo, Alejandro y Mauricio Lisle. A éstos le dice que no cuentan nada a los Courtade que él ha dejado los baúles en la "Beau Sejour". Los restantes 14 baúles los lleva a casa de Courtade, lo mismo que los muebles. Es decir, los ocho baúles que llevó a la "Beau Sejour" eran los de Farbos. El contenido de éstos los trasladó a los baúles de su propiedad, con los que al fin se embarcó.

El crimen quedaba ampliamente demostrado, agregándose luego el detalle que en el equipaje de Tremblé desembarcado en Dunquerque fueron halladas ropas de Farbos. Así las reconoció la esposa de la víctima, María Farbos, quien descubrió también en el mismo equipaje el anillo de oro de su esposo. Además, y esto demuestra la inconcebible ferocidad del asesino, en el fondo de uno de los baúles fueron encontrados los dientes postizos con engarce de oro de Farbos. Y aquí se produce el momento más dramático del interrogatorio del juez: cuando se le muestran los dientes postizos —dos incisivos— Tremblé responde que son suyos y trató de colocárselos en los huecos de los molares que le faltaban.

La cancillería argentina pide la extradición del reo, pero Francia la niega aduciendo que Tremblé es ciudadano francés y que por eso será juzgado por tribunales franceses. Por eso, a la justicia argentina no le queda otro remedio que enviar al juez de Instrucción, doctor Servando Gallegos, quien inicia el largo viaje por vapor a Francia llevando todas las pruebas reunidas por la policía argentina.

En la noche del 20 de agosto, Tremblé intenta suicidarse en su celda de Dunquerque tratando de ahogarse con una toalla. Pero lo descubren a tiempo. El victimario está acorralado por las pruebas. Sabe que lo espera la pena de muerte.

Pero comienza a trabajar hábilmente la defensa: los pedidos de declaraciones testimoniales van y vienen de Buenos Aires a Saint Omer, sede de la corte de Asises del Departamento de Pas de Calais. Trata así de ganar tiempo. Y por ello el juicio definitivo comienza recién el 28 de abril de 1896, luego de

anularse el primero por fallas de procedimientos, justo dos años después de haberse cometido el crimen. El reo es traído desde la prisión de Donai. Asisten también los doctores Quiroga y Reyes, de Buenos Aires, como asesores del presidente del tribunal, doctor Bosquet. El juicio es sensación para Francia y la Argentina. Pero Tremblé no confiesa, responde invariablemente que es inocente.

El momento culminante es cuando declara madame Farbos. Se le pregunta cómo trabaron amistad Farbos y Tremblé.

—Fue en un café de Burdeos. Luego Tremblé vino varias veces a nuestra casa. Habló del negocio que hacía y que le daba grandes beneficios: traer monedas argentinas y ponerlas en circulación en Francia. Mi marido se dejó seducir y partió para Buenos Aires; regresó con buenos resultados en el negocio. Entonces mi marido reunió todo el dinero de que disponíamos en Francia y nuevamente partió para Buenos Aires no volviendo a verlo jamás.

El 30 de abril de 1896, la Corte de Saint Omer condena a muerte a Tremblé anunciando que la sentencia se cumplirá en Dunquerque. El reo tiende la mano y jura ante Dios que es inocente. En la calle, donde ha llegado ya la noticia de la sentencia, el populacho grita entusiasmado: "¡já mort! ¡já mort!"

Pero hay una salida legal para que no se cumpla la sentencia de muerte: hay un pedido de extradición que, aunque rechazado, impide la ejecución del asesino. Por ello, Tremblé es llevado a Dunquerque donde sufrirá condena perpetua. Veinte años después, en 1916, mientras los cañones rugen en Europa, fallece en el hospital de la prisión Jean Tremblé, llamado Raúl, nacido en Burdeos el 21 de diciembre de 1864.

Así termina este suceso. Lo que dio en llamarse el primer crimen "casi perfecto" de Buenos Aires, dilucidado por el hallazgo de dos niños. Crimen en el que nuestra policía por primera vez aplicó métodos de identificación que servirían como antecedentes de los que hoy se usan en todo el mundo.

Hace 72 años de todo esto. Ya no existe ningún testigo de la época. Nadie que nos pueda relatar personalmente el revuelo que causó la supuesta huelga de cocheros de la noche del sábado 23 de abril de 1894...

EN LOS PROXIMOS NUMEROS



**PROCESO AL MISTERIO
QUIEN MATO A
FACUNDO QUIROGA?
UN ANALISIS OBJETIVO
Y EXHAUSTIVO
SOBRE LA TRAGEDIA
DE BARRANCA YACO**

TANOS, XENEIXES Y GRINGOS — La gran aventura de la inmigración italiana a la Argentina.

ORLLIE ANTOINE, EMPERADOR DE ARAUCANIA — Un curioso "monarca" de la Patagonia y sus desventuras.

CATAMARCA, 1869: LA REVOLUCION DE LAS MUJERES — Como los varones no acertaban a gobernar... las mujeres tomaron el poder.

Y EN EL MEDIO DE MI PECHO... ¡CARLOS W. LENCINAS! — La vida y la muerte del caudillo mendocino más popular.

EL NAUFRAGIO DE LA "ROSALES": VERGÜENZA Y CONTRADICIONES — Un oscuro naufragio, unos oficiales cobardes, un proceso que conmovió al país.

... y otras notas más, fascinantes, esclarecedoras, exclusivas.

SOLUCION DEL HISTORIAMA

La palabra clave:

**ALMIRANTE
123451678**



TODO ES HISTORIA Nº 1 — MAYO DE 1967 — Editores responsables: HONEGER, S.A.C.I. - Director Félix Luna - Redacción, administración y talleres: México 4256. Teléfonos: 90-9118 (redacción) y 90-8354 (administración) - Registro de la Propiedad Intelectual en trámite - Distribuciones en la Capital Federal: Antonio Rubbo, Garay 4226. En el interior y exterior: Distribuidora Mundial, calle Lavalle 4014, Buenos Aires.



QUE REGALO !!

UNA OBRA EXCEPCIONAL



**EL CANTO
DEL VIENTO**
*por ATAHUALPA
YUPANQUI*

LA SUMA DE LA
EXPERIENCIA
DEL HOMBRE
CUYA VOZ
ES COMO LA VOZ
DE LA TIERRA

\$ 550.-

Acompañe el importe al cupón de Cheque de Banco o Giro Postal por la suma de \$ 550.- y a vuelta de correo recibirá este hermoso regalo.

**LLENE ESTE
CUPON HOY MISMO**

NOMBRE
CALLE
LOCALIDAD
PROVINCIA

**DISTRIBUIDORA R. A.H.
México 4250/56 - BUENOS AIRES**

HISTORIA

TODO ES

**LAS TRES MUJERES
DE DON JUAN MANUEL**

**“PALOMAR”
EL NEGOCIADO QUE
CONMOVIO UN
REGIMEN**



**LA MUERTE POR
SORTEO EN CATAMARCA**

LAS ACADEMIAS PORTEÑAS: BAILE... Y ALGO MAS

... hacía falta... ¡Y AQUÍ ESTA!



Argentina o canta así



Los intérpretes
más calificados.
La música que usted
siempre quiso tener
en su discoteca.

**10 DISCOS LONG-PLAY DE
30 CM., EN 33 1/3 RPM.,
GRABADOS EN ALTA FIDELI-
DAD, CONTENIENDO 147 TE-
MAS: LOS MAS POPULARES.**

Vienen presentados en un estupendo estuche, que contiene, además, un libro - folleto —magníficamente ilustrado por Enrique Rapela— con la reseña histórica y evolutiva de la música popular argentina, a través de enjundiosos estudios de Ernesto Sábato, Félix Luna y Cátulo Castillo, y la inclusión de un poema de Julia Prilutzki Farny.

Con la presencia estelar de: LOS FRONTERIZOS - LOS QUILLA HUASI - EDUARDO FALU - ARIEL RAMIREZ - HORACIO GUARANY - LOS DE SALTA - LOS NOMBRADORES - LOS CANTORES DEL ALBA - MERCEDES SOSA - CHANGO RODRIGUEZ - ATAHUALPA YUPANQUI - CESAR ISELLA - JAIME TORRES - CHITO ZEBALLOS - CARLOS DI SARLI - OSVALDO PUGLIESE - CARLOS GARDEL - HORACIO SALGAN - EDMUNDO RIVERO - ASTOR PIAZZOLLA - OSVALDO FRESEDO - ARMANDO PONTIER y muchos otros artistas de gran jerarquía.

Y éstos son sólo algunos de los temas ejecutados: ZAMBA DE VARGAS - LOS INUNDADOS - LOPEZ PEREYRA - EL MENSU - 7 DE ABRIL - EL INDI MUERTO - ZAMBA PARA NO MORIR - RECUERDO SALTEÑO - AÑORANZA - LA COMPAÑERA - LA SALAMANCA - TONADA DEL VIEJO AMOR - LA FELIPE VARELA - KIRYE (de "Misa criolla") - LA PEREGRINACION - LOS REYES MAGOS (de "Navidad nuestra") - MI BUENOS AIRES QUERIDO - DERECHO VIEJO - MADRESELVA - BOEDO - SUR - INSPIRACION - LA CUMPARSITA - CAMINITO.

MUSICA ARGENTINA DE TODAS LAS EPOCAS Y PARA TODAS LAS EDADES

¡Una joya sonora para escuchar... y para bailar!

DISTRIBUYE PHONOGRAM S.A.I.C.

Consulte el plan de ventas en el volante adjunto